

0





307.

# POESÍAS

DEL CONDE DE NOROÑA.

TOMO PRIMERO.

*V.*

*Sanchez*

*[Decorative flourish]*

MADRID, POR VEGA Y COMPAÑÍA,

1799.

FORSTAS

THE GARDEN OF NORWAY

1898

THE GARDEN OF NORWAY

## ANACREÓNTICAS.

AL LECTOR.

**E**stas mis tiernas Odas,  
 En la niñez nacidas,  
 Que expresan de mi pecho  
 Ya rabia, ya alegría,  
 En donde á cada paso  
 Retratados se miran  
 El fuego de Cupido,  
 De Liëo la risa,  
 Á tí, lector amado,  
 Dedico, no por mías,  
 Sino porque son copia  
 De las pasiones vivas.  
 Sin ellas nunca Apolo  
 Me templara la lira,  
 Ni versos me dictara  
 La docta Poesía.  
 No al lírico teyano,  
 No á las musas latinas,  
 Que el amor celebraron  
 De Lesbia, Delia, y Cintia;  
 No al muchacho Villegas

En sus tiernas *Delicias*,  
 No á Moratin , Cadalso,  
 No á muchos que le imitan,  
 Ni menos á Melendez,  
 Que es la dulzura misma,  
 Con arrogancia vana  
 Á competir aspiran.  
 Dexan que estos su frente  
 De lauro inmortal ciñan,  
 Mientras la Fama al mundo  
 Su mérito publica.  
 Ellas , como se precian  
 De humildes , y sencillas,  
 Si agradan han llegado  
 Al colmo de su dicha:  
 Que amores , y placeres  
 Casi siempre fastidian  
 Á quien no está agitado  
 De las pasiones vivas.

### CHASCO CRÜEL.

**E**ntre sueños á noche  
 Me figuraba un prado,  
 En donde unas muchachas  
 Un bayle concertaron;

Saltaban , y reían,  
 Hacía yo otro tanto;  
 Quando de pronto miro  
 Á Lisis á mi lado:  
 Al verla tan hermosa  
 Suspensos nos quedamos  
 Como si nos hiriera  
 Júpiter con su rayo.  
 Vuelvo del susto , busco  
 La causa de mi pasmo;  
 La encuentro , y la alegría  
 Retozaba en mis labios;  
 Voy á dar á mi Lisis  
 Mil besos , mil abrazos;  
 Despierto , y con el lecho  
 Encuentrome abrazado.

### Á MI CRIADO.

**D**ebaxo de este mirto  
 Pon la mesa , muchacho,  
 Bordada de mil flores,  
 Cercada de mil ramos.  
 Lllamarás al convite,  
 No criticones sábios,  
 No viejos que regañan,

No ricos que son raros;  
 Sino niñas bonitas,  
 Muchachos agraciados  
 Con ojos habladores,  
 Y la risa en los labios.  
 No me olvides lo dicho;  
 Sobre todo te encargo,  
 Que traygas á mi Lisis,  
 Que venga aquí volando.  
 Formaremos un bayle  
 Con repetidos saltos,  
 Del modo que lo hacía  
 Anacröonte anciano.  
 Y luego enlazaremos  
 Con dulzura los brazos,  
 En prueba de lo mucho  
 Que todos nos amamos.  
 Á mi Lisis daréla  
 Un beso, dos, tres, quatro,  
 Veinte, quarenta, ciento,  
 Un millon, y otros tantos,  
 De modo que se queden  
 Confusos, y admirados  
 Aquellos, que pretendan  
 Ya verlos, ya contarlos.  
 Volveremos al bayle,

Y luego á los abrazos;  
 Y al fin acabaremos  
 Con el licor de Baco.

DE LISIS.

Cansado ya Cupido  
 De ver mi resistencia,  
 Sentado al par de Venus  
 Aguzaba sus flechas,  
 Y mirando á su Madre  
 Con expresiones tiernas  
 La dirigía humilde  
 Esta triste querella:  
 Querida Madre mia,  
 Quando toda la tierra  
 La vëo, que postrada  
 Se rinde á mi potencia;  
 Solo un muchacho quieren  
 Oponerse á mis fuerzas.  
 ¿ Como quieres que viva  
 Con semejante afrenta?  
 Ó dispon que se rinda,  
 Ó á Júpiter le ruega  
 Que me quite las armas,  
 Y que mortal me vuelva.

Su Madre en el regazo  
 Le acaricia , consuela,  
 Y , animando su pecho,  
 Le responde risueña:  
 No se ganan las plazas  
 Tan pronto; y las empresas  
 Son mucho mas gloriosas,  
 Quando trabajo cuestan.  
 No desmayes; y busca  
 Al punto una belleza,  
 Cuyos cabellos , ojos,  
 Boca , y colores sēan  
 Los bordones del arco,  
 Las aladas saētas,  
 El reclamo , y divisa  
 De tu marcial bandera.  
 Obedeci6 Cupido;  
 Y 6 Lisis me presenta  
 En quien se hallan grabadas  
 Las relevantes señas,  
 Que Venus le dictaba,  
 Y que estaban dispuestas  
 Para arrojar al suelo  
 Mi desden , y soberbia.

## EXCELENCIA DE LISIS.

**M**andó la Diosa Venus  
 A un pintor afamado  
 Que un retrato tan bello  
 La formase en un quadro,  
 Que solo con mi Lisis  
 Pudieran compararlo:  
 Y aunque se halló confuso  
 Con empeño tan arduo,  
 Juntó para que fuese  
 Perfecto, y acabado  
 Quantas doncellas eran  
 En hermosura pasmo.  
 De Ina pintó la frente;  
 Los ojos como rayos  
 De Clorinda; de Elisa  
 Los encendidos lábios;  
 La nariz de Amarilis;  
 Los cabellos dorados  
 De Filida; de Nise  
 Las tornëadas manos;  
 De Anarda la cintura;  
 De Dórida los brazos;  
 Y de la gran Florinda  
 El pecho levantado.

Pero viendo que Lisis  
 Sobresalía tanto  
 Como los fuertes robles  
 Sobre zarzales baxos,  
 Arrojó los pinceles,  
 Haciendo mil pedazos  
 La pintura, y la dixo  
 Absorto con tal caso:  
 Ni hay belleza en la tierra  
 Para hacer el retrato,  
 Que me pides; ni es obra  
 De entendimiento humano.  
 Sola tú, Venus, puedes  
 Ser comparada en algo  
 Á Lisis: pero de otra  
 Es locura pensarlo.

### DE CUPIDO Y LISIS.

**E**n el jardin de Lisis  
 Cogiendo está Cupido  
 Mil flores, que deshace,  
 Jugando como niño;  
 Salta una mariposa,  
 Alarga sus deditos,  
 Y por pillarla dexa

Sus armas con descuido.  
 Lisis, que así le mira,  
 Se acerca de improviso,  
 Le toma las saëtas,  
 Y el arco vengativo;  
 Menëa la cabeza,  
 Mofandole infinito:  
 Mas él dice sereno  
 Con un blando sorriso:  
 ¿Porqué tomas mis armas,  
 Si tus ojos divinos  
 Son dárdos, que atraviesan  
 Mucho mas que los mios?

### DE AMIRA.

**E**n el pelo de Amira  
 El Amor travesëa;  
 En sus ojuelos bulle;  
 En sus mexillas juega;  
 En sus labios se rie;  
 En su cuello gorgëa;  
 Y en su pecho palpita,  
 Porqué Amor vive en ella.

## DE LA BOCA DE AMIRA.

**A**l abrirse su boca  
 Fragrante olor espira;  
 Al cerrarse parece  
 Ardiente clavellina;  
 Si se rie, en sus lábios  
 Las dulces Gracias triscan;  
 Y si canta, enmudece  
 El ruisenior de envidia.  
 ¿Para que sus saëtas  
 Cupido necesita,  
 Si esta boca á los hombres  
 Los rinde mas aprisa?

## AL CUMPLEAÑOS DE AMIRA.

**D**esperta, ëa, levanta,  
 Ven, muchacho; ven, listo;  
 ¿El dia de mi Amira  
 Te muestras tan remiso?  
 Esparceme el cabello  
 Con agraciados rizos,  
 Dispon que al ayre ondëe  
 Formando remolinos;  
 Llenalo de olorosos

Ungüentos exquisitos;  
 Y, atado levemente,  
 Ponlo como al descuido;  
 Perfuma luego al punto  
 Todos mis atavíos,  
 Buscando de entre todos  
 Los mejores vestidos;  
 Despacha, dame pronto  
 El sombrero, en que miro  
 El roxo ayroso lazo,  
 Obra del Amor mismo.  
 Aparta de mí lado  
 El terrible cuchillo,  
 El rayo fulminante,  
 Del fiero Marte el brío:  
 Que solamente quiero  
 Con agradable estilo  
 Demostrar mi ternura  
 Á mi adorado hechizo.  
 Tráe incienso á dos manos;  
 Y en este propio sitio  
 Forma un altar hermoso  
 De murtas, y tomillos;  
 Y entre llamas de flores  
 El incienso, que pido,  
 Vuelve en humo, que vaya

Al Cielo cristalino,  
 Vamos , porque de Amira  
 Es hoy el natalicio:  
 Y desde que el mundo goza  
 De un bien tan peregrino,  
 El Sol sobre la tierra  
 Con un perpetuo giro  
 Diez y nueve veranos  
 Únicamente ha visto.  
 Por eso haz lo que mando,  
 Dispon el sacrificio. . . .  
 Mas tente , que ella solo  
 Quiere el corazon mio;  
 Y así vé , corre , dila  
 Que yo lo sacrifico  
 Á su amor , y en sus aras  
 En dia tan festivo.

### Á UNA PALOMA.

**D**ulce paloma mia,  
 Vuela , vuela al momento,  
 Y , buscando á mi Amira,  
 Colócate en su pecho.  
 Tú llevas mis poderes,  
 Y en ellos mis desëos;

Y así llora , si llora;  
Si se ríe , haz lo mesmo;  
Si se muestra enojada,  
Con süaves requiebros  
Serena su semblante;  
Alegra sus ojuelos;  
Si cantar pretendiere  
Con un arrullo tierno  
Acompaña su canto  
Mas dulce que el de Orfëo;  
Si duerme , te suplico  
Que la guardes el sueño,  
La cubras con tus alas,  
Y defiendas de Febo;  
Si escucha , dá con pompa  
En torno mil pasëos,  
É hinchando tu garganta,  
Dila quanto la quiero.  
Mas si de este mensaje  
Ella hiciere desprecio;  
No vuelvas , que tu vista  
Me diera mas tormento.

Á UNA MOSCA.

O mosca, que revuelas  
 En torno de mi Amira,  
 Que siempre la acompañas,  
 Que sus secretos miras;  
 Tú que el sueño la robas  
 Quando está mas dormida  
 Con tus sutiles alas,  
 Haciendola cosquillas;  
 Tú que su mano tocas;  
 Tú que su pecho picas;  
 Que en su cabello juegas;  
 Que besas sus mexillas;  
 Y que chupas ansiosa  
 El dulcísimo almibar  
 De sus rosados labios,  
 Donde el Amor habita;  
 ¡ Ay! ¡ Si tuvieras mi alma,  
 Quanta fuera tu dicha!  
 ¡ Y si yo tu licencia,  
 Qué de cosas no haría!

## DEL VINO.

**E**n este vaso , lleno  
 De generoso vino,  
 Hallo remedio fácil  
 Á los pesares míos.  
 No me acuerdo de guerras;  
 Del dinero me olvido;  
 Aborrezco los mandos;  
 Y por nada litigo.  
 Bebo á menudo , y canto  
 Con sumo regocijo,  
 Cercado de muchachas,  
 Rodéado de amigos.  
 Ellas me hacen mil gestos;  
 Yo corriendo las sigo;  
 Y ellos las acompañan  
 En la burla , y bullicio.  
 ¿ Pero á mí que me importa  
 Que , jugando conmigo,  
 Me digan soy beodo,  
 Y que he perdido el juicio;  
 Si encuentro mil dulzuras,  
 Y gustos exquisitos  
 En este vaso lleno  
 De generoso vino ?

## Á LISIS.

**D**e tu boca á la mía  
 Pasa Lisis el vaso. . . .  
 ¿ Pero tú que veneno  
 Mantienes en los labios,  
 Que como fuego activo  
 El borde está quemando?—  
 Al Amor , que allí posa,  
 Y lo abrasó al tocarlo.

## DURACION DE LAS PROTESTAS

DE AMOR.

**Y** la zagaleja Cløe  
 En el Mayo oloroso  
 Á Dametas juraba  
 Que le amaría solo.  
 No habrán , no , le decia,  
 En todo el mundo estorbos  
 Capaces de aterrarme,  
 Ó zagalejo hermoso.  
 Diciendo estas razones  
 Vuelve tierna los ojos,  
 Le mira , los abaxa,  
 Y se le enciende el rostro:

Y cogiendo una rosa,  
 Que en su pecho precioso  
 Tenía colocada  
 Por señuelo, y adorno,  
 En una de sus hojas  
 Aquel voto escribiólo,  
 Sirviendole de pluma  
 Su fino rascamofio.  
 Mas Céfito, que estaba  
 Dando vueltas en torno  
 De las pintadas flores  
 Con mil juegos donosos,  
 De sus dedos süaves  
 Con un ligero soplo  
 La arrebató en un punto  
 La hoja, el amor, y el voto.

### DE LAS DESCONFÍANZAS.

Y  
 Los mas horribles monstruos,  
 Que la infernal morada  
 Envía contra el hombre  
 Son las Desconfianzas:  
 Por ellas están siempre  
 Las puertas, y las arcas  
 Cargadas de aldabones,

Rastrillos , y cerrajas;  
 Por ellas los maridos  
 Cubrieron las ventanas  
 De espesas celosías,  
 Y de inquietud el alma;  
 Por ellas se inventaron  
 Los sellos de las cartas,  
 Y entre los comerciantes  
 Las públicas fianzas;  
 Por ellas el Hermano  
 Del Hermano recata  
 Del pecho los secretos,  
 Del quarto las alhajas;  
 Por ellas la alegría,  
 Volviendo las espaldas,  
 Al hombre dexó en manos  
 De las voraces ansias;  
 Por ellas no me crées. . . .  
 Tranquiliza , descansa,  
 Y mira mi amor puro  
 Unido á la constancia;  
 Conociendo al instante  
 Que todas son fantasmas,  
 Que fabrican los monstruos  
 De las Desconfianzas.

Á UNA MUCHACHA,  
DE UN SUEÑO.

Entre las ilusiones,  
Que el sueño te presenta,  
Que consejos tan sabios  
Te propone á la idëa!  
Esta noche pasada  
Soñabas que avarienta  
Despojabas de rosas  
Infinitas macetas.  
¡Quan ufana tu mano  
Quebraba con fiereza  
Los tallos mas robustos,  
Que su primor sustentan!  
Sigue, sigue cogiendo,  
Ya que te hallas despierta,  
Las flores que te ofrece  
Tu dulce primavera;  
Ahora, que en tu rostro  
Están puras, y frescas;  
Y tus ojos despiden  
Vivísimas centellas;  
Ahora que de nadie  
Admites competencia,  
Pues tu edad es muy poca,

Y mucha tu belleza;  
 Ahora es quando debes  
 Coger á toda priesa  
 De los gustos süaves  
 Las flores lisongeras.  
 Porque si te retardas,  
 Y el cano tiempo llega,  
 Deshará con un soplo  
 Las gracias que desprecias:  
 Y entónces, aunque intentes  
 Con afan recogerlas,  
 No encontrarás alguna,  
 Que aprovecharte pueda.

### Á UN PAXARILLO.

 tierno paxarillo,  
 No tengas, no, cuidado,  
 Ni tampoco te asustes  
 Por verte entre sus manos;  
 Porque ese cautiverio,  
 Si lo juzgas amargo,  
 Otros lo apetecieran  
 Por premio á sus trabajos.  
 ¡ Así el Cielo quisiera  
 Quitarme el gesto humano,

Y transformado en ave,  
Entregarme á quien amo!  
Si sus dedos hermosos  
Me apretáran, ufano  
Despreciara del mundo  
Las riquezas, y faustos.  
Si acaso me soltara,  
Iría revolando  
En torno de su pecho,  
Donde haría descanso.  
Allí me detendría  
Su blancura admirando,  
Ó atrevido tocara  
Con mi pico sus labios.  
; Quanto mejor es esto,  
Que buscar por los campos,  
Á costa de mil riesgos,  
De las mieses los granos!  
Allí los cazadores  
Os están acechando;  
Y al rigor de su astucia  
Pereceis como incautos.  
Mas tú escuchar no quieres  
Estos consejos sabios;  
Y anhelas con ahinco  
Abandonar su lado.

Pues el Cielo permita  
 Que , el nido derribando,  
 En sus manos te coja  
 Algun crüel muchacho;  
 Que ate á tu pierna un hilo,  
 Y que de él tire , quando  
 Quieras dar algun vuëlo,  
 Riendo de tu daño.  
 Y que despues que te halles  
 Medio perniquebrado,  
 Te entreguen por juguete  
 Á las uñas de un gato;  
 Porque aguantar no quieres  
 Por un tan breve espacio  
 De unos dedos tan bellos  
 El delicioso tacto.

### LA DONCELLA ALDEANA.

¡  ue linda que parece  
 La rústica doncella  
 Con la saya de paño  
 Mantilla de bayeta;  
 Un sombrero de paja  
 Cubriendo su cabeza,  
 Y á su redondo pecho

Un pañuelo de seda;  
 Su anchurosa garganta  
 Rodëada de perlas,  
 Y muchos relicarios  
 Que con gracia le cuelgan;  
 Sus cabellos cogidos  
 Con una gran peyneta  
 De plata, y una cinta  
 De colores diversas;  
 La camisa mas blanca  
 Que la nieve, y en ella  
 Mil flores, mil dibujos  
 Formados con destreza!  
 De esta suerte adornada,  
 Y llena de modestia;  
 Que á veces su semblante  
 Se enciende, y colorëa,  
 Porque alguno la mira  
 Mas de lo que debiera,  
 Ó porque ante las gentes  
 Sin rubor la requiebran,  
 Es mejor á mis ojos,  
 Que todas las bellezas,  
 Que en medio de la corte  
 Su vanidad ostentan.

## DE RAFÄÉLA.

Y  
 He visto unos ojuelos  
 Con unas niñas negras,  
 Donde el fuego de Venus  
 Con gracia centellëa;  
 He visto en unos labios,  
 Que á las rosas afrentan,  
 Bullir del amor dulce  
 Los chistes, y agudezas;  
 He visto que Cupido  
 Jugaba entre unas hebras  
 Largas, y finas, donde  
 El amante se enreda,  
 He visto una cintura,  
 Que parece se quiebra,  
 Y con todo un completo  
 De hermosura sustenta;  
 He visto un pie pequeño,  
 Cuyas graciosas huellas  
 Dan ganas de seguirlas  
 Con la mayor presteza;  
 He visto que una ropa  
 Muy bien prendida, y puesta  
 Ocultaba á mis ojos  
 Aun mayores bellezas;

He visto un ayre noble;

He visto una alma tierna;

Y en sola una palabra

He visto á Rafæla.

### DE UN BORRACHO.

**C**oronado de yedra,

El rostro abotargado,

Los ojos encendidos,

Espumosos los labios,

El habla balbuciente,

Desiguales los pasos,

Desabrochado el pecho,

Y trémulas sus manos,

Llevando en la derecha

Un anchuroso vaso

Tan colmado de vino,

Que lo vá derramando,

Se acerca hácia nosotros

Filoxéno el borracho.

¡ Oh que extraña figura !

¡ Que lástima está dando !

¡ Ay Dios como tropieza !

¡ Qual riën los muchachos !

Este le tira un troncho;

Aquel le vierte un jarro.  
 ¡ Que se halle entre los hombres  
 Quien se exponga insensato  
 Por un vicio tan feo  
 Á un general escarnio!  
 Callad , responde él mismo,  
 Que quando el Padre Baco  
 En mis entrañas bulle,  
 Y me acalora el casco;  
 No sé que son tristezas;  
 Ni á que llaman cuidados;  
 Ni se me dá que todos  
 Se rian de mi estado:  
 En calma está mi pecho,  
 Mil dulzuras gozando,  
 Ignoradas de aquellos  
 Aun mas afortunados.  
 Y así al punto apuremos  
 El vino: éa , bebamos;  
 Y de lo que otros digan  
 No se nos dé un ochavo.  
 Y , en su dulce bebida  
 Ambos ojos fixando,  
 Hasta la última gota  
 Dexa el vaso apurado.

## LA PRIMAVERA.

Á UN AMIGO.

Y  
 La dulce Primavera,  
 Coronada de rosas,  
 Al perezoso Invierno  
 Hacia la Scitia arroja;  
 Las máquinas arrastran  
 Las naves españolas,  
 Que seguras caminan  
 Por medio de las ondas,  
 Dexa el cerrado aprisco  
 La oveja baladora,  
 Y el labrador las ascuas,  
 Y la pajiza choza;  
 La sierra de Granada  
 Con la estacion hermosa  
 Recoge el blanco velo,  
 Que su frente corona;  
 Brotan los verdes troncos,  
 El campo se alborozá  
 Con danzas, con cantares,  
 Y la avena sonora.  
 Arrojemos, Fernando,  
 Las miseras congojas,  
 Y gocemos del gusto

Que el tiempo proporciona;  
Ciñamos nuestras frentes  
Con las flores graciosas,  
Que el yelo ha desatado,  
Y dan al ayre aromas.  
El Cielo con su giro  
Arrebata las horas,  
Y á todos hace iguales  
La Muerte destructora;  
Pues mientras se avecina,  
En tu vihuela toca,  
Y celebra las gracias  
De mi tierna pastora.  
Que yo pienso entretanto  
Apurar esta bota,  
Ó pasarla á sus labios  
Desde mi propia boca.  
Y quando ya en sus ojos  
El fuego se conozca  
Del vino, que ha bebido,  
De la algazara, y broma;  
Haremos que su planta  
La tierra hiera ayrosa  
Al compás de tus cuerdas  
Con mudanzas donosas;  
Que nuestra edad lo exíge

La estacion es la propia;  
 El sitio nos convida;  
 Y el dulce Amor lo abona.

## Á UN PAÑUELO BLANCO.

**N**o te apartes un punto  
 De mi lado, pañuelo,  
 Que conseguiste fuese  
 Tuyo tambien mi dueño:  
 Tu solo con tu vista  
 Puedes auyentar léjos  
 Los pesares, que ausente  
 Sufriendo está mi pecho.  
 Y para que perciba  
 Alivio desde luego,  
 Recuerdame amoroso  
 Tus gratos ministerios.  
 Refereme tu gusto  
 Quando unido, y revuelto  
 Solian apretarte  
 Sus delicados dedos;  
 Ó quando desplegado  
 Enjugabas contento  
 Las gotas, que el cansancio  
 Puso en su rostro bello;

Sirviendola officiosa  
Entonces de consuelo,  
Gozaste de la dicha  
Mayor del universo;  
Y como es generosa  
Tambien te dió el empleo  
De acercarte á sus ojos,  
Quando lloraban ellos;  
Las lágrimas entonces  
Sus luces te cubrieron,  
Quizá porque no fueses  
En ceniza resuelto.  
Y tambien de su boca  
Cogiste en algun tiempo  
El nectar, que destila  
Aquel clavel abierto:  
Mas crúel con los hombres  
Ocultaste soberbio  
Muchas veces la risa,  
Que estaba allí bullendo.  
Tan lleno de fortuna,  
Has sido tu el que menos  
Has sabido gozarla  
Como cobarde, ó necio.  
Y sin mostrar siquiera  
Un leve sentimiento,

De su mano á la mia  
 Te veniste corriendo.  
 Estoy para entregarte  
 Por ser ingrato al fuego,  
 Para que así ni aun quede  
 Memoria de tal hecho.  
 Mas vive confiado:  
 Porque solo el recuerdo  
 De que algun día fuiste  
 Delicias de mi dueño,  
 No solo del castigo  
 Te liberta al momento;  
 Sino que te hace digno  
 De estimacion , y premio.

### Á UNOS ZELOS.

**E**xtiende con firmeza,  
 Ó Júpiter , el brazo,  
 Despidiendo al momento  
 Tu penetrante rayo.  
 Cielos , dexad que venga,  
 Nubes , abrid el paso;  
 Ayres , impulso dadle,  
 Y fuegos , inflamadlo,  
 Para que me divida

El pecho desdichado,  
 Y consuma allá dentro  
 Unos zelos amargos,  
 Que no puedo extinguirlos...  
 Vamos, Júpiter, vamos.  
 Pero ténete, que puedes  
 Destruir el retrato  
 De aquella, que los causa,  
 Que allí tambien lo guardo;  
 Y entonces por vengarme  
 Me hicieras mayor daño.

### TRISTEZA EN LA AUSENCIA.

Y  
 ¡ La noche quan serena  
 Camina por el Cielo,  
 É impone á los mortales  
 Un augusto silencio!  
 Los astros, repartidos  
 Por todo el firmamento,  
 Con variedad hermosa  
 Ostentan sus destellos.  
 Las flores delicadas  
 Espiran un aliento  
 Aromático, puro,  
 Que causa gran consuelo.

El ayre suave orëa  
 Los troncos corpulentos,  
 Revolviendo las hojas  
 Con dulce movimiento.  
 ¡ Como convida todo  
 Á un regalado sueño,  
 Que haga olvidar las penas,  
 Que atrayga los contentos !  
 Mas léjos de tu vista  
 No se bañan los cercos  
 De estos cansados ojos  
 Con opio , ni veleño;  
 Sino con abundantes  
 Lágrimas , que mi pecho  
 Envía , porque tanto  
 Penar los tiene secos.

### Á DRUSILA.

¿ Porqué cuentas tus años,  
 Drusila , tantas veces ?  
 Los futuros no existen,  
 Los pasados no vuelven.  
 Si volaron las gracias  
 De la edad inocente,  
 Aun brilla tu cabello

Sobre las tersas sienes.  
 Es otra tu hermosura;  
 Porque en ella se advierte  
 Actividad que atrae,  
 Dulzura que detiene.  
 No eres niña que ignora  
 Si es bueno lo que quiere,  
 Ni tampoco apagado  
 El fuego de amor tienes.  
 Tus años son los propios  
 Para gozar placeres,  
 Pues no llegan á treinta,  
 Y pasan de los veinte;  
 En esta edad el pecho  
 Con mas ardor se enciende;  
 Se sabe que es cariño,  
 Porque mejor se siente;  
 La Cypria á manos llenas  
 Sobre nosotros vierte  
 Los gustos mas continuos,  
 Mas llenos los deleytes.  
 Y así dexa á los años,  
 Que se van , y se vienén;  
 Porque solo se goza  
 El instante presente.

## DE MÍ MISMO.

Quantas veces he roto  
 Aquellos mamotretos,  
 En donde conservaba  
 Mis mal forxados versos;  
 Porque me figuraba  
 Que en boca de un guerrero  
 Disuenan las ternezas,  
 Fastidian los requiebros:  
 Pero entonces la Musa,  
 Juntando con empeño  
 Los trozos esparcidos  
 Acá , y allá en el suelo,  
 Me decia enojada:  
 ¿ Quien te ha dicho que el pecho,  
 En donde yo resido,  
 Es debil , sin aliento ?  
 Diganlo por mi Ercilla,  
 Mendoza , Rebolledo,  
 Garcilaso , y Cadalso,  
 Honor de los modernos.  
 Los unos sus laureles  
 Con mirto entretegieron;  
 Y los otros con sangre  
 Sellaron sus trofeos.

Las almas apagadas,  
 Los cuerpos como yelo  
 No sirven para Marte,  
 No son gratos á Venus,  
 Ni en el Parnaso encuentran  
 El mas humilde asiento;  
 Pues el Dios que allí manda  
 Es todo luz, y fuego.  
 Asi toma la pluma  
 Continúa escribiendo;  
 Que la trompa, y la lira  
 Saben sonar de acuerdo.  
 Á su voz no resisto,  
 Su mandato obedezco,  
 Tomo la pluma, y solo  
 Me inspira el pecho versos.

## Á CUPIDO.

Quita que me has herido.  
 ¡ Mal hayan tales juegos  
 Cupido ! ¡ Que tus chanzas  
 Siempre paren en esto !  
 ¿ Quieres desenojarme ?  
 Pues haz que me de un beso  
 Amira ; que á tal daño  
 No encuentro otro remedio.

## DE UNA BOCA.

**E**s tu graciosa boca,  
 Amada pastorcilla,  
 Como el panal sabroso,  
 Que la abeja fabrica;  
 Porque de frescas flores  
 Se compone , y destila  
 Süave miel , que exhala  
 Una fragancia fina.  
 Pero por parecerte  
 Aun mas á la avecilla,  
 Quando quieren robarla  
 Hieres con osadía.  
 ¡ Oxalá que en un todo

La fueses parecida!  
 Que temiendo la muerte  
 Tal vez no picarías;  
 Y entonces sin el miedo  
 Del aguijon podría  
 El que fuese goloso  
 Hartarse bien de almibar.

### DE UNA MUCHACHA.

**A**l lado de una fuente  
 De envidia mi pastora  
 Deshace entre las palmas  
 Las flores mas hermosas:  
 Que se mire en las aguas;  
 Y allí verá la tonta  
 Que ellas son las que deben  
 Estár de ella envidiosas.

### Á CUPIDO.

**P**or andarte, Cupido,  
 En torno á mi jugando,  
 Con la punta del ala  
 Me has trastornado el vaso:  
 Era el brindis que al sueño

Le sirve de reclamo;  
 Lo malo es que no queda  
 Ni una gota en el frasco.  
 Compadecido el niño  
 Al ver mi sobresalto,  
 Con las plumas mojadas  
 Saboréó mis labios:  
 Dexandome esto poco  
 Aun mas embriagado  
 Que si apurado hubiera  
 Un tonel xerezano.

#### DE UN FALDERILLO.

**E**l perrito faldero,  
 El gracioso Morfiso  
 Como á su dulce dueño  
 Demuestra su cariño!  
 Ya corre por la sala  
 Con retozones brincos;  
 Ya salta en su regazo;  
 Ya dá tiernos aullidos;  
 Ya sacude sus lanas  
 Mas blancas que el armiño;  
 Y sus anchas orejas  
 Caídas al descuido;

Mueve su larga cola;  
 Arroja fuego activo  
 De sus rasgados ojos;  
 Frunce el quebrado hocico;  
 Y con süave lengua,  
 Con besos repetidos  
 Su hermosa mano lame,  
 Y baña con ahinco.  
 Ella luego le halaga;  
 Y él se queda dormido  
 En sus brazos, cansado  
 De tan dulce ejercicio.  
 ¡ Como le guarda el sueño !  
 ¡ Que extremo ! ¡ Que delirio !  
 ¿ Y que mas una Madre  
 Hiciera por un Hijo ?  
 No metais ruido ; cuenta  
 No despierte el perrito,  
 Y se enfade : que á tanto  
 Llega su desatino.

Á UNAS LÁGRIMAS.

Corred , lágrimas tristes,  
 Al Cardoner \* , que espero  
 Os acoja benigno  
 En su líquido seno.  
 Seguid su raudó curso;  
 Entrad en el mar fiero;  
 No os espanteis , llegando,  
 De su horrisono estruendo.  
 No los montes de espuma,  
 Que eleva al firmamento,  
 No naufragos , y tablas,  
 No mástiles derechos  
 Tímidas os detengan:  
 Mas antes por enmedio  
 De su torrente abriós  
 El paso con esfuerzo,  
 Buscad la rica Gades,  
 Y en su espacioso puerto  
 Descansad del camino,  
 Parâos un momento.  
 Y , quando de sus cuevas

\* Rio que pasa por Manresa , Ciudad de  
 Cataluña.

Viereis salir rugiendo  
 Al Bóreas proceloso,  
 En polvo , y agua envuelto;  
 Levantáos unidas<sup>o</sup>  
 Con los vapores densos,  
 Que saca el Sol , formando  
 Mil nubes por el viento.  
 Volad , de él impelidas,  
 Al Guadalete ameno;  
 Y en lluvia desatadas  
 Caed con blando riego:  
 Bañando el rostro hermoso  
 De Ina , mi dulce dueño,  
 Humedeced sus labios  
 Con repetidos besos.  
 Si á mas lograis mezclaros  
 Con la suyas ; Oh Cielos,  
 Por tantas dichas juntas  
 Que envidia he de teneros !

## DEL AMOR.

**L**as ninfas por vengarse  
 Del muchacho de Venus,  
 Quando incauto dormia  
 Ansiosas le prendieron;  
 Qual ata con guirnaldas  
 Su delicado cuerpo;  
 Qual á un tronco le amarra;  
 Qual le echa un lazo al cuello;  
 Qual hace mil pedazos  
 Sus arpones tremendos;  
 Y qual le arroja flores,  
 Diciendole denuestos.  
 Mas él se burla, y ríe,  
 Y con dulce gracejo  
 Exclama: ¡ Bobas, bobas,  
 Que pretendéis con esto?  
 Yo soy solo la imagen,  
 Que retrata el espejo;  
 El amor, que la causa,  
 Existe en vuestros pechos:  
 Nace quando vosotras;  
 Se aumenta al mismo tiempo;  
 Y solo con los años  
 Viene su fuerza á menos.  
 Y así, en tanto que bulle

La juventud , es necio  
 Quien sujetar pretende  
 El amoroso fuego.

DE UNA NIÑA,  
 Y EL AMOR.

Y  
 La graciosa Conchita  
 Vió á Cupido pintado,  
 Y á Venus con la flecha  
 Su vida amenazando;  
 Á vista de su riesgo  
 Y triste desamparo  
 De sus hermosos ojos  
 Las lágrimas saltaron.  
 Vá en busca de su Madre;  
 Se arroja en su regazo,  
 Haciendo mil preguntas  
 Sobre el lindo muchacho;  
 Acerca la pintura  
 Á sus rosados labios;  
 Y al Dios con tiernos besos  
 Procura consolarlo.  
 Mas su Madre la dice:  
 Hija , no llegues tanto  
 Á tu pecho esa imagen,

Si quieres verle sano:  
Pues ese , que tú ahora  
Miras con tal agrado,  
Será á tu vista un monstruo  
Quando tengas mas años.  
Entre flores se oculta;  
Y es tal su negro engaño  
Que á los que en el confían  
Devora de contado.  
Dexa , dexa la imagen;  
Y evita sus halagos,  
Que solo de él se libra  
Quien no quiere escucharlo.

DE AMOR, DE MÍ,  
Y DE LESBIA.

¡C  
Como de mí te alejas,  
Oh fugitivo tiempo,  
Robandome alevoso  
Las dichas que posëo!  
Me afano: pero nunca  
Se me acerca el consuelo,  
Sino entre densas sombras  
Por un corto momento.  
Esta noche, esta noche,  
La mas feliz, que vieron  
Amantes venturosos,  
Crëí tambien yo serlo.  
Amor tomó su antorcha,  
Y, sacudida al viento,  
Con llama luminosa  
De Lesbia encendió el pecho;  
Quedó al golpe rendida,  
Toda en amor ardiendo,  
Que hasta el alma llegaba  
El torrente de fuego.  
Amor se complacía;  
Y agitaba ligero  
La llama con sus alas,

Dando en torno mil vuelos.  
 Yo vi, yo vi que Lesbia  
 Reprimió los lamentos;  
 Y, callando eloqüente,  
 Se mostró su silencio;  
 Yo vi que se animaron  
 De suerte sus luceros,  
 Que envidia la tuviera  
 La misma Madre Venus;  
 Yo vi que, apoderado  
 De sus cándidos miembros  
 Un lánguido deliquio,  
 Quedó sin movimiento;  
 Yo vi. . . Pero corramos  
 Un densísimo velo;  
 Que no han de saber todos  
 Lo que mis ojos vieron.  
 En tanto Amor, qual nunca  
 Agradable, y risueño,  
 En mis manos ponía  
 La copa del contento.  
 Ansioso tras sus gustos  
 Me abalancé, sintiendo  
 Mi vista trastornada  
 Á cada sorbo nuevo.  
 No el nectar xerezano,

No el licor malagueño,  
 No el ardiente Cecubo,  
 No el süave Falerno  
 Agradan , fortifican,  
 Encienden , dán esfuerzo  
 Qual la copa , fiada  
 Á mis labios sedientos.  
 Pensé que la apuraba:  
 Mas ; ay ! que como viejo  
 El tiempo vió con rabia  
 Los juveniles juegos;  
 Y , acortando las horas,  
 Nos dividió soberbio.  
 Lesbia se fué llorando;  
 Amor se alzó á los Cielos;  
 Y yo , al ver apartarse  
 El torrente tan léjos,  
 Qual Tántalo quedéme  
 De pura sed muriendo.

## SILVAS.

---

 Á VENUS.

Como se ha de apartar de mi memoria,  
 Ó Venus soberana,  
 La completa victoria,  
 Que tuvo por tu medio el pecho mío,  
 Haciendo tan humana,  
 Rindiendo á mi alvedrio  
 La hermosa Silvia, Silvia á quien adoro,  
 Gloria del sexô, del amor decoro?  
 Ni aquella deliciosa madrugada,  
 Que estando recostada  
 Sobre un gracioso lecho,  
 Que al lado de una fuente  
 El prado con sus yerbas ofrecía,  
 Dando latidos su redondo pecho,  
 Espirando sus labios dulcemente,  
 Con ayes me decía:  
 Feniso ¡quan en vano  
 Son esos tus temores!  
 Tú encontrarás tal vez otras amantes  
 De facciones mejores,  
 Que aumentan tus placeres por instantes,

Que halaguen tu desêo:  
 Pero que mas te quieran , no lo crêo.  
 Oh Diosa , tú que sabes  
 Lo que es un amor puro,  
 Haz que no tenga al corazon perjuro;  
 Que apruebe las sũaves  
 Palabras que salieron de su boca;  
 Inspíraselo tú , que eso te toca.  
 Mas no crêo que falte á lo jurado:  
 Pues en aquel momento,  
 En que apuré la copa del contento,  
 Estabas á su lado;  
 Todos sus movimientos animabas;  
 Y tan cerca mostrabas  
 Tu fuego penetrante,  
 Que sus ojos , de tanta luz heridos,  
 Estaban desmayados , y adormidos;  
 Y aun su trémula voz , su voz amante  
 Era entonces guiada  
 Por la tuya insinuante , y delicada;  
 De suerte que al mirarla conocíam  
 Que en su pecho de Venus la ternura  
 Tan solo residía.  
 Si logra tu favor esa hermosura,  
 Y sí amas á los dos con tal extremo  
 Ya me juzgo dichoso , nada temo.

En la mesa, en la calle, en el paseo,  
Como si allí estuviera el deseo,  
Sola presentarme el deseo,  
Cuando al lecho me iba a ir,  
La imagen de mi Silvia en el espejo,  
Al sueño me iba a ir,  
Y las flechas agudas, con que herías,  
Y al despertar con Silvia en el espejo,  
Y con las que abatías,  
Silvia era todo cuanto me iba a ir,  
A perder tu potencia se burlaba,  
Y esta Silvana, esa aljaba,  
De hermosura,  
Que bien que te caían! ; Tu hermosura,  
Que bien que te caían!  
Con ellos que realce no tomaba  
Y de mi amor, y de mi amor,  
Y de mi amor, y de mi amor,  
Las de mi amor, y de mi amor,  
Los de mi amor, y de mi amor,  
A cada paso,  
Las he visto por el mundo,  
Y de mi amor, y de mi amor,  
Y de mi amor, y de mi amor,  
Que me vi mas que amante su cautivo,  
Y de mi amor, y de mi amor,  
Y de mi amor, y de mi amor,

**A** paga la acha ardiente,  
 Muchacho beleidoso,  
 Rompe al instante el arco poderoso,  
 Y las flechas agudas, con que herías  
 Á todos fieramente,  
 Y con las que abatías  
 Al que de tu potencia se burlaba.  
 ; Esa venda, esas alas, esa aljaba  
 Que bien que te caían! ; Tu hermosura  
 Con ellos que realce no tomaba  
 En los dichosos días,  
 Que era dulce tu ardor, tu risa pura,  
 Súaves tus cadenas!  
 Mas ahora todo es llanto, todo penas.  
 Silvia, que con semblante  
 Hermoso, y halagueño  
 Mantiene un corazón como el diamante;  
 Sedujo el mío con amante empeño;  
 Pero de tal manera  
 Que no era el mismo, que otros tiempos era:  
 Pues fué tal su atractivo,  
 Que me vi mas que amante su cautivo.  
 Á Silvia hallaba yo por donde quiera:

En la mesa , en la calle , en el pasëo,  
 Como si allí estuviera  
 Solía presentarmela el desëo:  
 Quando al lecho llegaba,  
 La imagen de mi Silvia me asaltaba;  
 Al sueño al fin cedía,  
 Y á Silvia en él veía;  
 Y al despertar con Silvia me encontraba;  
 Silvia era todo quanto  
 Á percibir llegaban mis sentidos;  
 Y esta Silvia , olvidada de mi llanto,  
 De mis tiernos gemidos,  
 Qual viento se ha mudado,  
 Y de mi amor ardiente se ha cansado.  
 Las olorosas flores , que texieron  
 Los dedos de tu Madre , rotas fueron;  
 Ajadas , y esparcidas  
 Las he visto por esas mismas manos ;  
 Hermosas , y atrevidas,  
 Que para destruccion de los humanos  
 Fueron dulce depósito del fuego,  
 Que ablanda mucho mas que el mayor ruego.  
 De quanto tú dexaste , nada existe:  
 Silvia lo destrozó , no mas tu imperio.  
 ; Feliz el que resiste  
 Tan duro cautiverio;

Y , huyendo de tu trato fraudulento,  
 La amable libertad goza contento!

Á SILVIA.

**S**ilvia que me sucede?  
 Lo exâmino , lo vëo,  
 Lo toco , y no lo crëo.  
 ; Qué cosa así me puede  
 Haber robado la agradable risa,  
 Que en mis labios continuo retozaba;  
 Ni el fuego , que inflamaba  
 Mis ojos , y semblante?  
 El corazon parece que me avisa  
 Algun terrible mal en este instante.  
 Venus está irritada  
 Porque fué su promesa despreciada;  
 Y al travieso Cupido,  
 Que causa nuestro incendio,  
 Lo traté con enfado , y vilipendio.  
 ; Quanto de estas injurias me ha pesado!  
 He estado horas enteras  
 Ante él arrodillado;  
 Con voces lastimeras  
 Le he pedido perdon ; le he suplicado  
 Por Psiquis , y por quanto tiene amable;

Pero se ha mantenido inexorable. Y  
 Y, abriendo sus alitas, con un vuelo  
 Tan somero, que apenas  
 Le alzaba sobre el suelo,  
 Mostrando en su semblante amargas penas,  
 Fué corriendo á su Madre; en su regazo  
 Se arrojó con despecho;  
 Y apretando su pecho  
 Con un süave abrazo,  
 Imprimió en su mexilla el tierno labio,  
 Pidiendola venganza de su agravio.  
 Si : venga mis ultrajes  
 Clamaba enfurecido.  
 ; Ah ! quiero que á mí mismo te aventajes  
 En cruéldad, con ansia te lo pido.  
 Respóndele la Diosa:  
 Se hará tu gusto, sin temor reposa.  
 Desde este instante, para mí terrible,  
 Mi corazon sensible  
 Se encuentra de tal suerte,  
 Que mil veces al dia me matara,  
 Si Venus misma no me lo estorbara;  
 Porque dice : La muerte  
 Es fin de toda pena;  
 Que no muera ; mi rabia le condena  
 A una vida, aunque triste, muy durable

Para que así su mal eterno sea:  
 ¿Venus con tal rigor? ¿Venus la amable  
 En un triste mortal su furia emplea?  
 ¿Que hay, Silvia amada, que hay de que admirarse  
 Si á mas de ser muger quiere vengarse?

### Á UN CLAVEL.

Encendido clavel, clavel hermoso,  
 Mas que todas las flores oloroso,  
 Pues tus hojas con pompa desplegando,  
 Llenas el aura de un olor tan blando,  
 Y tan puro, que al hombre le mitigas  
 En parte sus pesares, y fatigas;  
 Tú que honras el verano, con él vienes,  
 Que anuncias con tu vista tantos bienes,  
 Adornas los jardines, y las salas;  
 Retozas en el pelo, y en las galas  
 De las graciosas nimfas; y al fin eres  
 Testigo fiel de todos sus placeres;  
 ¿Que tienes? ¿Que te pasa? ¿Que te aflige?  
 Ya lo vëo: bien claro se colige.  
 Tú vienes á mi mano con despecho  
 Porque antes, colocado en aquel pecho,  
 Donde Venus anida su hermosura,  
 En medio de su fuego, y su blancura,

Gozabas de un deleyte no explicado,  
 Y eras de los amantes envidiado;  
 Y sientes que te arrojen de su seno  
 Quando de él disfrutabas mas sereno.  
 Si es esto, no desmayes, ven conmigo,  
 Porque la misma suerte que tú sigo,  
 Que tambien ese pecho poseía,  
 Y por feliz me tuve en algun día;  
 Y ahora, de mi trono repelido,  
 Me angustia el pensar solo lo que he sido.  
 Vén, y en mi corazon, clavel, reposa;  
 Séame tu fragancia deliciosa;  
 Y pues el mismo sinsabor tenemos,  
 Mutuamente los dos nos consolemos.

### RECONCILIACION DE SILVIA.

**P**or no sé que capricho Silvia un día  
 Me desterró enojada de sus ojos,  
 Repitiendo despues cada momento:  
 Ya puedo llamar mío  
 Mi corazon, que está de amor exênto,  
 Y enteramente libre mi alvedrío;  
 No lo volveré mas á la cadena,  
 Que al romper me ha costado tanta pena:  
 Si, Júpiter, lo juro; eterno llanto

Me consuma , si acaso lo quebranto.  
 Esto ayrada decía;  
 Y á vista de su genio firme , y fiero  
 Casi llegué á créer que lo cumplía.  
 Pero el dulce Cupido  
 Burlabase de voto tan severo;  
 Y , en su gracioso pecho recostado  
 Como en su propio nido,  
 Movíase del uno , y otro lado;  
 Y con las puntas de sus dos alillas  
 Hacíala allá dentro mil cosquillas,  
 Causándola un crúel desasosiego,  
 De lo que se alegraba  
 El muchachuelo ciego.  
 Ya desde aquel momento  
 Quebrantar intentaba  
 El duro juramento;  
 Ya borraba el temor su pensamiento;  
 De seà , teme , gime , y trastornada  
 Todo lo emprende , no concluye nada.  
 En fin no puede mas , corre á mis brazos;  
 Y con estrechos lazos,  
 Olvidada de todo lo jurado;  
 Me renueya su agrado.  
 Mas luego grita , llora,  
 Y prorrumpo : La mano vengadora

De Jove vá á llenarme de amargura,  
 Porque soy delinquente , soy perjura.  
 Oyela allá en su trono el gran Tonante,  
 Y dice : Tranquiliza  
 El corazon , serena tu semblante:  
 Si acaso yo debiera  
 Convertir en ceniza  
 Los amantes perjüros al instante,  
 Ya rayos no tuviera;  
 Y apenas de cansado  
 El brazo levantado  
 Mantenerse pudiëra:  
 Y así al ver que por serlo se dan prisa,  
 En lugar de enfadarme me dan risa.

### Á LELIO.

**C**omo , Lelio, te encuentras ladulado  
 De Fortuna, que siempre está á tu lado;  
 Por quien tus troxes ves de mieses llenas,  
 Y un crecido ganado ,  
 Que ocupa las campiñas más amenas,  
 Ó hace desaparecer las altas sierras,  
 Por lo que en tus arcones  
 Continuamente encierras  
 Talegos á millones:

Ahora , confiado en tu ventura,  
 Piensas que has de rendir esa hermosura,  
 Que , de mi ardiente llama penetrada,  
 El oro , el mando , todo estima en nada.  
 ; Quanto te engañas ! El metal precioso,  
 De que está un servil pecho codicioso,  
 No puede corromper el amor puro;  
 Con este mas seguro  
 Estuviera el honor de la doncella  
 Dánae que con el muro  
 De robusto metal ; una centella  
 De este fuego no mas fuera bastante  
 Á resistir constante  
 Al mismo Jove en oro convertido.  
 ; Y habías tú creído  
 Que al punto destrozara  
 Mi imagen ; de su pecho me arrojara ;  
 Y tú en el trono , que antes poseía,  
 Habías de gozar de la que es mía ?  
 ; Que error Lelio ! ; No ves que los altares  
 De Venus , y del Hijo soberano  
 Incienso por mi mano  
 Con sabëos aromas singulares ?  
 ; Y cada dia ofrezco dos pichones  
 De sexô diferente  
 Mas blancos que la nieve , retozones,

Que ya sienten de amor la sed ardiente?  
 ¿Que admiten mis ofrendas con cariño?  
 ¿Y que el potente niño  
 Con sus flechas rechaza los amantes,  
 Mientras ella con voces insinuantes  
 Á mi Silvia mantiene en la firmeza,  
 Pagando de este modo con largueza  
 Mis tiernas oblacones?  
 Huye , Lelio ; y conserva tus doblones  
 Para una muger torpe , y corrompida ;  
 Que donde la virtud tiene su asiento,  
 Y en donde con tan firme fundamento  
 El dulce amor se anida,  
 No puede tu metal tener cabida.

### Á FILIS FILÓSOFA.

; **C**on que semblante tan diverso ahora  
 Se muestra la inmortal Filosofía  
 De aquel bárbaro tiempo , en que solía  
 Tan solo ser Señora  
 De unos hombres adustos  
 Contrarios declarados de los gustos !  
 Como siempre con ellos conversaba,  
 Su ceño , sus modales retrataba ;  
 De suerte que espantados

Los de una alma sensible, y  
 Huyan de su vista apresurados,  
 Por no perder sin duda su reposo.  
 En el dia se ha vuelto apetecible,  
 Que ha logrado tener, Filis querida,  
 En tu precioso corazon cabida.  
 Ya la enojosa ruga, que en su frente  
 Hacía estremecer á todo el mundo,  
 Se mira enteramente  
 Desecha, y disipada;  
 Y ya vëo con gozo sin segundo  
 Que, de las tiernas gracias rodëada,  
 Y la parlera risa,  
 Está bullendo en tus rosados labios,  
 Mostrando su placer á toda prisa.  
 Tú, que has tomado sus consejos sabios,  
 Expresas sus verdades  
 Con habla deliciosa,  
 Haciendo ver que en todas las edades  
 Su sencilla amistad es provechosa:  
 Y que el color mas puro que la rosa  
 Sobre cándida nieve colocado,  
 Que el brillo de los ojos, que trastornan  
 Al mas desamorado  
 Quando atentos se tornan,  
 Y en los suyos se fixan con agrado;

Que el ayre , y gentileza;  
 Que el completo de gracia , y de belleza  
 En años juveniles;  
 Que el mismo Amor , que sabe  
 Rendir á los Aquiles,  
 Volviendo lo intratable muy süave,  
 De nada sirve , si esta se desdeña  
 Á presidir en todas sus acciones;  
 Porque ella es quien enseña  
 El modo de mandar los corazones.  
 La blanca Citeräa,  
 Que tiene tal poder en la hermosura,  
 Al escuchar tu acento se recrea,  
 Porque en tí encuentra imperio de mas dura.  
 Á las ninfas convoca , que officiosas  
 Träen en bien labrados canastillos  
 Mil flores olorosas,  
 Cercadas de tomillos;  
 Y , escogiendo de todas las mas finas,  
 Sobre tí las arroja á manos llenas;  
 Cupido , contemplantodo  
 Perfecciones en tí tan peregrinas,  
 Se pasma , porque vé que sus cadenas  
 Serán en vez de yugo lazo blando,  
 Si tú ponerlas quieres,  
 El valor aumentando

Á todos los placeres.  
 Abre sus alas , de oro matizadas,  
 Y con un leve impulso menëadas,  
 En torno tu cabeza  
 Da vueltas con viveza,  
 Mil säetas flechando  
 Con semblante risueño,  
 Porque ha formado empeño  
 En poner á tus plantas humillados  
 Á quantos resistir tu ardor procuran:  
 De esta suerte aseguran  
 Hijo , y Madre sus reynos dilatados.  
 ; Que mucho , si en tu pecho se destila  
 De la filosofia el nectar puro;  
 Y con alma tranquila  
 Rompes el fuerte muro  
 De la torpe ignorancia;  
 Y , para que haya en el amor constancia,  
 Quieres que su cimiento  
 Se forme sobre un sólido talento.

### DESPEDIDA DE FILIS.

A Dios , Filis , á Dios : ya se acabaron  
 En mis sencillos versos las ternezas,  
 Que un tiempo en tu alabanza resonaron:

Si en ellos se admiraron  
 Ya gracias, ya bellezas,  
 Que tu vista agradable producía;  
 Hora, que de tí el Hado me desvía,  
 Con triste, y bronco acento  
 Expresaré tan solo mi tormento;  
 Mi tormento, por ver que el niño ciego  
 Despues de haberme herido,  
 Sordo á mi tierno ruego,  
 Cumplirme la palabra no ha querido:  
 Él me dixo, estrechándome en sus brazos:  
 Ama, sin temor ama,  
 Yo mantendré tu llama;  
 Yo texeré los lazos,  
 Que producen delicias indecibles;  
 Y por mí vencerás lós imposibles.  
 ¿Donde están, pues, los gustos halagüenos  
 Con que el fiero rapáz me convidaba?  
 Como ligeros sueños  
 Á mi ardiente pasion los presentaba;  
 Y quando ¡ay triste! se desvanecieron  
 Solo llanto en mi pecho produxeron.  
 Mas la santa Amistad alzó mi frente;  
 Su boca imprimió en ella dulcemente,  
 Y comenzó á decir estas razones:  
 ¿Porqué causa te pones.

Tan mustio , y cabizbaxo? ; Porqué un niño  
 Como tal trata ahora tu cariño?  
 Todas sus deseadas sensaciones  
 Se evaporan con tanta ligereza,  
 Como el olor , que exhala en la mañana;  
 Un jardin delicioso  
 En la estacion del año mas lozana.  
 De otra naturaleza,  
 De un caracter mas puro , mas precioso  
 Son los deleytes , que mi mano ofrece;  
 La amistad no perece:  
 Y fuera cosa dura,  
 Que , gustando de Filis , la dulzura  
 De amarla se acabara  
 Al punto que el placer se evaporara:  
 Tuvo razon : mi pecho , aunque se ausente,  
 Como amistad sagrada le ha bañado,  
 Siempre tendrá presente  
 Los gustos , que en tu vista he disfrutado:  
 Y el tiempo destructor , la adversa suerte,  
 La ausencia olvidadiza , ni aun la muerte  
 Podrán borrar , ó Filis , la fé pura,  
 Que mi alma al despedirse te asegura.

## LA CASA DE NERINA.

**E**sta es la casa ¡ ay triste ! que habitaba  
 Mi Nerina graciosa.  
 ¡ Quan otra está que estaba !  
 ¡ Quan sola , y pavorosa !  
 Aquí , donde los gustos reünidos  
 Venían á asaltar á los sentidos,  
 Solamente resuena  
 El eco bronco de mi amarga pena.  
 Aquí escuchaba todo enagenado  
 Su dulce canto , su armonioso acento,  
 El corazon colgado  
 De aquella velocísima garganta,  
 Que despide el aliento  
 Con mäestría tanta,  
 Que parece del Cielo su concento.  
 Aquí dulce reía,  
 Y , entreabriendo sus labios de corales,  
 Un puro olor en torno trascendía,  
 Qual la grata ambrosía,  
 Que se sirve á los Dioses inmortales.  
 Aquí tierna me hablaba;  
 Y en sus ojos graciosos  
 Mi dicha contemplaba.  
 En este balcon , sí , la vez primera

Con brazos temerosos,  
 Y lleno de ardimiento,  
 Hice que en un momento  
 Recibiese mezclados en mis labios  
 Ternezas con agravios.  
 Tú , balcon , fuiste el único testigo;  
 Tú á mi amor diste abrigo;  
 Y tú también la viste,  
 Qual rosa deshojada,  
 Que destruye el arado de pasada,  
 Muy pesarosa , y triste,  
 Porque cogí atrevido  
 El panal de su boca,  
 Que tanto al que lo mira le provoca.  
 No el Tiempo enfurecido  
 Aniquile tu ser ; el Amor vele  
 Sobre tí ; te conserve como suele  
 La Madre tierna al Hijo delicado;  
 Que no merece sea destruído  
 Balcon , que tan benigno se ha mostrado.  
 Aquella es ; ay ! la alcoba , dó solía  
 Entregarse al reposo;  
 Allí estaba su lecho delicioso,  
 Su lecho afortunado,  
 Que en su nevada holanda la acogía  
 Con anhelante agrado;

Él su pecho sentía,  
 Si amante palpitaba;  
 Sus ayes escuchaba;  
 Y su llanto en la almohada recogía:  
 Mas hora abandonada  
 Inspira tal pavor solo al mirarla,  
 Que parece quejarse lastimada  
 Del duro inesperado apartamiento;  
 No me atrevo á pisarla,  
 Temiendo que se doble mi tormento:  
 Mas tu, pared dichosa,  
 Que el eco repetiste compasiva  
 Quando su voz activa  
 Se quejaba á la noche silenciosa,  
 Dime, si se acordaba  
 De mi amor, ó entre sueños me nombraba;  
 Si estaba con recelo;  
 Si sentía con verme algun consuelo;  
 Ó si la daba mi rigor quebranto;  
 Dímelo todo, dilo extensamente:  
 No, no lo digas; ¡ay! no aspiro á tanto;  
 Permite, si, que imprima el labio ardiente  
 Donde ella reclinaba su cabeza;  
 Permítele á mi amor esta terneza. . . .  
 Esto repite, en lágrimas bañado  
 Feniso el desdichado,

Con la vista clavada  
 En la vivienda de su prenda amada,  
 Que así solo suspende su cuidado:  
 Pues quien padece ausente  
 No es mucho que con esto se contente.

## LA VENIDA DE LA PRIMAVERA.

Á NERINA.

**E**l Invierno enojoso,  
 De nubes rodëado,  
 Marchóse presuroso  
 Á exercer su rigor al Norte elado.  
 En tanto se presenta  
 La dulce precursora del verano,  
 Derramando mil flores  
 Con generosa mano,  
 Que embalsaman el ayre con olores.  
 Los céfiros süaves,  
 Libres , y exéntos de las nieblas graves,  
 En torno la rodëan;  
 Halagan , y recreän  
 Los pechos aquejados;  
 Los arroyos , que atados  
 Con prisiones de yelo  
 No podian regar el verde suelo;

Ahora sueltos del monte  
 Con risa bulliciosa se despeñan;  
 Corren serpentéando  
 Por el ameno valle , y ván regando  
 Las plantas á porfía;  
 Renace la alegría  
 Del rústico , que en la era  
 Espesas haces acinar espera;  
 Los troncos corpulentos,  
 Que resistieron con vigor constante  
 Á los bravosos vientos,  
 Con risueño semblante  
 Al Cielo elevan sus crecidas ramas,  
 Cubriéndolas con hojas al instante;  
 Los páxaros caneros  
 Forman diversos coros,  
 Canciones entonando,  
 Ora en los verdes ramos escondidos,  
 Ora al ayre esparcidos  
 Acá , y allá con gracia revolando;  
 El Sol se muestra claro , y luminoso,  
 Ni ofende con sus rayos  
 Qual suele en el Estío,  
 Ni escasëa sus luces perezoso  
 Como quando á la tierra oprime el frío.  
 ¡ Oh dulce Primavera !

¡Oh juventud del año! Persevera  
 Entre nosotros siempre;  
 Deten el veloz paso:  
 Mas ¡ay! que estienes las purpúreas alas,  
 Sin querer hacer caso  
 De mi amoroso ruego;  
 Y de mis ojos, ¡ay! te alejas luego.  
 ¿Temes que te marchite la hermosura  
 El seco Estío con su ardiente fuego?  
 ¿Temes perder al verle tu frescura?  
 ¿Que se sequen tus labios olorosos?  
 Pues vete, que no quiero  
 Que sientas los ardores rigurosos  
 Del tiempo venidero:  
 Huye, sí, huye: tus pasos acelera,  
 Que un amargo dolor me causa el verte;  
 Porqué eres verdadera  
 Imagen de mi suerte:  
 Pues, quando contemplaba  
 Á mi dulce Nerina  
 Mas amorosa, y fina;  
 Y que el tierno Cupido se esmeraba  
 En derramar sus gustos indecibles  
 Sobre dos corazones tan sensibles;  
 Se ausentó de mi vista; y he quedado  
 Qual suele el caminante en noche oscura

Al verse deslumbrado  
 De un relámpago activo no esperado;  
 Que, lleno de amargura,  
 Con ansia espera que se acerque el día;  
 Así mi amante pecho,  
 En lágrimas desecho,  
 De continuo á los ojos las envía,  
 Hasta que los aclare la luz mía.

CANCIONES.

LISIS SOBRE TODAS

LAS SATISFACCIONES.

Agitado mi triste pensamiento,  
 Revuelvo mil idéas lisongeras  
 Para buscar en ellas alegría:  
 Ya me figuro plácidas praderas,  
 Donde inmensos rebaños apaciento,  
 Que triscan , y retozan á porfía;  
 La leche , finas lanas , y la cría,  
 Me dan lo suficiente  
 Para vivir decente;  
 Pues léjos de los vanos resplandores,  
 Y aparentes honores,  
 Desfruto de una vida sosegada  
 Sin envidia de nada;  
 Esto mismo me oprime , me atormenta,  
 Pues Lisis , sola Lisis me contenta.  
 Ya pienso en un arroyo , dividido  
 En dos brazos que corren diferentes,  
 Cercado de menuda , y fresca arena:  
 El uno lleva alegre sus corrientes  
 Por un prado de flores revestido,

Y con su orilla , de frutales llena,  
 Hace su vista mucho mas amena;  
 El otro de una roca,  
 Que casi al Cielo toca,  
 Se despeña ruidoso , y acompaña  
 Con armonía extraña

Al coro de las aves ; tal contento  
 Al alma da contento;  
 Mas si lo escucho mi pesar se aumenta,  
 Pues Lisis , sola Lisis me contenta.

Á veces imagino , que , corriendo  
 En un caballo bético fogoso  
 Tras la cuitada liebre, por un prado,  
 La aflijo con mis perros, y la acoso;  
 Que , las riendas al bruto revolviendo  
 No dexo mata , cerca , ni vallado  
 Que no salte en pós de ella acelerado;  
 Que se agacha , y ligera  
 Aviva la carrera;  
 Que , soltando mis galgos , al momento  
 La dexan sin aliento;  
 Que gasto en exercicio tan honesto  
 Del día todo el resto  
 Ningun gusto á mi pecho se presenta,  
 Pues Lisis , sola Lisis me contenta.

Las músicas , las cenas , los saras

Procuran asaltar mi fantasía,  
 Donde encuentro placeres á millares;  
 Ya disfruto una grata melodía;  
 El alma , opresa en tenebroso caos,  
 Al escuchar sus tonos singulares  
 Arroja de su seno los pesares,  
 Se absorbe , y enagena;  
 Ya gozo de una cena,  
 En donde el vino de Xerez añejo  
 Nos quita el sobrecejo;  
 Y son luego con danzas concertadas  
 Mil dichas apuradas;  
 Esto ningún placer en mi fomenta,  
 Pues Lisis , sola Lisis me contenta.  
 Otras veces me juzgo coronado  
 De laurel , y de gloria esclarecida,  
 Cercado de infinitos prisioneros;  
 Que tengo una provincia sometida,  
 Ó baxo el duro yugo un pueblo osado;  
 Que á mis plantas se encuentran los aceros,  
 Que gané á mis contrarios altaneros  
 En sangrienta batalla;  
 Que su soberbia calla  
 Al ver al vencedor en su presencia;  
 Que la mayor potencia  
 Cede al fin á mis brazos victoriosos;

Trofëos tan honrosos  
 No tienen para mí valor, ni cuenta,  
 Pues Lisis, sola Lisis me contenta.

Que Fortuna con mano generosa  
 Háme dotado de preciosos dones  
 Créo otras veces con altanería;  
 Que pòseo monedas á millones;  
 Que la tierra, y el mar no tienen cosa,  
 Que á fuerza de poder no sèa mía;  
 Que el comercio del mundo, y grangería  
 Deben á mi riqueza.

Su poder, y nobleza;  
 Pero estos pensamientos desvariados,  
 Estos gustos son dados  
 Á los que siempre buscan el dinero;

Que por mí no le quiero,  
 Ni mi gusto en tenerle se acrecienta,  
 Pues Lisis, sola Lisis me contenta.

Que Apolo, descendiendo del Parnaso  
 Con sus dulces hermanas, ha vertido  
 En mi pecho la fuente de Helicon  
 Me persuado tal vez; y aun que, subido  
 Sobre la espalda del veloz Pegaso,  
 El orbe calla, si mi voz entona;  
 Que el Dios absorto ab punto me corona,  
 Y el Tiempo, derribando

El busto venerando  
 Del inmortal Homero , pone el mío  
 Con fiero poderío  
 En aquel pedestal; dó como justo  
 Lo colocó el Buengusto;  
 Tal locura me causa solo afrenta;  
 Y Lisis , sola Lisis me contenta.

### AL AMOR. POR UNAS LÁGRIMAS.

Ahora quiero , Amor , que con tus alas  
 Me cerques , y me agites de manera  
 Que solo amor respire el blando acento,  
 Tú que una vez , y ciento  
 En mi pecho clavaste tu hasta fiera;  
 Y en agrias peñas , y graciosas salas  
 Hiciste que se oyese mi armonía,  
 Por tus vivos impulsos excitada;  
 Haz que con voz mas dulce , mas templada  
 Pueda cantar la gloria de aquel día,  
 En que ví de dolor mi Luz hermosa  
 Poco á poco apagarse;  
 Y de su faz , envidia de la rosa,  
 El matiz alejarse  
 Por la lluvia de lágrimas ardientes,  
 Que enviaban sus ojos refulgentes.

Qual suele aparecer el Sol luciente,  
 De mil nubes espesas coronado,  
 En el florido Abril por la mañana,  
 Bordando de oro , y grana  
 El manto de la Aurora delicado;  
 Y con su clara luz resplandeciente  
 Las reünidas nieblas desatando,  
 Rasgar activo el tenebroso velo,  
 Haciendo que reciba el seco suelo,  
 Que ansioso espera , su rocío blando.  
 Tal mi Luz , en celages escondida,  
 Apareció primero;  
 Rompió en llanto la niebla denegrada;  
 Y un gozo verdadero  
 Recibió entónces mi alma enamorada,  
 Que ansiaba de tal lluvia ser bañada.

No de fortuna tal merecedores  
 Fueron los campos , que la pura lumbre  
 Del rubio Febo de continuo dora;  
 Ni aquellos , en que mora  
 De justos la escogida muchedumbre,  
 Libres ya de esta vida , y sus dolores.  
 Lágrimas tan hermosas , y excelentes  
 No las forzó el Amor para este suelo.  
 Tales fueron aquellas , con que el duelo  
 De su pecho mostró , viendo presentes

Las gracias de su Adonis marchitadas,  
 La blanca Citerëa;  
 Tales fueron por ella derramadas,  
 Quando se halló qual rêa  
 En el Olimpo sacro escarnecida,  
 De amor ardiendo, y en la red prendida.

Las perlas delicadas, que en el seno  
 De la sidonia concha se producen  
 En el lejano, y oloroso Oriente,  
 Brillo tan esplendente  
 No tienen, ni entre el nacar mas relucen,  
 Que este rocío celestial, y ameno,  
 Por el cándido rostro derramado,  
 Y los colores de purpúrea rosa,  
 Que el rostro esmaltan de mi luz llorosa.  
 ; Por quien Paris hubieras sentenciado,  
 Si tal hubieras visto la alta Juno,  
 Ó á Palas Athenëa?  
 Mas ; ay ! que rostro qual mi luz alguno  
 Es imposible sëa,  
 Y mas si en llanto del amor se baña,  
 Y el amargo suspiro la acompaña.

Sobre el enhiesto cuello, que en blancura  
 Atrás dexa las cumbres de Pirene,  
 Y han las Gracias con arte tornëado,  
 Sin orden, derramado

El oro , que el ófir igual no tiene,  
 Lascivo vaga por la nieve pura;  
 Las hebras , unas en la tersa frente  
 El viento manso orëa , rëunidas  
 Otras con lazos , y otras divididas  
 Se rizan , y se enredan dulcemente.  
 Mas al golpe del llanto doloroso  
 Confusas se amontonan,  
 Y cubren el semblante lastimoso:  
 Tal las flores coronan  
 Un lozano jardin ; y en un momento  
 Su pompa rinde el proceloso viento.

Quando la reja dura desenvuelve  
 Los áridos terrones , y á su paso  
 Encuentra con la flor que Venus ama  
 Entre la verde grama,  
 No hace daño mayor ; el cuello laso  
 Inclina ; el rostro mustio á tierra vuelve;  
 Marchítanse las hojas ; el brillante  
 Resplandor se amortigua ; y desmayada  
 Causa lástima ver á la que nada  
 Igualaba en belleza rozagante:  
 Mi Luz así , qual linda , y tierna rosa,  
 Cayó desfallecida;  
 Robada la color , y congojosa;  
 La voz interrumpida;

Apagado su lustre ; y con el llanto  
Mostrando sin querer su gran quebranto.

Las lágrimas preciosas inundaban  
El pecho de marfil ; y los suspiros  
Tras ellas se salían presurosos.  
¿ Oh momentos dichosos,  
Porque quisisteis ; ay de mí ! partiros  
Con tanta ligereza , si encontraban  
En verlas derramar mis pensamientos  
La prueba del amor mas acendrado ?  
Corristeis con un vuelo arrebatado,  
Corristeis sin parar , dulces momentos :  
Mas no podreis quitar á la memoria,  
Que siempre me presente  
Esta tan dulce lamentable historia,  
Para que amante cuente  
El dia de mi lúgubre partida  
Por el mas venturoso de mi vida.

Veré continuo con angustia grave  
El pecho , donde Venus, y Cupido  
Atesoran sus dones inmortales,  
Con ansias desiguales,  
Y amante sobresalto conmovido ;  
Veré pararse qual viola süave  
El rosado color del rostro bello,  
Veré unos con otros encontrarse

Los amargos sollozos ; y agitarse  
 Sin orden ni artificio su cabello;  
 Veré mi clara Luz amortiguada  
 Contra mi ardiente seno;  
 Veré la densa niebla desatada;  
 Y qual rocío ameno  
 Mi animo regalar ; tal me creía  
 Quando con tanto amor me despedía.

Tu, sacro Amor, que rindes prestamente  
 Al yugo de tu ley los mas osados;  
 Tanto que Jove en el celeste asiento  
 No está del fuego exênto,  
 Que producen tus dardos aguzados;  
 Tú que haces resonar de gente en gente  
 El vigor de tu brazo formidable,  
 Extendiendo tus alas vagarosas  
 Por donde giran las eladas osas,  
 Y por dó Febo con calor estable  
 Tiene el Orbe igualmente dividido,  
 En mi socorro acude.  
 No que me apagues mi pasion te pido;  
 Sino que el Tiempo mude,  
 Impelido de tí, mi amargo estado,  
 Pues vivo ausente, triste, enamorado.  
 No en mil cercos el oro recogido  
 Y con graciosos nudos relazado,

No aquellos vivos relumbrantes ojos  
 Mas que los rayos rojos,  
 Que esparce en derredor el Sol dorado,  
 No el carmin sobre leche destefido,  
 No el conjunto de gracias, que Natura  
 Quiso depositar en un sugeto,  
 Son las que causan mi amoroso efeto;  
 Sino el llanto abundante, la ternura  
 De aquel sensible pecho lastimoso.  
 Si quieres sujetarme,  
 Dulce Amor, con un lazo poderoso,  
 Procura presentarme  
 Siempre en mis brazos á mi Luz llorando;  
 Y entonces me será tu yugo blando.

## Á UN NUEVO TURPIAN DE LAURA.

Oh tú, nuevo Turpian, que has conseguido  
 La esclavitud mas dulce, mas honrosa,  
 Pues Laura te ha elegido  
 Para aplacar su pena congojosa,  
 Si su mano oficiosa  
 Te halaga, no te ufanes, ni te engrías,  
 Que no posan en tí sus pensamientos;  
 Renueva con tu vista los contentos,  
 Que tuvo en otros mas felices días;  
 Y eres, oh desdichado,  
 Solo recuerdo de su bien pasado.

Mas no por eso el corazon doliente  
 Consumas hora en mísera tristeza;  
 Porque el Tiempo potente  
 Abate el muro de mayor alteza;  
 La ardiente gentileza  
 Con su impulso qual humo desaparece;  
 Y todo queda á su rigor trocado;  
 Hasta el cariño puro, y acendrado  
 Se deshace al instante, y desvanece  
 Qual surco de la nave,  
 Ó senda que al volar señala el ave.  
 Así cobra valor; espera, espera

Que la memoria del Turpian difunto  
 Qual él en Laura muera;  
 Y que, llena de amor por su trasunto,  
 Lo adore al mismo punto  
 Que á la triste avecilla desdichada;  
 Que en tí encuentre el alivio que en aquella;  
 Y que llame feliz la dulce estrella,  
 Que una prenda la dió tan desëada:  
 Mas guarda ; todavía  
 No es , Turpian , este el venturoso dia.

Conoce la prision , á que has venido;  
 No te engañe la jaula primorosa;  
 Ni mirarte servido  
 Por su mano süave , y deliciosa;  
 Porque ella qual la rosa  
 Esparce en derredor su esencia pura  
 Con alma liberal ; pero cercada  
 De agudas puntas se presenta ayrada  
 Al que intenta gozar de su hermosura:  
 Que flor tan soberana  
 Solo á un influxo superior se humana.

En tanto , desplegando la librëa  
 De tus pomposas plumas , con agrado  
 Su corazon recrea,  
 Revolando del uno al otro lado;  
 De tu pico nevado

Vuelen las gracias , brote la armonía  
 En trinadas dulcísimas canciones  
 Bastantes á mover los corazones,  
 Y á conseguir renazca la alegría  
 En los ojos de Laura;  
 Revuela , y canta ; y su placer restaura.

Restaura con afan aquella risa,  
 Que envidiaban los Dioses inmortales;  
 Restaura á toda prisa  
 Aquella chanza , antídoto á los males;  
 Restaura aquellas sales  
 Que percibirse , no imitarse pueden;  
 Restaura . . . Sí , Turpian ; solo al constante  
 Corazon , la fé pura , el pecho amante  
 Los premios , las coronas se conceden:  
 No desmayes , alienta;  
 Que alegre el Tiempo el lauro te presenta.

Ya vëo como Laura se deshace  
 En hacerte cariños desusados;  
 Y como se complace  
 En tus vivaces juegos continuados;  
 Sus ojos , animados  
 Con un brillo clarísimo esplendente,  
 Demuestran de su pecho la alegría;  
 Y su canora voz con melodía  
 Así expresa gozosa lo que siente:

Logré mi bien perdido;  
 Con el Turpian el gusto ha renacido.

Cupidos retozad ; Gracias hermosas  
 Cercad á Laura con festivo anhelo;  
 De mirtos , y de rosas  
 Orlad su frente ; del impíreo Cielo  
 Haced baxen al suelo  
 Los Placeres , y en torno la festejen,  
 Nada se vëa que dolor indique;  
 Por todo su recinto se publique  
 Que los Cuidados rápidos se alejen;  
 Que en tan precioso nido  
 Con el Turpian el gusto ha renacido.

### Á VENUS.

O Venus , Madre del placer sabroso,  
 Que en torno giras con lascivo vuelo  
 De los pechos del dulce amor tocados,  
 Esparciendo tu nectar oloroso,  
 Á Pafos dexa , y del impíreo Cielo  
 Los salones dorados;  
 Ven , ven á dar alivio á mis cuidados:  
 Ven , Deydad cariñosa , y en tu seno,  
 Morada de los gustos,  
 Permite busque paz , quien se ve lleno

De males tan adustos,  
 Que si esperanza en tu favor no hubiera,  
 Ha tiempo que en el mundo no existiera.

Tú , que conoces del amor la llama,  
 Que el pecho agita , el ánimo enardece,  
 Y tras sí lleva quanto encuentra al paso  
 Á modo de torrente , pues quien ama  
 Todo peligro corto le parece,  
 Y miras que me abraso,

¿ Porqué de mi tormento no haces caso ?  
 ¿ Quien en tí imaginara tal dureza !  
 ¿ Quien que Venus amable  
 Dexara perecer en la tristeza

Á un hombre miserable,  
 Que ornó siempre con mano cuidadosa  
 Su delicioso altar de mirto , y rosa !

Vuelve tus ojos con benigno agrado  
 Á quien tus leyes con ardor abraza;  
 Su hermosa luz , su brillo refulgente  
 Echen del corazon enamorado  
 El monstruo , que su fibra despedaza,  
 Y , huyendo prestamente,  
 Dexe que un triste en su pesar aliente.  
 Salga ya de una vez del pecho mio  
 Esta Desconfianza,  
 Que ha conseguido en él tal poderío,

Que la dulce Esperanza  
 No se atreve á llegar á sus umbrales,  
 Temiendo en vez de bienes causar males.

No , Madre , me repliques ; ni con ceño  
 Apartes mis ofrendas amorosas:  
 Confésote que Lesbia ha merecido  
 Que tú la adores con ardiente empeño;  
 Que tu mano mil gracias deliciosas  
 En su rostro ha esparcido;  
 Y tu Hijo posa allí como en su nido:  
 Confieso que adorarla es adorarte;  
 Que te hallas complacida  
 Viendo á los Hijos del horrendo Marte  
 Doblar la frente erguida  
 Ante sus dulces plantas , pues te agrada  
 Toda ofrenda en sus aras dedicada.

Pero ¿ porqué te olvidas , Madre mía,  
 De las santas promesas , que me hiciste?  
 ¿ Porqué permites , que en tu Lesbia vea  
 Entre nubes cubierta la alegría;  
 El gozo á veces con semblante triste;  
 Y , ofuscada mi idëa,  
 No sepa que esperar , ó lo que créa?  
 ¿ Porqué no pones en su pecho hermoso  
 Esa amable franqueza,  
 Con que el tuyo ha salido victorioso,

Mas que con la belleza;  
 Pues quien une á lo franco la dulzura  
 Hasta los imposibles se asegura?  
 ¿Porqué no arrancas el crúel recelo,  
 Que su pecho devora , y que deshace  
 Del amor las profundas impresiones?  
 ¿Porqué no rompes el espeso velo,  
 Que mi pasion la oculta , ofusca , y hace  
 Que mis tiernas acciones  
 Las tenga por engaños , y ficciones?  
 ¿Porqué , dulce Deydad , no la aseguras  
 Que es mi pecho sensible,  
 Mi amor ardiente , mis finezas puras ?  
 Hazlo , Diosa apacible;  
 Así te vëa de placer cercada  
 En brazos de otro Adoni abandonada.

### Á LESBIA ENOJADA.

**Y**  
 La fiebre quando estaba  
 En mis huesos metida,  
 Llamando con ardor la Parca fiera;  
 Quando en torno miraba  
 Mi familia afigida,  
 Y al marchitarse yá mi primavera;  
 No tan terrible me era,

Ni á mi pecho tan dura,  
 Como ver enfadada mi Luz pura.

El fuego estrepitoso,  
 Que consumió las naves

Contra el enhiesto Calpe dirigidas;

Ni el ruido belicoso,

Ni los lamentos graves,

Ni el humo de maderas encendidas,

Ni el ver perder mil vidas

Me causaron tal pena,

Como mirar mi Lumbre de ira llena.

Las francesas banderas,

Al ayre desplegadas,

Tronando la furiosa artillería;

Ni las balas ligeras,

Ni puntas aceradas,

Ni ataques, ni escaladas á porfía

Me dieron la agonía,

Que experimento ahora,

Viendo enfadada mi graciosa Aurora.

La espantosa caída

De los montes de nieve,

Que el viento arranca del Pirene adusto;

Quando como aterrada

Su falda se conmueve,

Y retiembla el peñasco mas robusto,

No me dió tanto susto  
 Como ¡ay triste! me ha dado  
 El hallar á mi Bien tan irritado

Depon tu justo ceño,  
 Oh Lesbia de mis ojos,  
 Y no emplées tu saña en un rendido:  
 Pues detesto el empeño,  
 Que causó tus enojos,  
 Y á tus plantas me pongo ya abatido:  
 Sëame concedido  
 Con dulce agrado verte;  
 Sino mas grata me será la muerte.

#### EN ALABANZA DE LESBIA.

**L**evanta blanca Aurora  
 La purpurada frente,  
 Y esparce por el mundo tu rocío;  
 Abra su pensil Flora;  
 Ría la fresca fuente;  
 Llénese de armonía el bosque umbrío;  
 Ya sacudido el frío,  
 Y la tiniebla oscura,  
 Se muestre claro el dia;  
 Pues la dulce Luz mia  
 Sale al campo ostentando su hermosura;

Y al mirarla parece,  
Que hasta mostrar su rostro no **amanece.**

Roxo Sol , coronado

De rayos rutilantes,  
Asoma por las puertas del **Oriente;**

Dexa el Indo abrasado,  
Y las tierras distantes,

Y tu luz nos esparce **prestamente;**  
Otra mas esplendente.

Te espera en este suelo:  
Tú te verás vencido,

Si su rostro florido  
Muestra sus gracias á la tierra , y **Cielo.**

Ven , Sol ; que es cosa dura  
Que retenga tal bien la noche oscura.

Luna pálida , y fria,

Que por el firmamento  
Giras entre el silencio , y la **tristeza;**

Quando se acerca el dia  
Debes dexar tu asiento,

Para que ostente al Orbe su **belleza:**  
Si tú desde tu alteza

Vieras este lucero,  
Á Endimion no adoraras,

De otra luz te adornaras  
Mas viva , y de esplendor mas **duradero;**

Nunca ya anoheciera,  
Que el Sol contigo el día dividiera.

Tú , Betis caudaloso,  
Que del monte Segura  
Baxas para aumentar al mar sus ondas,  
No corras presuroso;  
Ni en tu corriente pura  
La olivífera frente adusto escondas,  
No es justo correspondas  
Con disgustado ceño  
Al Cielo , que te ha dado  
Para ser celebrado  
El mas digno , mas raro , y dulce dueño;  
Eleva tu cabeza;  
Mira , y admira absorto su belleza.

Ninfas , que estais triscando  
En su profundo seno,  
Cortad las aguas , y salid afuera,  
Que otra ninfa esperando  
Está en el prado ameno,  
Dando honor á la bética ribera;  
Cada qual placentera  
Orne su blanca frente  
De rubicundas rosas,  
De perlas primorosas,  
De ambar süave , y oro refulgente,

Como á Reyna , y Señora  
De quanto la mar baña , y el Sol dora.

Y tú , Lesbia , ornamento  
De Hesperia , y lumbré mía,  
En cuyo fuego el corazon consumo,  
Oye mi tenue acento,  
Que elevarse querría  
Para ensalzar tu nombre hasta lo sumo;  
Pero yo no presumo  
La carroza febéa  
Regir con pecho osado,  
Temiendo que abrasado  
Del rayo ardiente qual Faeton me vëa:  
Solo mostrarte quiero  
Quan sencillo es mi amor , quan verdadero.

Otros cisnes canoros,  
Que cortan la corriente  
De este fertil , ondoso , y claro río,  
En tonos mas sonoros  
Lleven de gente en gente  
Tu nombre , pues de llevarlo desconfio;  
Que del humilde mío  
El impulso es tan leve  
Qual de Céfito , quando,  
Las alas agitando,  
Apenas la hoja de las flores mueve;

Mas si es grato á tu oído,  
Diré que Apolo el puesto me ha cedido.

### DICHAS SOÑADAS.

**E**n la margen florida,  
Del sacro Rey de ríos Betis claro  
Me encontré con un bosque delicioso;  
La rama entretegida  
De los rayos del Sol era reparo,  
Y lo hacía tan fresco como umbroso;  
Convídomme al reposo  
Su augusta soledad, su dulce calma,  
Que de placeres inundando el alma,  
Parece que en silencio me decía,  
Que en su ámbito hallaría  
Lo que con vivas ansias desëaba;  
Y en la yerba mi cuerpo reclinaba:  
Quando del centro espeso  
Vëo venir á Venus, rodëada  
De infinitos Cupidos retozones;  
Qual con vuelo travieso  
Su crencha agita al viento encomendada;  
Qual va tirando en derredor arpones;  
Qual prepara prisiones  
De lirio y rosa, y arrayan florido;

Qual corre persiguiendo divertido  
 Las siempre revolantes mariposas;  
 Y qual con oficiosas  
 Manos el carro de coral marino  
 Dirige por el ayre cristalino.

Al arrullo lascivo  
 De las blancas palomas; que conducen  
 Á la Madre inmortal de la hermosura,  
 En mi pecho percibo  
 Mil ansias, que sus ecos me producen,  
 Llenando mis sentidos de amargura.  
 Entonces, con dulzura  
 Asiendome la mano Citerëa,  
 Con osculos süaves me recrea;  
 Y me afirma que viene solamente  
 Para que experimente  
 Hasta donde su amor llega conmigo;  
 Y ven, me dice ven; callo, y la sigo.

Penetro la espesura;  
 Y un nuevo encanto ofréceme el sentido  
 En una hermosa gruta, fabricada  
 Con tan extraña hechura,  
 Que no la iguala aquella, donde Dido  
 Vió su fé conyugal rota, y manchada;  
 Ni la tan celebrada  
 De la Diosa Calipso, pues excede

Á quanto el labio humano decir puede.  
 Yerbas , flores , maderas olorosas,  
 Y todas quantas cosas  
 Tiene Natura de mas precio estaban  
 En la gruta , y sin orden se mezclaban.

De esto mismo nació  
 Una cierta belleza inimitable,  
 Que la vista , y agrado variaba;  
 El Sol no se atrevía  
 Á introducir sus luces , ni era dable,  
 Que una süave obscuridad reynaba.  
 Atento lo miraba;  
 Quando advierto salir del hondo de ella  
 Mi dulce lumbre , mi radiante estrella,  
 Dando á las flores , y á las plantas vida.  
 No tan bien recibida  
 Es la Aurora tras noche tenebrosa,  
 Como de mí lo fué mi Lesbia hermosa.

Con los brazos la hubiera  
 Mostrado mi placer ; pero mi anhelo  
 Contuve por respeto de la Diosa:  
 Al fin de esta manera  
 Mi afan la dixé , libre de recelo:  
 Marmol de Paros , purpurada rosa,  
 Esencia deliciosa,  
 Aljofar nacarado , rubí ardiente,

Cercos preciosos de ébano luciente,  
 Rayos vibrantes , gracia seductora,  
 Mi vida , mi Señora,  
 Solamente se llena mi desëo  
 Quando á mi lado , y con amor os vëo.

La vista vergonzosa

Alzó , miróme ; mas la voz turbada  
 No la dexó expresar su sentimiento:  
 Conociólo la Diosa;  
 Y á la gruta llevónos preparada  
 Para acabar allí nuestro tormento.  
 Al punto por el viento  
 Los Cupidos cruzaron revolando,  
 Hácia la estancia del placer guiando:  
 Abrieronse de par en par las puertas  
 De flores mil cubiertas,  
 Y , en su recinto penetrando ufano,  
 Conduxe á Lesbia asida de la mano.

Las Gracias desceñidas,

Y de obscuras violas coronadas,  
 Estaban afanosas trabajando;  
 Con almohadas mullidas,  
 Finos encaxes , telas delicadas  
 Un tálamo nupcial aderezando;  
 Y qual rocío blando  
 Encima derramaban con asëo

El sudor de Pancaya , y el Sabëo,  
 Y del Hibla las flores olorosas.  
 Quedaron silenciosas,  
 Esperando los dulces desposados;  
 Y de su afan nosotros admirados.

    Quando acercarse vëo  
 Con pié ligero un joven agraciado,  
 Qual nunca presentóseme á la mente,  
 El alado Himenëo,  
 Con el rubio cabello destrenzado,  
 Y en la mano una antorcha reluciente  
 Ardiendo dulcemente;  
 Y quando en derredor la sacudía  
 Tal fragancia en la gruta se esparcía,  
 Que el sentido en amor se embriagaba.  
 Lesbia lo contemplaba  
 Con alma absorta , pecho palpitante,  
 Y cubierto de rosas su semblante.

    El mancebo gracioso  
 Las manos nos unió. Basta , nos dixo;  
 Respiren vuestros tiernos corazones;  
 Porque un fin delicioso  
 Con mis coyundas al afan prefixo,  
 Que os causan las amantes sensaciones.  
 Echad los eslabones,  
 Cupidos , y cerrad las recias puertas;

No para el vulgo vil queden abiertas,  
 Que vé mis santos ritos con sonrisa;  
 Y caminad aprisa  
 Á detener á Febo , que no es justo  
 Nos venga á interrumpir su ceño adusto.

Salieron los Cupidos;  
 Y , revolviendo el exe poderoso,  
 Las puertas al cerrarse resonaron.  
 Mis miembros , sacudidos  
 Con el golpe , perdieron el reposo,  
 Y mis cansados ojos despertaron;  
 El lecho rodaron,  
 Y ya nada encontré de quanto había.  
 Así suele mi ardiente fantasía  
 Presentarme los gustos con empeño;  
 Y qual ligero sueño  
 Huirse de mi vista acelerados.  
 ¡Ay gustos para mí siempre soñados!

## EL FESTIN DE ALEXANDRO,

Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

*Traducccion libre de la Oda que al mismo asunto compuso en ingles Mr. Dryden.*

**E**n el festin rëal á la conquista  
 De Persia por el Hijo esclarecido  
 Del macedon Filipo , colocado  
 En su solio imperial , y trono erguido  
 El héroe estaba con risueña vista,  
 De orgullo , pompa , y magestad cercado;  
 En torno rodëado  
 De sus magnates ínclitos guerreros,  
 Orlando rosas , y arrayan sus frentes,  
 Premio bien merecido á los valientes,  
 Que esgrimieron constantes sus aceros  
 En los ataques fieros.  
 La amable Tháis ocupó el asiento  
 Inmediato al Monarca como esposa  
 Rozagante oriental , pues relucía  
 Qual Sol brillante en la mitad del dia,  
 Ó flor temprana en la estacion graciosa,

Y la recibe el vencedor contento;  
 Que solo , solamente al belicoso  
 Gozar es dado de un objeto hermoso.

Timoteo , descollando  
 Sobre el armonioso coro,  
 Y tomando el plectro de oro,  
 La lira empieza á tañer;  
 Vá los puntos afinando,  
 Sube el tono al firmamento,  
 Inspirando con su acento  
 Un dulcísimo placer.

Empieza el canto por el gran Tonante,  
 Que el alcazar supremo abandonando,  
 Donde exerce su imperio eternamente,  
 En pós camina de un sonrisa blando.

¡Tal es la fuerza del amor , que amante  
 Se olvida Jove de su ser potente,  
 Y su forma desmiente!

Pues en dragon brillante convertido

Baxa volando de la sacra esfera;

Y de la hermosa Olimpia se apodera

Qual fiero gavilan de implume nido;

Y en el ayre subido,

De orbe en orbe se eleva , se sublima,

Taladrando qual rayo el firmamento;  
 Y en el último Cielo se reposa:  
 Allí la estrecha como á tierna esposa,  
 Con gozo celestial , dulce contento,  
 Hasta que logra con vigor se imprima  
 Su imagen en su seno ; y que fecundo  
 En si alimente al vencedor del mundo.

El concurso absorto admira

Lo sublime del sonido;  
 Y con trasportado oído  
 Está el Rey sin respirar;  
 Los techos mira , y remira;  
 Y , la frente sacudiendo,  
 Dios se crée , que está haciendo  
 Los firmes Cielos temblar.

Entonces con mas dulce melodía  
 De Baco canta el músico la gloria,  
 De Baco siempre joven , siempre hermoso.  
 El Dios vá celebrando su victoria  
 En medio de una alegre compañía,  
 Que vencedor lo aclama , y poderoso;  
 Resuena el horroroso  
 Eco del parche , y el feroz sonido  
 De la bélica trompa rompe el viento;

Marcha, marcha jovial, marcha contento;  
 Y con rostro qual púrpura encendido,  
 Pero siempre florido,  
 Á sus huestes ordena eterno gozo;  
 El turbio grano del racimo exprime,  
 Y en anchas tazas su licor presenta;  
 La turba bebe con ardor contenta,  
 Con este nectar el pesar oprime,  
 Y en sus ojos resalta el alborozo:  
 Bien dulce, placer grato, alegre gusto  
 Es al héroe beber pasado el susto.

Con el son lisongéado,  
 El Monarca se envanece;  
 Y presente le parece  
 De la guerra el fiero horror:  
 Y tres veces denodado  
 Á todos á tierra abate;  
 Y tres veces el combate  
 Lo renueva con furor.

El sonoro Maestro vé pintada  
 En sus rodantes ojos la locura,  
 Y encendida su faz qual brasa ardiente;  
 Muda la mano, y contener procura  
 Su arrogancia feroz desenfrenada,

Que á la tierra , y los Cielos hace frente;  
 Su musa ya doliente  
 Con tristes tonos , con acento blando  
 Piedad infunde en su ardoroso seno.  
 Canta á Darío poderoso , y bueno  
 Del alto trono súbito rodando,  
 Cayendo , revolcando  
 Sus miembros en la sangre que ha vertido;  
 En su mayor conflicto abandonado  
 De aquellos que sus gracias obtuvieron;  
 Todos qual humo de su vista huyéron;  
 Y desnudo en la arena lo han dexado;  
 Al fin espira pobre , desvalido,  
 Sin un amigo que sus ojos cierre,  
 Ni quien baxo la tierra el cuerpo encierre.

El vencedor , abatida  
 La vista , y el pensamiento,  
 Considera que en su asiento  
 En el mundo nada está;  
 En el pecho triste anida  
 Con violencia la congoja;  
 Ya un ay , y otro al ayre arroja;  
 Lágrimas derrama yá.

Se sonríe el Maestro poderoso

Al mirar al amor tan inmediato; Y  
 Y que para excitarle ya no resta  
 Sino un sonido semejante , y grato,  
 Pues la Piedad al pecho mas furioso  
 Halaga , ablanda , y para amar lo apresta;  
 Mueve su mano diestra;  
 Y el ánimo exáltado dulcemente  
 Con las medidas lidias acaricia;  
 Infunde en su interior blanda delicia;  
 Y le despeja la arrugada frente,  
 Cantando así eloqüente:  
 La guerra es solo horror , rabia , agonía;  
 Y el honor vana pompa , y humo denso;  
 Siempre emprendiendo , nunca terminando,  
 Lidiando siempre , siempre aniquilando.  
 Si es el ganar un mundo bien inmenso,  
 Es bien inmenso darse á la alegría:  
 Mira á tu Tháis , mírala á tu lado;  
 Goza esta dicha , el Cielo te la ha dado.

No puede ocultar su pena;  
 Su vista fixa en la hermosa;  
 Gime , mira , y no reposa;  
 Mira , y gime con ardor:  
 El vino al fin lo enagena;  
 El amor lo determina;

Y en su pecho se reclina  
 El vencido vencedor.  
 Hierre la lira cada vez mas fuerte,  
 El sueño con su impulso deshaciendo;  
 Como tronante horrísono estampido  
 Suenan en su corazón el rudo estruendo;  
 Creyendo despertar para la muerte,  
 Gira en torno los ojos aturcido;  
 Timoteo encendido  
 Grita: Venganza, sí, venganza; mira,  
 Mira las Furias sierpes agitando,  
 Con cuello erguido, con furor silvando;  
 Su vista rutilante, y qual respira  
 El pecho un volcan de ira;  
 Con antorchas en una, y otra mano:  
 Almas de Griegos son, que en el combate  
 Murieron, y quedaron insepultos,  
 Y sujetos á bárbaros insultos.  
 Venga tus huestes, al contrario abate.—  
 Qual sacuden, observa, el fuego insano;  
 Qual las persas moradas te señalan;  
 Y los templos que en mole al Cielo igualan.  
 Todos con gozo ferino  
 Aplauden; el Rey se altera;

De una antorcha se apodera  
Se quiere al punto vengar.

Tháis le enseña el camino,  
Su patria á muerte condena,  
Y emprende segunda Helena  
Segunda Troya abrasar.



## ODAS.

## VENUS JUNTO Á AMIRA

DORMIDA.

Cuando de Amira se apodera el sueño,  
 Detiene Febo sus ardientes rayos;  
 Y los encubre con espesas nubes  
     Muy presuroso;  
 El ave calla con silencio sumo;  
 El río para su corriente rauda;  
 Y hasta los ayres orëar no quieren  
     Las verdes hojas;  
 El fresco prado , derramando aromas,  
 Y flores tiernas de colores varios,  
 Que forman visos , y labores raras,  
     Mudo parece;  
 Los corderillos en la grama echados,  
 Junto á sus Madres con las frentes baxas,  
 Apenas quieren menëarse un punto  
     Por no estorvarla.  
 La Diosa Venus , olvidando á Pafos,  
 Á sus vergeles , y famosos templos,  
 En pós de aquella , que la adora tanto,  
     Veloz camina.

Mil Cupidillos de graciosas caras,  
 Tirando flechas por el ayre vago,  
 Con saltos , juegos , y donosas danzas

Cércanla alegres.

Ella vá en medio qual ciprés erguido,  
 Que al Cielo eleva su crecida copa  
 Sobre las salvias , los delgados mimbres

Y las retamas.

No con vestidos de la grana tiria,  
 No con las perlas que el Oriente cría,  
 No con el oro de la Nueva-España

Se acerca Venus.

Antes se acerca de la suerte quando  
 Baxó corriendo presurosa , y triste,  
 Porque á su Adonis con sangrienta saña

Se lo mataban.

Y , desplegando sus celestes gracias,  
 Con dulce riso , con que al mundo alegra,  
 Sentada al lado de mi dulce Amira,

Guarda su sueño.

Y á sus Hijuelos , que la están mirando  
 Casi abobados de mirar su extremo,  
 Y del cuidado que en la ninfa pone,

Así les dice:

Miradla atentos , Cupidillos míos,  
 Que vuestras flechas para herir no sirven,

Después que el Cielo demostró á la tierra  
 Esta belleza,  
 Ella es la sola que á los hombres rinde;  
 Pues ella sola sin mentido adorno,  
 Sin artificio ni cautelas falsas

Rindió á Feniso.

Rindió á Feniso, que con frente erguida  
 Menospreciaba mi poder supremo:

Y este servicio con amor tan grande  
 Me hace quererla.

### EL CORDERO PERDIDO.

**D**ecid, pastores, respondedme pronto;  
 Así los Cielos abundantes crías,  
 Selvas umbrías, y delgadas aguas

Os den en pago.

¿Visteis acaso por el verde prado,  
 Ó entre las matas escondido, ó muerto  
 (Que ando por cierto detrás de él cansado)

Mi corderillo?

Yo le criaba con cuidado sumo,  
 Con yerbas tiernas, y con pan sabroso  
 Para que hermoso, regalado, y grueso

Se mantuviera.

Porque pensaba por ofrenda darlo

En aquel día , que nació mi Amira;  
 La que suspira por tenerle , y quiero  
 No disgustarla.

Ella ya tiene prevenidas cintas  
 Finas , hermosas , y de mil colores;  
 Y con primores por sus dedos hechos  
 Graciosos lazos.

Porque en los lomos , en la frente , y cola  
 Piensa ponerlos por adorno , y gala,  
 Á ver si iguala su belleza suma  
 Otro ninguno.

Pensais acaso , que mintiendo vengo,  
 Tratando engaños ; no por cierto , amigos,  
 Pues por testigos , que me abonen , traygo  
 Estas sus señas.

Tiene su lana qual la pura leche,  
 Que sale hirviendo de la hinchada teta,  
 Quando la aprieta el zagalejo , y cae  
 Dentro del cuenco.

El cuerpo es chico , bien formado , y limpio;  
 Frente redonda con los ojos vivos;  
 Y tan activos que parece arrojan  
 Ardientes chispas.

Las manos cortas , estendida cola;  
 Y un lunar negro , que parece estrella,  
 Su boca sella , y en su frente hermosa

Otro lo mismo.

Y es tan mansito ; que agarrar se dexa  
De todo el mundo , que le halaga , y toca  
El cuerpo , y boca , sin moverse en tanto  
Que le acarician.

Y si es acaso que le habeis vosotros,  
Soltadle al punto ; que vendrá corriendo,  
En conociendo que con voz amante  
Su amo le llama.

## Á DON FRANCISCO XAVIER VENEGAS

DE SAAVEDRA.

Venegas ; de que sirve con afanes  
Seguir á Marte fiero ;  
Ver ondëar al céfiro ligero  
Del monarca español los tafetanes ;  
Relumbrar los fusiles ;  
Y arder los campëones como Aquiles ?  
¿ La juventud , que el Cielo siempre justo  
Adornó de mil dones,  
Ha de ser desgastada entre legiones ;  
Y mirando al Furor con rostro adusto  
Quando se ensoberbece ;  
Y á sus gritos la tierra se estremece ?  
¿ El rumor del combate denodado,

El cañon horroroso,  
 El bridon de la Bética fogoso,  
 Que relincha, la rabia del soldado,  
 Y las duras espadas  
 Han de ocupar su mente, y sus miradas?  
 ;Por un aplauso vano, ó por la fama,  
 Cosas todas de viento,  
 Hemos de abandonar aquel contento,  
 Y aquellos dulces gustos, que derrama  
 Sobré nuestras cabezas  
 La Diosa tutelar de las bellezas?

No, Venegas: mi Amira, y tu Belisa  
 Con semblante halagüeño  
 Nos convidan á huir tan fiero ceño,  
 Y á buscar con ardor su dulce risa;  
 Que en sus labios hermosos  
 Hallaremos combates mas graciosos.

### Á CUPIDO.

Si es tu patria, Cupido,  
 El Olimpo; si es Júpiter tu Padre;  
 Si es Citeres tu Madre;  
 Si eres Dios, y de Dioses asistido,  
 El delicado nectar, y ambrosía  
 Son tu bebida, y pasto cada día:

¿Porqué siempre en el suelo  
 Habitas con nosotros , olvidado  
 De quien el ser te ha dado,  
 De tu alto Padre , y del supremo Cielo?

¿Porqué con nuestras lágrimas y muerte  
 Se mitiga tu sed , y tu hambre fuerte?

Crüel , yo considero

Que el Averno es tu patria verdadera;  
 Que tu Madre es Meguera;  
 Tu Padre el Orco; y que el volcan mas fiero  
 De continuo te sirve de alimento,  
 Pues tú nunca nos das mas que tormento.

### Á UN PAXARILLO.

¿De donde vienes , paxarillo mío,  
 Juntas las alas , y latiendo el pecho?  
 ¿Te abrasa fuego? ¿Te lastima frío?

Di ¿que te han hecho?

¿Tu nido acaso destrozado , y yermo,  
 Huyes temblando del alcon furioso?  
 ¿Estás herido , maltratado , enfermo,

Ó receloso?

¿Baxas los ojos , y al hermoso Cielo  
 Los subes luego con gemidos roncós?  
 ¿Vas revolando por el seco suelo,

Y rotos troncos?

¿Paras , y vuelves con presteza suma

Á dar al viento las tendidas alas?

¿Tu pecho rompes , y nevada pluma,

Y llanto exhalas?

¿Que tienes? Dilo ; que me aflige el verte.—

Ardo de amores.— ¡ Pobre paxarillo !

Ni á tí te libra del amor la suerte

Por ser sencillo.

### Á UN AMIGO DESGRACIADO.

**N**o siempre aterra al tímido ganado

El trueno resonante;

Ni divide los ayres inflamado

El rayo del Tonante;

Ni el Invierno con lluvias continuadas

Las tiernas flores dexa marchitadas.

Que después de pasada la tormenta

Serenanse los Cielos;

Su dulce amenidad nos representa

Soberanos consuelos;

En pós viene la dulce Primavera;

Y reflorece el monte , y la pradera.

De la Fortuna te hallas perseguido

Con mano despiadada;

Y aunque infortunios siempre te han seguido,  
Ellos harán parada:  
Tiempo vendrá en que el gusto les suceda,  
Porque es voluble el eje de su rueda.

Como al mostrarse la rosada Aurora  
Se descubre al Oriente  
Su hermosura, que todo lo colora  
De una luz esplendente,  
Huyendo de sus rayos celestiales  
La sombra, que amedrenta á los mortales:

Así de léjos desterrar yo vëo  
El contento á tus penas;  
Y, Amalthëa, cumpliendo con su emplëo,  
Estár á manos llenas  
Sobre tí con semblante, y gesto blando  
Su rica cornucopia derramando.

Alza al punto, Miguel, la triste frente,  
Que tienes inclinada  
Sobre tu pecho mísero doliente;  
Y vé la desëada  
Dicha, que te prepara el justo Cielo;  
Y qual huye el Pesar con raudó vuelo.

## Á DON JUAN ANTONIO CABALLERO.

**C**orilo amado, quando con dulzura  
 Celebras á Filena,  
 Ó mitigar intentas la amargura  
 De mi terrible pena;  
     Refrena el fiero mar su movimiento;  
 El río su corriente;  
 Su crecido furor el ronco viento;  
 Y sus aguas la fuente;  
     El arbol á tu música se inclina;  
 La flor se eleva, y crece;  
 Calla el gilguero, el ruiseñor no trina,  
 Y el pardillo enmudece;  
     Abandona la yerba el corderillo,  
 La cabra la retama;  
 Las abejas no liban el tomillo;  
 Y el becerro no brama;  
     Dexan á sus zagalas los pastores,  
 Sus cantares no entonan,  
 Que al escucharte todos sus amores,  
 Y gustos abandonan.  
     Salen las ninfas de su estancia fría;  
 Y, en el prado triscando,  
 Con gran destreza danzan á porfía,

Tu primor celebrando;

    Apolo del Parnaso presuroso

Baxa al oír tu acento,

Y las Musas le cercan con gracioso

Ademan , y contento;

    Una templa su lira ; la otra entona

Tus hermosas canciones;

Otra alaba tu ingenio , y tu persona;

Otra imita tus sonos.

    Otra corta laureles , y officiosa

Sobre su rica falda

Los texe con jazmin , con mirto , y rosa,

Y forma una guirnalda;

    La toma el Dios ; las virgenes convoca;

Y , haciéndolas patente

Lo dulce de tus versos , la coloca

Sobre tu joven frente.

    Y la Fama con trompa resonante

Por el ligero viento

Publica á todo el orbe en el instante

Tu singular talento.

    Prosigue sin cesar , amigo mío,

Tu canto concertado,

Pues del que en Pindo tiene señorío

Estás ya coronado.

## Á DON FERNANDO CAGIGAL.



Quando la lira del crinado Apolo

En el Olimpo sacro resonaba

En alabanza de la gran victoria

De Dodonœo;

Quando sus cuerdas , con primor pulsadas,

De la Tritonia Palas , y Mavorte

La armada diestra , y el impulso fuerte

Engrandecían;

Quando de verde lauro coronadas

Sus blancas sienes , y cabellos de oro,

Con ecos dulces , y armoniosos trinos

Su voz sonaba;

Su arrebatado curso paró el Cielo;

El mar instable refrenó su furia;

Los raudos vientos fueron halagados

Con su cadencia.

Sísifo libre del peñasco vióse,

Que de los hombros le rodó al instante;

Estremecióse con el golpe horrendo

El Aqueronte.

Detuvo el buytre su encorvado pico

Dexó de Ticio las entrañas duras;

Tocó las aguas Tántalo ; paróse

De Ixion la rueda.

El can trífauce suspendió el ladrido;  
 Y las culebras , que á las tres hermanas  
 De crencha sirven , y de adorno infausto,  
 Se adormecieron.

El gran Senado de los altos Dioses  
 Oye gustoso su apacible acento;  
 Y le rodëan con silencio sumo  
 Las Diosas bellas.

Allí está Venus con Cupido al lado,  
 Allí Minerva , de armas revestida,  
 Allí está Juno con rëal corona,  
 Allí están todas.

Tambien los Dioses , que en los claros ríos,  
 En las floridas , y enramadas selvas,  
 Ó en las montañas su palacio tienen,  
 Oyen atentos.

Y quando todos con murmurio dulce  
 Están batiendo las divinas palmas  
 Por el contento , que les causa el canto  
 Del rubio Cynthio;

El Dios del Duero , que lo escucha todo,  
 Del rico asiento con viveza salta;  
 Y al punto en medio de la junta excelsa  
 En pié se pone.

Del cuello aparta su húmedo cabello,  
 Entretegido de espadañas , y ovas;

Y aquel rocío , que continuo mana,

El suelo riega.

Muestra la barba , venerable en canas;

Con ojos vivos lo rodëa todo;

Atencion pide con la mano , y boca

Una , y mil veces.

Y como el trueno , que en cavernas hondas

Va resonando con furioso estruendo,

Su voz empieza ; y al momento todo

Suspenseo queda.

Hijo glorioso de la gran Latona,

Con tu canora música admirable

Al Cielo , y tierra , y al Averno obscuro

Has suspendido.

Y , despojado de su ceño Marte,

La lanza arrima , con que activo supo

Rasgar el pecho vedijado , y fuerte

De Oromedonte.

El que llenaba de pavor , y espanto

Á los gigantes , se apacigua ahora

Á tus acentos con mayor presteza

Que á los de Venus.

Mas aunque sãan tus divinos cantos

Un iman dulce de los corazones;

Y aunque merezcan retenerse siempre

En la memoria:

Vendrá algún día que no sēan tales,  
 Si los comparas con los de aquel joven,  
 Que en las orillas de mi manso río

Irá cantando.

Aquel Fernando Cagigal guerrero,  
 Honor de España, de Vizcaya lustre,  
 Del Pindo asombro, cuya voz cadente

Te dará envidia.

Yo vëo, Apolo, que las duras fieras  
 Lamén sus manos, y sus plantas besan;  
 Vëo inclinarse de árboles erguidos

Las altas copas.

Vëo á la Cypria, que al oírle salta  
 Del carro de oro, que los cisnes dexa;  
 Y con abrazos amorosos ciñe

Su blanco cuello.

Vëo á las ninfas que le arrojan flores  
 Á manos llenas; y á las Musas vëo  
 Que le coronan; y de tu cabeza

El lauro arrancan.

Vëo á la Fama preparar su trompa;  
 Vëo á los vientos extender sus alas,  
 Y encima de ellas por el mar, y tierra

Llevar su nombre.

Haced, ó Cielos, que se acerque, y vënga  
 Ese felice desēado tiempo;

Haced los años caminar veloces;

Hacedlo , oh Cielos.

Óyelo Jove , su razon afirma;

Retiembla el techo del celeste alcázar;

Y Pythio lleno de rubor , y espanto

Su faz oculta.

### Á BELISA.

**B**elisa ; quan hermoso

Es ver de rubias mieses coronado

Un terreno espacioso,

De arbustos rodëado,

Y flores olorosas esmaltado!

¡Quan dulce el arroyuelo,

Que con curso apacible retorcido

Riega el ameno suelo;

Y , halagando el oído,

Convida al sueño con su lento ruido!

¡Quan gracioso parece

El paxaro en el árbol ir saltando;

Que én la rama se mece;

Y que está requebrando

Á su amada canciones entonando!

¡Quan grato es ver hinchadas

Las velas de un comboy muy numeroso;

Y que las aceradas  
 Pröas al mar furioso  
 Dividen con un surco prodigioso!

Pero mas lisongero

Que el campo, que el arroyo, mas que el ave,  
 Mas que el comboy ligero,  
 Y á mi alma mas süave,  
 Es gozar de tu pecho, que amar sabe.

Y en tus brazos preciosos

Hallar todos los gustos reünidos,  
 Esos gustos sabrosos,  
 Y tan apetecidos,  
 Que adormecen al punto los sentidos.

### Á DRUSILA POETISA.

¿Que mortal con acento delicado  
 Y bien templada lira  
 Tan dulcemente su pasion suspira,  
 Que penetra su voz el estrellado,  
 Y hace que se suspenda  
 Toda esta compañía, y que la atienda?  
 ¿Dioses, porque dexais las anchas copas,  
 Y así el nectar vertido?  
 ¿Quien de la excelsa silla os ha movido?  
 ¿Porqué, agitadas las lucientes ropas,

Correís á los balcones,  
De donde se ven todas las naciones?

¿Que oís? Decid; Que délfica armonía  
Encanta vuestro oído?

¿Que verso singular desconocido  
Se entona allá en la tierra en este día?

Para que arrebatados  
Os dexéis los manjares comenzados?

La cítara de Anfiön, y la de Orfëo,  
Pulsadas con destreza,

Amansaron del ponto la fiereza,  
Y la mansion horrible, donde el rëo

Gime en dura cadena,  
Y sufre por su crimen justa pena.

Pero nunca pudieron los acentos  
De miseros mortales

Agitar las techumbres celestiales;  
Ni causar tan activos movimientos

En la region dichosa,  
Donde nunca hay pesar, la Paz reposa.

Ni Homero con su trompa resonante,  
Ni Píndaro elevado,

Ni Virgilio con canto arrebatado,  
Ni Horacio grave, ni Nason amante

Lograron tal ventura.  
¿Pues quien es tan felice criatura?

Así Júpiter habla : se levanta

De la celeste mesa

Mas ; que extraña mocion ! ; Y que sorpresa

Tan grande ! ; Que , Deydades , os espanta ?

¿ De que ese asombro nuevo ?

¿ Quien os inquieta ? ; Que os presenta Febo ?

El rubio Febo en las etéreas salas,

De resplandor cercado,

Entra , y Drusila la acompaña al lado,

Que en vez de ricas , y pomposas galas

Su lira lleva solo,

Á la que envidia tiene el mismo Apolo.

Entre los inmortales eminentes

Toma seguro asiento;

Y , estando á sus razones todo atento,

Empieza : Dioses , ved aquí patentes

Las gracias , que han tenido

Á todo el sacro alcázar suspendido.

Esta joven , que el Darro en su ribera

Arrulló cariñoso,

Que el claro Manzanares vió gozoso

Crecer en hermosura , en la pradera,

Que baña el Nise estaba,

Y su cantar en torno resonaba.

Al escuchar su acento sobre humano

Del Parnaso desciendo;

Y , el blanco cuello con amor ciñendo,  
 Orlo sus sienes por mi propia mano  
 De laurel escogido,  
 Con oloroso mirto entretegido.

Las Musas , que lo vieron , se llenaron  
 De admiracion , y zelos:  
 Pero , mirando atentas mis desvelos,  
 Su merito , y mi afan luego ensalzaron  
 Con mil tonos diversos,  
 Acompañando sus graciosos versos.

Con ellas vino Anacrëonte anciano,  
 Que tierno la abrazaba;  
 Y con trémulos dedos la alargaba  
 Ya el vaso , ya la lira cortesano:  
 Ella el licor bebía,  
 Y con él en el canto competía.

Sobretudo si acaso de Feniso  
 Pintaba los amores;  
 Si expresaba del pecho los ardores;  
 Ó mostraba el afan con que le quiso:  
 Porqué ella solamente  
 Puede explicar de amor la llama ardiente.

Calla Febo; y Minerva al punto exclama:  
 Oh Drusila querida,  
 En quien la gracia , y el candor se anida,  
 Mi fino corazon te admira , y ama;

Porque , de error exênta,  
El trato de los sabios te contenta.

Poniendose en pié Marte de repente,  
Grita : Ninguno puede  
Quererte como yo , nadie me excede;  
Porqué solo á mis Hijos dignamente  
Aprecias ; y solo ellos  
Á tus pies rinden con placer los cuellos.

Mas Venus , imprimiendo los rosados  
Labios en su alba frente,  
Hija mia , la dice , no consiente  
Mi amor que otros quieran obstinados  
Llevar la preferencia,  
Porque estimas las armas , y la ciencia.

¿ Á quien , Drusila , debes ese fuego,  
Que lanzas por los ojos ?  
¿ Por quien son tan continuos los despojos ?  
¿ Por quien de tanto amante oyes el ruego ?  
¿ Quien el pecho te inspira ?  
¿ Y por quien pulsas con primor la lira ?

Ese verso , á los juegos destinado,  
Que tu voz dulce entona,  
No te lo dió la fuente de Helicon;  
Solamente mi afecto te lo ha dado,  
Quando , de amor tocada,  
Te hallaste de entusiasmo penetrada.

Quien entra por mi mano en el Parnaso  
 Consigue eterna vida;  
 No logra el Tiempo verla consumida,  
 Que Apolo la defiende en todo caso;  
 Porqué en el verdadero  
 Poeta ha de vivir amor primero.

Aprueba su razon Cynthio al momento;  
 En las mesas sagradas  
 Las süaves víandas preparadas  
 Siguen gustando , llenos de contento;  
 Y brindan á la Musa,  
 La que ni el caliz , ni el manjar rehusa.

Y , probando aquel nectar soberano;  
 Se inflama su garganta;  
 Su dicha celestial en verso canta  
 Con recio soplo , estilo mas que humano;  
 Y devuelve su acento  
 La boveda inmortal del firmamento.

Prosigue , pues , Drusila , coronada  
 Del Dios que manda en Delo;  
 Alza cada vez mas tu presto vuelo  
 Para ser de los hombres admirada;  
 Y que tu patria tenga  
 En tí quien su saber , y honor mantenga.

Prosigue ; que las Musas algun día,  
 De tu voz penetradas,

Te llevarán con gusto á sus moradas;  
 Y como en todas logras primacía,  
 Serás de ellas cabeza;  
 Que hasta Febo te cede en la destreza.

### ILUSIONES DE UN ENAMORADO.



uando la Aurora con risueña cara  
 Abre las puertas del dorado Oriente;  
 Y prestamente de su luz se auentana  
 Las densas sombras;  
 El prado , y monte su verdor demuestran;  
 Crían mil visos las pintadas flores;  
 Dán mil olores las fragrantés plantas

Al ayre puro:

La fuente ríe ; los corderos saltan;  
 Braman los toros del amor instados;  
 Y en los copados árboles entonan

Las avecillas.

Todo lo miro , lo comparo todo  
 Á los placeres , que mi pecho siente,  
 Quando presente tu hermosura tengo

Dulce Drusila.

Y tan diversos de los míos se hallan  
 Los que en el campo derramó Natura,  
 Como en figura , y en gracejo el Alba

De tí difiere.

Mas quando llega con horrible rostro  
La negra noche , que terror infunde,  
Quando confunde con su obscuro manto

Al rico , y pobre;

Entonces viene tu adorada imagen,  
Y ocupa toda mi atencion , pues vëo  
Quanto el desëo , y el deleyte ofrecen

Al que es sensible.

Con tus palabras regaladas llenas  
De un gozo puro mi constante pecho;  
Y con estrecho , y amoroso lazo

Mi cuello ciñes.

¿Pues que fortuna con la mía iguala?  
¿Ni que delicias se han de hallar mayores,  
Si mis amores sin zozobra gozo

Mañana , y noche?

Mas ; ay ! que luego mi ilusion se borra;  
Huyen los gustos , que gozar pensaba;  
Todo se acaba ; y al mirar mi engaño

En llanto rompo.

## Á UNA INGRATA.

**C**on el duro martillo  
 Sus fraguas hace resonar Vulcano;  
 El Cíclope amarillo  
 Con la nerviosa mano  
 Ase el hierro, que labra el Dios ufano.

Crece el fuego, y arroja  
 Chispas al soplo del robusto herrero,  
 Rocíale, y qual roxa  
 Brasa pone el acero,  
 Que, templandole así, queda ligero.

Trabaja, porque quiere  
 Forjar al punto un rayo penetrante.  
 ¡Infeliz del que fuere  
 La víctima! Al instante  
 Será en ceniza vuelto qual Mimante.

¡Acaso contra el Cielo  
 Ván montes sobre montes colocando  
 Los hombres con anhelo;  
 Y con furor infando  
 La titánia locura renovando?

No armar quiere su diestra  
 El supremo Tonante, que amoroso  
 Su rostro al orbe muestra:  
 Cupido es quien furioso

Pretende perturbar nuestro reposo.

Sus flechas ha desecho;

Y este rayo previene enardecido

Contra un ingrato pecho,

Que el lazo ha destruido,

Que atado le tenía, y sometido.

¿ Si contra tí su furia

Se dirige? ¿ Si acaso querrá ahora

Vengarse de tu injuria?

Si: porque una traydora

Mueve de un Dios la mano vengadora.

## RESPUESTA Á UN ELOGIO.

Oh tú, que pulsas con marfil agudo

La cítara sonante, y qual Orfeo

Suspendes la corriente del Lethö,

Y quanto arrebatas su dicha pudo,

Tal dulzura en tí vöo;

¿ Porque la gracia por Apolo dada,

Y á pocos de los hombres concedida,

La empléas de esa suerte sin medida

En una criatura desmedrada,

De nadie conocida?

¿Que merece Feniso , un pastorcillo,  
 Que al campo dá su voz con blanda avena;  
 Que solo gustos , solo amor resuena;  
 Y es todo quanto dice tan sencillo,

Como su alma serena?

Ese tono grandioso , esos lóores,  
 Con que al Cielo levantas tu armonía,  
 Asustan á la humilde Musa mía;  
 Que como solo trata de las flores,  
 Del lauro desconfía.

Vuelve , vuelve tu acento soberano  
 Á asuntos mas sublimes , y gloriosos;  
 Á los héroes celebra victoriosos,  
 Que aumentan el honor del suelo hispano  
 Con sus hechos famosos.

Panzacola rendida , la altanera  
 Mahon por los cimientos derribada,  
 La soberbia de Argel tan humillada,  
 Que de rodillas ya la paz espera,  
 Que antes fué despreciada;

La sangre generosa , que vertieron  
 Los íberos en ellas , su ardimiento;  
 Su fama que se eleva al firmamento;  
 Quanto sus corazones emprendieron  
 Con desusado aliento;

Es solo lo que debe ser cantado

Por tu voz sonora; porque Homero  
 Para Aquiles nació: solo al guerrero  
 Lóar puede el pöeta consumado

Con tono duradero.

Mas si quieres que Apolo preste oído  
 Á tus métricos sonos; canta, canta  
 Al joven que del suelo se levanta  
 Con un tono hasta ahora no aprendido,

Y á todos se adelanta.

Canta, pues, de Batilo, cuyos labios  
 Destilan miel, y leche, y cuya lira  
 Celebra hazañas, y de amor suspira;  
 Y á los hombres mas grandes, y mas sabios

Con sus versos admira.

¡Mas que mucho si Febo le concede  
 El asiento mas alto del Parnaso;  
 Anacrëon le brinda con su vaso;  
 Tibulo con su flauta; y quanto puede

Le estrecha Garcilaso!

¡Pues que mortal tan necio, tan osado  
 Empléará su voz en quien no sêa  
 El sabroso Batilo? No se créa  
 Que no estás de su acento penetrado;

Y muda ya de idëa.

No alabes los humildes; tu instrumento  
 Con nombres generosos haz que suene;

Que solo á voz , que tanta gracia tiene,  
 Y á plectro manejado con tal tiento  
 Lo grande le conviene.

## LA INCONSTANCIA.

Á UN AMIGO.

**D**exa la nieve fría  
 Del alto monte en agua desatada;  
 El verde suelo cría  
 Flores; y embalsamada  
 Dexa la aura su esencia delicada.  
 El céfiro süave

Se mece entre las hojas blandamente;  
 Suelta su voz el ave;  
 Y la parlera fuente  
 Susurrando apresura su corriente.

La Madre Citerëa,

Cercada de las ninfas mas hermosas,  
 Danzando se recrea;  
 Mas antes officiosas  
 Orlan sus sienes de arrayan , y rosas.

Diana fatigada

De la caza , se mete en la espesura;  
 Y , despues de bañada  
 En una fuente pura,

Al ciervo vividor matar procura.

Así la Primavera  
Viene , y así se acerca el seco Estío;  
Y con planta ligera  
Llega el Invierno frío,  
Que tambien se nos huye con desvío.

Todo pasa ; firmeza  
No se puede encontrar en cosa alguna:  
Á Febo con presteza  
Sigue la opaca Luna;  
Y la adversa á la próspera fortuna.

Pero en esta inconstancia  
Tiene Naturaleza colocada  
Aquella consonancia,  
Que al hombre tanto agrada,  
Porque está de mil modos expresada.

Aquí un monte elevado;  
Un hondo valle allí , y allí una vega;  
Mas allá desatado  
Un arroyo la riega;  
La flor salpica , y con las guijas juega.

En otra parte un río  
Con espantoso ruido se despeña;  
En otra un bosque umbrío,  
Ó una desnuda peña,  
Que del fruto de Ceres se desdeña.

Adelante aparecen

Inmensos llanos , tierras arenosas,

En donde , quando crecen

Las olas espumosas,

Muchas leguas se meten presurosas:

Pero una dura roca

Detiene aquí el furor del mar ayrado.

¡Quan en vano la choca!

¡Qual gime alborotado!

¡Y quan inutil es todo su enfado!

Así Naturaleza,

Que ha fixado el deleyte lisongero

En la accion , y viveza,

Con incansable esmero

Diversificó sabia el orbe entero.

La mayor hermosura,

El sonido mas dulce , y armonioso,

La fragancia mas pura,

El manjar mas sabroso,

Y el tacto mas süave , y delicioso,

Si siempre permanece

De una suerte , si en nada se varía;

La fibra se entorpece;

El deseo se enfría;

Y el objeto mejor fastidio cría.

Porque en el movimiento,

Y en un continuo remudar de idëa  
 Se halla aquel sentimiento,  
 Que gustos acarrëa  
 Mas que frutos el cuerno de Amalthëa.

Pues no de otra manera  
 Sucede , Filemon , con la constancia  
 Del amor ; persevera;  
 Prosigue con instancia;  
 Y vuélvete en lo firme otra Numancia.

Verás que desplicencia  
 En tu interior percibes , si primero,  
 Falto de resistencia,  
 El mismo paradero  
 No buscas , que aquel pueblo noble , y fiero.

Mas si continuamente  
 Truecas de objeto , mudas de terneza,  
 Será tu amor ardiente;  
 Tendrá delicadeza;  
 Y no cãerá nunca en la tibieza.

Corre en pós de la activa;  
 No dexes la de lánguido semblante;  
 Préndate de la esquiva;  
 Adora á la arrogante;  
 Con ninguna te pares , sé inconstante.

Si de diversas suertes  
 De las mas delicadas impresiones

Pasas á las mas fuertes,  
 Y así las contraponés;  
 Lograrás agradables sensaciones.  
 Feliz tú, si al momento  
 La copa del placer gustar procuras;  
 Y con labio sediento  
 Sus ansiadas dulzuras  
 Con inconstante corazon apuras.

## LA AMISTAD.

Á DON ANDRES DE MENDOZA.


 uando en infausto día  
 El hombre abrió la caja de Pandora;  
 Así qual se desvía  
 Del arco la saëta voladora,  
 Se esparcieron los males  
 Para afligir á todos los mortales.  
 Entonces de los dientes,  
 Por el gran Hijo de Agenór sembrados,  
 Salieron combatientes  
 Sobre la haz de la tierra denodados;  
 Y en sangre la bañaron,  
 Que de sus propias venas derramaron.  
 Seguros no estuvieron  
 Los Padres de los Hijos; ni tampoco

Estos los mantuvieron  
 El amor paternal; dígalo el loco  
 Furor del duro Orestes;  
 Y el banquete horroroso de Tiestes.

Por la anchurosa tierra  
 Se iban las desventuras propagando;  
 Y en continuada guerra  
 Los hombres mutuamente destrozando;  
 Cuando en el firmamento  
 Se oyó de tanto mísero el llanto.

La Amistad (que con lazos  
 Súaves, qual la esencia de la rosa,  
 Añudaba los brazos  
 De Juno altiva, y de la Cypria hermosa,  
 Haciendo que olvidadas  
 Las iras por la poma suscitadas,

Alegres se brindasen  
 Con un fragante nectar escogido,  
 Y, despues que apurasen  
 La copa muchas veces, adormido  
 El cuello reclinaran;  
 Y en brazos de Morfeo se quedarán)

Ante el trono eminente  
 Del supremo Tonante arrodillada,  
 Le pide humildemente  
 Que la dexee baxar a çeleraça,

Para que por su mano  
Reciba alivios el linage humano.

Yo , yo , la Amistad dice,  
Pondré freno á la furia de Belona;  
Y habrá quien por felice  
Se tenga con la muerte , si corona  
Con ella la fé ardiente,  
Que á su amigo mostró constantemente.

Las agudas dolencias,  
Que el arte de Esculapio no disipa,  
Las duras inclemencias,  
Que el riguroso Invierno multiplica,  
Los golpes , que importuna  
Descarga de continuo la Fortuna,

Serán aniquiladós  
Á los ojos de aquellos , que me sigan;  
Porque con mis cuidados  
Todas las pesadumbres se mitigan;  
Y no hay delicia pura,  
Si mi dulce candor no la asegura.

Si : Jove la permite  
Que fixe entre los hombres su morada;  
Pero nadie la admite;  
Es de todos con mofa despreciada:  
Mas ¡ ay ! sin duda al Cielo  
Volverá huyendo del ingrato suelo.

No : tu sensible pecho  
 La alberga cariñoso ; en tí , Mendoza,  
 Vive con lazo estrecho ;  
 Porque en tí la virtud tambien se goza :  
 Que solo reünida  
 Con esta se halla la amistad cumplida.

## EL LUXO.

Á DON JUAN PABLO RIQUELME.

**R**iquelme ; como quieres  
 Que nuestra juventud , debilitada  
 Con índicos placeres,  
 Se presente á la lid con frente alzada ;  
 Ni que sêa domada  
 La bélica osadía  
 Del bruto corredor , que el Betis cría !  
 El grave arnés no puede  
 Sostenerse en sus hombros vacilantes ;  
 La débil mano cede  
 Al peso de las armas fulminantes ;  
 Cargada de diamantes,  
 Y asiáticos olores,  
 Tiembla , y desmaya al son de los tambores.

Los que hasta el Capitolio  
 Con su constancia estremecer hicieron ;

Los que un eterno solio  
 Sobre montes de cuerpos construyeron;  
 Los que al fin deshicieron  
 La bárbara cadena,  
 Labrada por la furia sarracena,  
 Con seda relumbrante  
 Sus vigorosos miembros no adornaban;  
 Ni de tierra distante  
 Con su riqueza al luxo convidaban;  
 Porque solo brillaban  
 Con mucha mas belleza  
 En ellos la virtud, y fortaleza.  
 Sus mesas no se vieron  
 De tabasca pimienta salpicadas;  
 Ni jamas trascendieron  
 Con maluco girofle; que ignoradas  
 Eran las celebradas  
 Salsas, con que el dinero,  
 Y el cuerpo nos consume el extranjero.  
 Tampoco la olorosa  
 Canela de Ceylan se introducía  
 En la pasta sabrosa  
 Del árbol caraqueño como hoy día;  
 Nada, pues, se sabía  
 De estos frutos, que han sido  
 Los que nuestra salud han destruido.

Su estómago robusto

Con xugoso jamon se contentaba;

El ajo daba el gusto;

Y la sana cebolla lo excitaba;

Su sed se apaciguaba

Con un tan virgen vino,

Como el que para sí Noé previno.

Mas nosotros , perdido

Todo el vigor , y el ánimo apagado,

(Que otro tiempo encendido

Un mundo á nuestros pies puso postrado)

Veremos destrozado

Con duro desconsuelo

Por manos mas robustas nuestro suelo.

¡Ay Dios! No permitamos

Que la patria se vea de esta suerte;

Con ardor destruyamos

La vil gula , que enerva el pecho fuerte;

Y lancemos la Muerte

Allende de los mares,

Volviendo á nuestros rústicos manjares.

Á LA ABERTURA DE UNA SOCIEDAD DE AMIGOS  
PARA APREHENDER LA HISTORIA DE ESPAÑA  
EN XEREZ DE LA FRONTERA.

¡Ay! Si Apolo me hubiera  
La cítara lesbiana concedido,  
Y en el pecho sintiera  
Hervir con llama ardiente  
El pítico furor ; ; quan atrevido  
Con descubierta frente  
Mi debil voz alzara  
Para que en ambos polos resonara!  
Y , esforzando el acento,  
El eco hasta el Olimpo llegaría;  
Dexara el sacro asiento  
Por escuchar mis sonos  
El coro de los Dioses ; de alegría  
Bañadas sus mansiones,  
Y todos admirados  
De versos de un mortal al Cielo alzados.  
Cantara como , unida  
Qual bélico esquadron esta asamblea,  
Ha dexado vencida  
Á la osada Ignorancia;  
Que llena de furor gime , y patëa,

Queriendo con instancia  
 Traspasar estas puertas,  
 Que para tantos sabios mira abiertas.

Y como , descendiendo  
 Minerva de la cumbre del Parnaso,  
 Y un sordo ruido haciendo  
 Con su fuerte armadura  
 Al tiempo de moverse , agita el paso;  
 Y con pujanza dura  
 Quebraña su fiereza,  
 Humillando á sus plantas su cabeza.

Esparce por la sala  
 Un olor de ambrosía , que conforta  
 El ánimo , y regala:  
 Al estudio , á la ciencia  
 Á todos sus alumnos los exôrta  
 Con férvida eloqüencia,  
 Al rayo semejante,  
 Que quanto toca abrasa en el instante.

Se encamina qual viento  
 Al palacio del Tiempo codicioso;  
 Impele con el cuento  
 De su robusta lanza  
 Las puertas , y su quicio poderoso,  
 Y descubre la estancia  
 De las preciosidades,

Que su dueño ha robado á las edades.

Aquí , Hijos generosos  
De Asta-Regia teneis , dice la Diosa  
Los hechos mas gloriosos  
De vuestro patrio nido,  
Que en polvo infame , en noche tenebrosa  
Los ha el Tiempo sumido;  
Porque sabe que el Hado  
Librarlos de su acero ha decretado.

Con diligente mano  
Arrancad de las suyas un tesoro  
Tan rico , y soberano;  
Libre de la carcoma  
Haced que resplandezca como el oro;  
Que ya el dia se asoma,  
En que adore á la España  
Quanto Febo calienta , la mar baña.

Y en tanto que se llega  
Este precioso tiempo , que adivino,  
Que sus alas despliegá  
La voladora Fama,  
La trompa al labio aplica , y son divino  
Por el orbe derrama  
En prez ; en alabanza  
De nacion , que renombre tal alcanza:  
Descubrid quienes fueron

Los que , de su hermosura enamorados,

Primero aquí vinieron:

Si fué el Celta aterido,

Los de Tiro al comercio dedicados,

Ó el Griego fementido

Despues de aquella guerra,

Que á la opulenta Troya puso en tierra.

De la falsa Cartago

De la soberbia Roma los ardidés,

El mentiroso halago

Al mundo haced patentés:

Mas tambien referid las fieras lides,

Los combates freqüentes,

Que sufrieron primero

Que echasen la cadena al fuerte Ibéro.

Á Sagunto , y Numancia

Veo arrollar inmensos esquadrones.

¡ Ay ! ¡ que heroyca constancia !

¡ Que horrible vocería

Sube al Cielo ! ¡ Que ardientes campëones !

¡ El humo cubre el día !

Si : libertad amada

Quema sus muros , las reduce á nada.

Decid como inundaron

Enxambres de naciones esta tierra;

Que los Godos llegaron,

Por su faz se extendieron;  
 Y despues los alumnos de la Guerra  
 Con ímpetu salieron  
 De su arenal ardiente  
 Á sojuzgar la Reyna del Poniente.  
 ¡ Quanta dura fatiga  
 Quanto amargo dolor se presentaba  
 Al de fuerte loriga,  
 Al de arnés tresdoblado,  
 Al que pica, ó la espada manejaba!  
 En su sangre bañado  
 Continuóse i veía;  
 Y en la lid le encontraba siempre el día.  
 Hasta que el gran Fernando,  
 Las barras, y castillos reuniendo,  
 Y el poder quebrantando  
 Del Africano duro,  
 Fué á la España feraz restituyendo  
 Aquel resplandor puro,  
 Que tanto enamobra  
 Al que su rostro aténto contemplaba.  
 Ciencias, y Artes serenas  
 Á la sombra del trono se sentaron;  
 Derramó á manos llenas  
 Sus frutos Amalthèa;  
 Los hechos del Hispano traspasarón

Á toda humana idëa;  
 Y aun siendo tan fecundo  
 Su suelo , estrecho en él , busco otro mundo.

Mil mares sujetados,  
 Potencias derrocadas por el suelo,  
 Monarcas aherrojados  
 Hicieron que la Gloria  
 Lo llevasë á su templo con anhelo  
 Para eterna memoria;  
 La Euröpa retemblara;  
 Y la Envidia sus dientes aguzara.

;Ay! Nada en un ser dura  
 Al leön de la España no vencido  
 Vence una calentura;  
 Y la horrorösa Muerte  
 Le vá ya á sepultar en el olvido;  
 Echada está la suerte. . . .  
 Mas no , que el Cielo justo  
 Restaura su salud , le borra el susto.

Levántase , y respira;  
 Siénté aumentar su fuerza , y se envanece;  
 La vista en torno gira,  
 Vé que baxo su planta  
 El árbol sacro de la Gloria crece,  
 Y al éter se levanta;  
 Y de suerte se alienta,

Que con su antiguo orgullo se presenta,  
 Si : la España camina  
 Á su dicha con paso agigantado;  
 Mi espíritu adivina  
 Su gloria venidera. . . .  
 Y vosotros , que habeis hoy empezado  
 Tan plausible carrera,  
 Texed á esa matrona  
 Para su hermosa frente la corona.  
 No el lauro se confía  
 Al que de la lid fiera se retrâe;  
 Sino á aquel que porfia  
 Por alcanzar victoria,  
 Que el ánimo esforzado no decâe:  
 Y así seguid ; la Historia  
 Estudiad con instancia  
 Sus lecciones tomad ; tened constancia.

## Á DON FRANCISCO DE PAULA

PERALTA.

Y  
 Infunde al pecho mío,  
 Caliope , tu vigor ; dale tu aliento;  
 Esparce tu rocío;  
 Dulcifica mi acento,  
 Que jamás alzé tanto el pensamiento.

No el carro pavoroso  
 Del homicida Marte, en sangre tinto,  
 Ni el eco estrepitoso  
 De la lid, ni el ya extinto  
 Héroe, ni el humo, ni el furor yo pinto.

Plácido tono quiero;  
 Versos que exhalen qual la miel olores;  
 Que en alas del ligero  
 Céfiró sin temores  
 Vayan como la esencia de las flores;

Quando llega lascivo,  
 Abre su copa, de su aliento bebe;  
 Con un vuelito activo  
 De una en otra se mueve,  
 Y agita á todas con impulso leve.

Mas ¡ay! que el pecho siento  
 Vivamente inflamado; por mis venas  
 Corre el fuego; al momento  
 Las hincha; y ya de llenas  
 Ni alentar, ni moverme puedo apenas.

Venga la sacra lira;  
 El plectro de marfil las cuerdas hiera;  
 Que ya el numen me inspira,  
 Me enardece, me altera;  
 Y la voz lucha por salirse afuera,  
 ; Mas á quien dirigido

Irá mi canto , sino á tí , Peralta,  
 Á tí , que , revestido  
 De la virtud mas alta,  
 El trono no hace sombra , el oro falta ?  
 ¿ A tí , que la escabrosa  
 Senda , que al templo del Saber conduce,  
 Huellas con animosa  
 Planta , á tí , en quien reluce  
 La luz , que el vivo manantial produce ?  
 ¿ Á tí , que te descuestas  
 Sobre toda la inmensa muchedumbre  
 De sabios , y que enhiestas  
 En la difícil cumbre  
 Tu cervíz con no vista dulcedumbre ?  
 Pues qual vena abundante  
 De claras aguas , que al salir revoca  
 Con ruido resonante,  
 Caee desde una roca,  
 Llega al suelo , y fecunda lo que toca;  
 La ciencia se derrama  
 De tu eloqüente labio ; corre ; prende  
 Con refulgente llama;  
 Los ánimos enciende;  
 Y el que te escucha arcanos mil aprende.  
 Sigue , pues : mas traslada  
 Lo que te influye favorable Febo,

Tu ciencia delicada,  
 Tu dulce estilo , cebo  
 Para aquel que en las letras es aun nuevo.

Pues no es razon que el cano  
 Tiempo tanto saber con su hoz destruya,  
 No sêas , no , inhumano  
 Con cosa que es tan tuya,  
 Aunque tu gran modestia lo rehuya.

Que yo te admiro en tanto  
 Como garza que al cielo se acelera.  
 Mas cese el débil canto;  
 Que en tan veloz carrera  
 Alcanzarte mi voz jamás pudiera.

## AL CORONEL DEL REGIMIENTO

DE LA POSMA.

¡ Feliz aquel , que , léjos de cuidados,  
 Y pleytos enfadosos,  
 Aborrece los ecos horrorosos  
 De la trompa que anima á los Soldados;  
 Y con sencillo pecho  
 Nunca quiere moverse de su lecho!  
 ¡ Que detesta los puestos , los honores,  
 Y la gloria mundana,  
 Que por nada se agita , ni se afana;

Ni le cuesta pesares , ni sudores;  
 Y como caballero  
 Es en todas las cosas el postrero!

¡ Que en su silla-poltrona con cuidado  
 Y despacio se sienta;  
 Alza los ojos , y las vigas cuenta;  
 Los brazos pone en uno , y otro lado;  
 Inclina la cabeza,  
 Estornuda , se estira , y se espereza!

¡ Que no tiene cuidado en si es Estío  
 Invierno , ó Primavera,  
 Si el Cielo con relámpagos se altera,  
 Ó se apocan las gentes con el frio;  
 Pues mientras truena , ó llueve  
 Come , bosteza , duerme , y no se mueve!

¡ Ni de Tiro la grana , ni de Oriente  
 Las perlas delicadas,  
 Ni las telas de Flandes afamadas  
 Mueven su corazon , llenan su mente;  
 Porque son sus vestidos  
 Chinelas , bata , y gorro envejecidos!

¡ Que si comienza á hablar no finaliza;  
 Y si callar le toca,  
 No abrirá nunca su cerrada boca,  
 Aunque vuelvan sus miembros en ceniza;  
 Y , amante de su suerte,

Ni le importa la vida, ni la muerte!

Peró mas feliz aun, y venturoso,

Oh tú, que has emprendido

Recoger ese gremio esclarecido

De Posmas en un cuerpo numeroso,

Señalando coronas,

Y empleos á sus almas dormilonas.

Tú, cuyo imperio illustre, y dilatado

Á todo el orbe abarca,

Siendo muy débil el mayor Monarca

Á tu gran poderío comparado;

Porque tu oreyno encierra

Los hombres mas pesados de la tierra;

Escucha este mi canto, que humillado

Ahora te presento;

Pues yo que sêa de tu gusto cuento

Por lo mucho que tiene de pesado:

Que si agrada á tu oído

Me tendré por premiado, y complacido.

### AL MISMO.

**D**escanso pide con ferviente voto

El laso marínero

En el golfo de yeguas, donde fiero

Azota el mar, y brama el negro Noto,

Quando la nube espesa  
Entre el Cielo , y la nave se atraviesa.

Descanso pide el duro moscovita,  
De matar fatigado;  
Suspira el turco , de Ismaíl echado,  
Por el paterno techo , donde habita,  
Quando la odiosa Guerra  
En la morada de Pluton se encierra.

Piden descanso , que no compra el oro,  
Ni las piedras preciosas;  
Que no vive en las mesas suntuosas;  
Baxo rico arteson de sabio moro,  
Por los jaspes lucentes,  
Ni entre la turba vil de los sirvientes.

No el hinchado portero , ni el escudo  
Con arte timbréado  
La entrada impiden al crüel cuidado,  
Que busca los palacios á menudo;  
Y por las salas gira,  
Donde el pincel , y el múrice se admira.

Es el tiempo fugaz , y gran locura  
Gastar sus breves horas  
Entre las tempestades tronadoras;  
Pues no arredra al Pesar la inmensa altura  
Del vaso de tres puentes,  
Ni el furor de las tropas impacientes,

Hasta en la choza pastoril se sienta;  
 En los pechos se infunde;  
 Al pobre , al rico , todo lo confunde;  
 Ni con edad , ni sexô tiene cuenta:  
 Solo en tu regimiento  
 No ha podido encontrar acogimiento.  
 Sobre un mórvido lecho recostado,  
 En la holanda sumido,  
 Derramados los brazos , estendido  
 El cuerpo , con sopór , desmadexado,  
 Por nada se contrista  
 El héroe que una vez en él se alista.

Dormir á pierna suelta con sosiego  
 Son sus evoluciones;  
 Atronar con ronquidos los salones  
 El ejercicio general de fuego;  
 Su volar tras la fama  
 Pasar dias enteros en la cama.  
 No voltëan las penas enojosas  
 En torno su cabeza;  
 Aquí se halla en su trono la Pereza;  
 Porque están las pasiones tan ociosas,  
 Que sus tardos sentidos  
 No son por cosa humana conmovidos.  
 Venga , pues , el guerrero ensangrentado,  
 El mercader sediento,

El palaciego astuto aquí al momento;  
 Y verán el descanso suspirado  
 En una alcoba obscura,  
 Donde el ruido jamás entrar procura.

Vengan , pues : y tú , xefe esclarecido,  
 Hazles ver que la trompa,  
 Y el esteril laurel , y el oro , y pompa  
 No pueden producir gusto cumplido:  
 Pues la paz verdadera  
 Solo se encuentra baxo tu bandera.

### IMPRECACION CONTRA LA GUERRA.

Á DON FERNANDO CAGIGAL.

Quando miro , Fernando , congregadas  
 Las huestes sobre el llano ; que tremolan  
 Las bélicas banderas ; que el infante  
 Aprieta en la robusta mano el arma ;  
 Que el ginete impaciente arde , y suspira  
 Por aflojar la rienda al bridon suelto,  
 Que tascando el bocado se consume ;  
 Y que por otra parte los cañones  
 Estremecen los montes conyecinos :  
 Quando vëo por fin saltar ligera  
 Á la Muerte feroz sobre su carro,  
 Y resonar sus ruedas pavorosas

Sobre nuestras cabezas , arrastrando  
 Tras sí sus espantosos compañeros,  
 El pálido Temor , la no saciable  
 Mortandad , los relámpagos , el trueno;  
 Y que empuñando en la derecha el hierro,  
 Y el fuego en la otra mano , se salpica  
 El exe con la sangre de los hombres,  
 Y su carro se cubre de ceniza  
 De las obras , y esfuerzos de las Artes,  
 Que el Tiempo mismo respetado había:  
 Quando encuentro la Guerra en sus estragos;  
 Quando contemplo á Cesar coronado  
 De sangrientos laureles ; y que el triunfo  
 De Anibal , de Scipion , del grande Tito  
 Sobre fuego , sobre humo , sobre nada  
 Se eleva , y engrandece ; me enardezco,  
 Y de lo hondo del pecho saco fuera  
 Estas palabras , en furor envueltas:  
 Maldito una , y mil veces el primero  
 Que , destrozando las sagradas leyes  
 De la naturaleza , quiso osado  
 Elevar su cabeza con orgullo  
 Sobre todos los otros sus iguales;  
 Y , deshaciendo los estrechos lazos,  
 Con que estaban los hombres reünidos,  
 Dió á la Discordia entrada ; y á la Guerra

Revistió con el traje de la Gloria,  
 Para que deslumbrados los mortales  
 Por Diosa del honor la diesen culto.  
 Maldito digo , quien así del Orbe  
 Desterró para siempre la Paz dulce,  
 La Paz unico bien , que el hombre debe  
 Estrechar en su seno , y con su boca  
 Cubrir de ardientes amorosos besos.  
 Maldito , vuelvo á repetir ayrado,  
 Su nombre horrible ; para siempre sêa  
 Cubierto de ignominia , ó confundido  
 En los abismos hondos del Averno.

### Á LA BATALLA DE TRULLÁS.

¡ *A*ay! vëo renovar sobre la tierra  
 El audaz ardimiento,  
 Con que osaron subir al firmamento  
 Los gigantes , haciendo á Jove guerra,  
 En sus brazos fiados,  
 Y en los montes con ellos arrancados.

Hay , pues , otros Encélados sañosos,  
 Que arrojen troncos duros  
 Con mano inipía á los celestes muros;  
 Hay otros Alcionëos poderosos,  
 Cuya sangre vertida

Les dé nuevo vigor, y nueva vida.

Y Porfirios disformes, y Mimantes,

Y Giges, y Tifëos,

De un ardor indomable en sus desëos

Mas llenos de teson, mas arrogantes:

Mas nunca el Furor puso

Como en el Cielo aquí temor confuso.

No como aquellos Dioses, que, oprimidos

Del terrígeno asalto,

Dexaron su mansion con sobresalto

En muy distintas formas convertidos,

El hispano constante

Ó mudanza, ó pavór muestra un instante.

Qual la ñudosa encina, ya arraygada

En un agrio repecho,

Que la acha aguda, ni el robusto pecho

Logran verla en el suelo derribada;

Pues siempre, siempre crece,

Y á pesar de los golpes refflorece:

Resiste el impetuoso ataque horrendo

Del galo en las trincheras;

Detiene su furór; y sus banderas

Valiente arrolla; y el cañon tremendo

En la alta cumbre suena;

Y sus haces persigue, y desordena.

Retirase el francés; pero, cobrando

De su misma caída,  
 Mayor orgullo, su destrozó olvida,  
 Y en contra vuelve del ibérico vando;  
 Sus huestes le presenta;  
 Y aunque ya sin vigor ánimo ostenta.

Segunda vez atruena el bronce herido  
 Los montes cavernosos;  
 Levántanse clamores horrorosos;  
 Mézclase el vencedor con el vencido;  
 Y la Muerte cansada  
 Desëa que se embayne ya la espada.

Como quando las nubes, congregadas  
 En la region del viento,  
 Obscurecen el claro firmamento;  
 Y, en rápidos torrentes desatadas,  
 Anegan el sembrado;  
 La mies ahogan; matan el ganado:

Mas, del Norte con ímpetu saliendo  
 El Aquilon furioso,  
 El esquadron deshace proceloso;  
 Despeja el Cielo, que otra vez riendo  
 Su luz al suelo envía;  
 Renace el gusto, vuelve la alegría. . . .

Oh llanos de Trullás, decid, si acaso  
 Ricardos de otra suerte  
 Arrastró al hierro duro de la muerte

Al gallo altivo , de consejo escaso;  
Sin saber qual mas parte  
Tuvo en su corazon Palas , ó Marte.

Ó si los marathonios campos fueron  
En mas sangre empapados;  
Si mas valor mostraron los soldados,  
Que en Salamina á Xerxes destruyeron;  
Ó si acaso retumba  
Con mas ecos de triunfo el val de Otumba.

Como ellos españoles , como aquellos  
Que á Roma consternaron;  
En sus mismas ciudades se abrasaron;  
Y el yugo sacudieron de sus cuellos,  
Venciendo al africano,  
Muestran que no hay valor como el hispano.

Del fuerte el fuerte nace ; en el novillo  
Que mantiene el Xarama,  
Y libre en su espaciosa orilla brama,  
Y en el gracioso jugueton potrillo  
Se vé la fortaleza  
Que á sus Padres prestó Naturaleza.

¿ Quando engendraron águila rapante,  
Ni lobo carnicero  
Mansa paloma , tímido cordero?  
Pues tan difícil es , tan repugnante  
Que de español osado

Nazca un hombre cobarde, y desmayado;

Sobre todo decid como, sonando

El clarin belicoso,

Sale el caballo bético fogoso,

Obedeciendo el poderoso mando;

Y ardiendo en ira luego

Corre, y se mete entre el humoso fuego.

Qual se arroja veloz; qual acomete

Las puntas aceradas;

Y como, enroxeciendo las espadas,

Se apremian el infante, y el ginete:

Pero aquel luego cede,

Que á tanto impulso resistir no puede:

No gama, herida de mortal saëta,

Huye de los sabuesos

Por los collados ásperos y espesos,

Del mas pequeño ruido tan inquieta,

Que á todas partes gira;

Y en cada paso yá su muerte mira:

Como el contrario á la fragosa cumbre

Se acoge desmayado,

Al verse del ibero destrozado

Á pesar de su inmensa muchedumbre;

Y su furia atrevida

En polvo, en humo, en nada convertida.

Y tú, Ricardos, que en tan fausto día

Con sereno semblante,  
 Al poderoso Jove semejante,  
 Confundiste del galo la osadía,  
 Quando el rayo lanzabas,  
 Ó los fuertes ataques ordenabas;

Tú , que renuevas los ilustres nombres  
 De Leyva , y de Toledo,  
 La gloria del Aguilar , el gran denuedo  
 De aquellos siempre inimitables hombres,  
 Que el ponto despreciaron,  
 Y á España nuevos reynos conquistaron;

No por pobres desdeñes mis lóores;  
 Mejor la sal , y farro,  
 Y las estatuas de madera , ó barro  
 Movieron á los Dioses superiores,  
 Que en soberbios altares  
 Víctimas degolladas á millares.

Era el don mas precioso una alma pura;  
 Esta te ofrezco ahora,  
 En tanto que una trompa mas sonora  
 Tu nombre eleva á la celeste altura:  
 Que tu ánimo guerrero  
 Merece como Aquiles otro Homero.

# Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA.

AÑO DE 1795.

Y  
 La Discordia levanta su cabeza,  
 De vívoras crinada,  
 Las mueve , las sacude , y agitada  
 Retiembla la mansion de la tristeza;  
 La turbia Estigia crece,  
 Y el tenebroso Averno se estremece.

Á su voz , semejante al despedido  
 Trueno de parda nube,  
 La Muerte horrible con presteza sube  
 En su carro fatal ; y , conducido  
 Por la espantosa Guerra,  
 Hace gemir los polos de la tierra.

En pós de ella caminan la Hambre fiera;  
 La Miseria afanosa,  
 La devorante Fiebre , la ambiciosa  
 Gloria , el Furor , y Rabia carnicera,  
 Y todos quantos males  
 Comprimen con la Guerra á los mortales.

En medio eleva su orgullosa frente  
 Desnuda , y descarnada;  
 De fuego , y hierro la derecha armada;  
 La mueve en derredor rápidamente;

Y, las riendas tomando,  
 Á sus negros caballos vá incitando.

Tascan el freno, y con rabiosa espuma  
 Bañan el ancho pecho;  
 Tiran, se afanan, corren con despecho,  
 Que el látigo sonante los abruma:  
 Su intrépida carrera  
 Enciende el exe qual si arista fuera.

Todo es fuego, y furor; todo se llena  
 De horrorosa matanza;  
 Ya en medio de la Galia se abalanza,  
 Con sangre humana enroxeciendo el Sena;  
 Ya en su centro se irrita;  
 Desploma el templo; el trono precipita.

Ya revuelve su carro fulminante  
 Hácia el belga animoso;  
 No le dexa un momento de reposo;  
 Le estrecha, apremia, oprime, y arrogante  
 Le arranca en solo un día  
 Lo que antes en cien años no podía,

Ya de la altiva Albion derriva al suelo  
 Las huestes sanguinosas,  
 Que, ganando las playas arenosas,  
 Al mar se arrojan con medroso anhelo;  
 Y en sus naves veleras  
 Abandonan confusas sus riberas.

Ya los muros de yelo , que á su paso  
 El bátavo le opone,  
 Osado pisa , y en su suelo pone  
 El victorioso pié ; su cuello laso  
 El holandés inclina ;  
 Le abate , y hácia el Rhin veloz camina.  
 Allí como un torrente impetuoso  
 Quanto encuentra arrebatá,  
 Y tala , y quema , y desordena , y mata.  
 El robusto alemán , y el belicoso  
 Prusiano se retiran,  
 Tiemblan al verla , con rubor se admiran.  
 Y los Alpes tambien al grave peso  
 Baxan la erguida cima ;  
 Pasa la presta Muerte por encima,  
 Envuelta en polvo , en sangre , en humo espeso ;  
 Y queda sin aliento  
 El sardo á tan activo moviento.  
 Así el francés guerrero , conducido  
 Por la tremenda Muerte,  
 Aterra al animoso , rinde al fuerte,  
 Y sumerge en el seno del olvido  
 Todas quantas victorias  
 Al griego , y al romano dieron glorias.  
 Y tú , España valiente , que infundiste  
 Terror al Lacio imperio ;

Tú que del sarraceno cautiverio  
 La pesada cadena destruíste;  
 Y con ardor guerrero  
 Humillaste á tus pies otro hemisfero;  
 Tú, que te viste del francés triunfante;  
 Y con marcha atrevida,  
 Ya del Tech refrenaste la corrida,  
 Ya diste espanto al Canigó gigante,  
 Mil laureles cogiendo  
 Quando la Europa toda estaba huyendo;  
 ¿Tú palida, y errante? ¿Tú aterrada?  
 Sueltas la fuerte espada?  
 ¿Del contrario te vés atropellada?  
 ¿El ropage pisado? ¿Desceñida?  
 ¿Destrenzado el cabello?  
 ¿Rotas las joyas del hermoso cuello?  
 ¿Qué tienes? Dí. ¿Levantas á los Cielos:  
 Tus ojos lagrimosos?  
 ¿Exhalas mil suspiros dolorosos?  
 ¿No encuentras, ¡ay! alivio á tus desvelos?  
 ¿Tuerces las blancas manos?  
 ¿Tus males son tan fuertes? ¿Tan tiranos?  
 "Lo son tanto, . . . ; No miras ya la cumbre  
 »Del nevado Pirene  
 »Por el galo ocupada? ¿Como viene  
 »Baxando con inmensa muchedumbre?

- „¿ Que el polvo roba el día?  
 „¿ Y ensordece su horrenda gritería?  
 „No miras que á su impulso el fuerte muro  
 „Cede, y se abre, le abriga?  
 „¿ No vés la hambre, la sed, y la fatiga?  
 „¿ No vés que no hay asilo ya seguro?  
 „¿ Y que el Ebro espantado  
 „No opone diques al francés osado?  
 „¿ No vés la reja dura abandonada  
 „En los surcos primeros?  
 „¿ Sin pastores, balando los corderos?  
 „¿ Los talleres desiertos? ¿ Profanada  
 „La estancia de las musas?  
 „¿ Y á ellas girando en derredor confusas?  
 „¿ No vés ya solos los paternos lares?  
 „¿ Los techos humeando?  
 „¿ Los caminos, las sendas ocupando?  
 „Ancianos, y mugeres á millares,  
 „Que huyen horrorizados  
 „Del sangriento furor de los soldados?  
 „El tierno niño, de la veste asiendo,  
 „De su Madre azorada,  
 „La detiene en su fuga acelerada,  
 „Y sus brazos con llanto está pidiendo,  
 „Mas ella no le escucha  
 „Que el tiempo es corto, y la congoja mucha.

»Las vírgenes honestas , y encogidas,  
 »Rompiendo la clausura,  
 »Exponen su recato , y hermosura,  
 »Andando acá , y allá despavoridas:  
 »Que la flor delicada  
 »Expuesta al cierzo en breve se vé ajada.  
 »¡ Que ! ; Serán otra vez los templos santos  
 »Con rabia destruídos?  
 »¡ Mis Hijos á cadenas reducidos?  
 »¡ Volverán á mi seno los quebrantos?  
 »¡ Y Dios para castigo  
 »Renovará los tiempos de Rodrigo ? »

No España : no te afanes , y serena  
 El turbado semblante;  
 El cielo justo con amor constante  
 Te quiere , y te protege : mira llena  
 El aura de alegría;  
 Mira la Paz amable que te envía.

Mira qual viene de esplendor cercada,  
 Y ninfas que officiosas  
 En torno esparcen arrayan , y rosas;  
 Repara su cabeza , coronada  
 De los frutos de Ceres,  
 Y en pós de ella corriendo los Placeres.

Abre tus brazos que los suyos tiende  
 Con amoroso exceso;

Recoge de su boca el dulce beso,  
 Con que ese tu dolor borrar pretendes;  
 Y , en su seno acostada,  
 Desfruta de la dicha desëada.

Desfrútala en buen hora , que aun el trueno  
 Resuena en el oído;  
 Aun se escucha el belígero alarido;  
 Aun el suelo se vé de sangre lleno;  
 Y tú ya alegre en tanto  
 En risa vuelves el pasado llanto.

Nace el día en los brazos de la Aurora;  
 Asoma en el Oriente  
 Un destello de luz ; rápidamente  
 Se extiende ; el cerco de las nubes dora;  
 Y el tenebroso velo  
 Rasgado cae desde el alto cielo.

Así la Paz se esparce por la tierra:  
 El carro de la Muerte  
 Estalla ; vuelca ; y con impulso fuerte  
 Lanza léjos de sí la horrenda Guerra,  
 Que por el ayre vago  
 Rodando se despeña al negro lago.

Al golpe con revueltos remolinos  
 Las ondas se levantan;  
 Los eternos cerrojos se quebrantan;  
 Se conmueven los muros diamantinos;

Y queda el monstruo ayrado  
En su profundo abismo sepultado.

## CONTRA LA CORRUPCION

DEL SIGLO.

**E**ste suelo lozano,  
Dó su riqueza derramó Natura,  
; Ay! estrangera mano  
Cuidó de su cultura,  
Quando yacía el español en dura,  
Y amarga servidumbre:  
Y el que el esfuerzo resistió constante  
De Roma ; y á la cumbre,  
Templo del gran Tonante,  
Retemblar hizo ; y demudó el semblante

Del Hijo de Quirino;  
Cercado de cadenas, vió asolada  
Su patria ; y de un ferino  
Furor amancillada  
La esposa fiel , la virgen consagrada.

Sus lágrimas bañaron  
Con riego esteril los paternos lares,  
Que en ellos se cebaron  
Árabes á millares,  
Convirtiendo en establos los altares.

Como el Vesubio ardiente,  
 Cuando vomita con horrible estruendo  
 Su rápido torrente,  
 Vá los montes hendiendo,  
 Y pueblos en su curso destruyendo;  
 Qual Pompeya, Herculano,  
 Y otros que yacen en eterno olvido  
 Por su furor insano;  
 Así fué destruído  
 El godo imperio, el reyno mas florido.  
 ¿Constantes saguntinos,  
 Soldados de Viriato valerosos,  
 Soberbios numantinos,  
 Compañeros gloriosos  
 De Sertorio, españoles belicosos,  
 Adonde arrebatados  
 Guíais la planta de temor dudosa?  
 ¿Los hechos esforzados;  
 La sangre generosa  
 Que anima el corazon, ni la famosa  
 Remembranza de aquellos,  
 Que jamás baxo el yugo colocaron  
 Sus indomables cuellos;  
 Ni tantos, que ensalzaron  
 La patria, y con su muerte la libraron,  
 Alentaros ya puede?

¿ Como al lobo los tímidos corderos  
 Vuestra potencia cede  
 A los Árabes fieros?

Vergüenza dá , y espanto , y rabia veros.

¡ Que mucho ! Sumergidos

En ocio , y á los vicios entregados,

Torpés ya los sentidos,

Los brazos enervados,

Y los ánimos fuertes apagados,

Opusieron en vano

Su desmayada hueste al golpe duro

Del robusto africano;

Nadie quedó seguro

Ni á pecho abierto , ni detrás del muro.

Y vosotros , Pelayos,

Sanchos , Alfonsos , Dávilas , Guzmanes,

Que como ardientes rayos,

Y sabios capitanes,

Desplegando los roxos tafetanes,

Blandisteis la cuchilla

En los montes de Asturias escabrosos,

Llanuras de Castilla,

Y en donde los medrosos

Godos huyeron , no , no esteis gozosos:

Vuestros Hijos no imitan

Vuestra ilustre virtud , vuestras acciones;

Sus fuerzas no ejercitan  
 Con pesados barrones;  
 Ni al sol revuelven áridos terrones;

Ni al caballo fogoso  
 Hacen que tasque de oprimido el freno;  
 Y suba presuroso  
 El áspero terreno,  
 De polvo, de sudor, de sangre lleno;

No los juegos marciales,  
 En que el brío se muestra, y la destreza,  
 Usan con sus iguales,  
 Sino infame torpeza,  
 En que gime de horror Naturaleza.

Canciones habaneras,  
 Bayles, en que los miembros, agitados  
 Con mudanzas ligeras,  
 Dexan de ardor tocados  
 Los ánimos mas fríos, y apagados,

La doncellita aprende  
 Desde su tierna edad, y se exercita;  
 La llama, que así enciende,  
 Sus desëos irrita,  
 Y al fin la venda del rubor se quita.

En un ruinoso juego  
 El varon, ó en la crápula sumido,  
 Permite con sosiego

Que el virginal oído

Sea con desenfreno corrompido:

Y luego muy gozoso

En su lecho la admite, á fin que osada

Se burle de su esposo,

Y quede destrozada

Del tálamo nupcial la fé sagrada.

¿Que esperanza nos resta

Con progenie tan torpe, tan viciosa,

Si acaso viene presta,

Y destruírnososa

Otra nacion robusta, y belicosa?

# Á LA BUENA MEMORIA

DE DON ANTONIO BERDEJO, CANÓNIGO

DE TARRAGONA.

Una voz resonante,

Que en la mansión etérea penetrara,

Y á Júpiter Tenante

El rayo de la diestra derribara,

Antonio, deseara

Para librar tu nombre esclarecido

Del Tiempo ávaro, y del obscuro olvido.

¿Y que menos debiera

Hacer por mi Maestro, luz, y guía?

¡Ay! si cantar pudiera

Qual anhelo, pintara yo aquel día,

Que con sabia osadía

Mi espíritu abatido levantaste;

Y á la falda del Pindo me llevaste.

De su escabrosa altura

Absorto, volví atrás el pié dudoso;

Pero tú, con dulzura

Serenando mi pecho congojoso,

Me dixiste animoso:

Quien no se afana en el combate ardiente,

Nunca de lauro ceñirá su frente.

Y, mi mano tomando,  
 Arrastraste mis pies por la aspereza;  
 Seguíate anhelando,  
 Y volviendo á lo llano la cabeza;  
 Crecía mi torpeza  
 Al paso del cansancio; me paraba  
 Mas tu nervioso brazo me ayudaba.

Qual virgen encogida,  
 Que al nombre de himenëo se demuda;  
 Al verse conducida  
 Al altar llora, y acercarse duda;  
 Y quando desañuda  
 La zona el Dios, de pasmo queda elada,  
 Á su intenso dolor abandonada:

Mas luego que en el pecho  
 Arde la llama del amor, y vierte  
 Sus gustos, el despecho  
 En dulce complacencia se convierte:  
 Pues de esta misma suerte  
 Quando vencí la cumbre, en alegría  
 Cambió su descansuelo el alma mía.

Tú entonces me enseñaste  
 Los secretos del monte delicioso;  
 Tú mi frente bañaste  
 En el raudal, que corre tortüoso  
 En su bosque espacioso;

Tú en el templo de Febo entrar me hiciste,  
Y tú su amparo para mí pediste.

Tú al venerable Homero

Me diste á conocer. ¡Oh que armonía,  
Que fuego duradero,  
Que gracia en la expresion, quanta energía.  
En su trato sentía!

Yo estaba con su acento embelesado  
Días enteros sin dexar su lado.

Conocí al grave Horacio,  
Dulce Ovidio, Virgilio altisonoro,  
Y á quantos en el Lacio  
Amaba Febo, y el castalio coro;  
De su acento canoro  
Animado, tomé la lesbía lira,  
Que blando canto, y blando amor inspira.

Advertí que las fieras  
Süaves á mis ecos se volvían;  
Ví las aves parleras,  
Que atentas escuchando, enmudecían;  
Miré que se salían  
Las yerbas, que las flores se exhalaban,  
Y su copa los troncos inclinaban.

No, no es mi melodía  
La que produce efectos tan no usados,  
Confuso repetía;

Sino los dulces metros acordados,  
 Por estos inspirados:  
 Suyo es mi canto, mi destreza es suya;  
 Razon es que este don les restituya.

Pero Febo, apartando  
 Los rojos rayos de su clara frente;  
 Dixo con tono blando:  
 Esos versos que cantas tiernamente,  
 Que halagan la corriente,  
 Y en su ala lleva plácido el Favonio,  
 Solo los debes al profundo Antonio.

Todo quanto cantares,  
 Todo es suyo, todo obra de sus manos;  
 Ora fieros pesares  
 Publiques, ó contentos soberanos;  
 Ora de los tiranos  
 Zelos pintar pretendas la inclemencia;  
 Ó del Hijo de Venus la potencia.

Ora los dulces nudos  
 De la santa Amistad risueño entones;  
 Ora de los membrudos  
 Atletas, ó los bélicos varones  
 Celebres las acciones;  
 Ó ya discantes con estilo grave  
 Los gratos bienes de la Paz süave.  
 Ora la pluma esgrimas

Contra el infame vicio , y desenfreno;  
 Ora pausado exprimas  
 De la Filosofía el trato ameno;  
 Y , en su cándido seno  
 Recostado , demuestrés con voz fuerte  
 Que al justo es dulce la temida muerte.

En fin qualquiera cosa  
 Que tu voz atrevida cantar quiera  
 Por nueva , y escabrosa,  
 Lo mismo es que si Antonio lo dixera;  
 Si él en tí no vertiera  
 El raudal de su ciencia , nunca osado  
 Tales versos hubieras entonado.

Dixo : y con tierno halago  
 Me reclino en tu pecho cariñoso;  
 Mas ¡ay! que el fiero estrago,  
 Con que el Orbe destruye el Tiempo ansioso,  
 Robóme presuroso  
 Tu trato , tu saber , mi único arrimo;  
 Y en valde ¡ay! mi dolor llorando exprimo.

¿ Tu decir eloqüente,  
 Tu fuego , tu entusiasmo que se hicieron?  
 ¿ Tu pensar eminente  
 Donde está? ¿ Tus virtudes donde fueron?  
 Todos desaparecieron;  
 Al sacro impíreo rápidos volaron;

Y polvo , y luto , y pena nos dexaron.

Y tú , alma afortunada,

Que de lazos mortales desprendida,

En la eterna morada

Gozas perpetua bien hadada vida,

Si mi voz dolorida

Penetra donde estás , oye mi canto,

Que hoy hasta el Cielo en tu lóor levanto.

Y , del amor movido,

Que en el mundo tubísteme algun día,

Dexa el sagrado nido,

Y ven-á hacerme grata compañía:

Así la musa mía

Hará ver con un claro testimonio

Que en el seno nació del sabio Antonio.

### Á UNA ROSA YA MARCHITA.

¡uan triste , y desmayada

Te presentas a mí , fragrante rosa !

Tú , que en el Mayo con la frente alzada,

Esparciendo tu esencia deliciosa,

Y mostrando con pompa tus colores,

Por Reyna te aclamaste de las flores;

Tú , que en las sacras mesas

Derramas los placeres con tu aliento;

Tú que conservas en tu copa impresas  
 Como el mas singular bello ornamento  
 Las gotas , que brotaron del pié hermoso,  
 Que agitaba de Adóni el eco ansioso;

¿ Tú tan mustia , abatida,  
 Amarillas las hojas , destrozada,  
 La verde veste á polvo reducida,  
 Casi entrando en el reino de la nada?—

”Pasó la Muerte ; hirióme , y solo sombra  
 »Soy que hasta el pecho que me quiso asombra.

»Estos débiles restos  
 »Arrójalos : que el tiempo los consuma.

»Otros capullos plácidos , enhiestos,

»Sobre quienes Amor bate su pluma,

»Te causen un deleyte regalado;

»Y no un ser por la Muerte aniquilado.”—

¡ Que! Muere el Avariento,  
 Que una provincia á la hambre ha reducido;

Y se le eleva un rico monumento,

Con mármoles de Paros construído

Y ornado con pesadas inscripciones,

Que desmienten sus pérfidas acciones.

Fallece el Poderoso,

Que virtudes , y ciencias ha ultrajado;

Y corre al templo el pueblo presuroso,

Se atropa en torno el túmulo elevado;

Al Eterno por él ferviente implora;  
Y con el Orador se affige, y llora.

Rinde el alma el Guerrero,  
No harto de sangre, asolador del mundo;  
Y gime por su muerte el bronce fiero;  
Se llenan todos de dolor profundo,  
Y erigen mil estatuas en memoria  
Del que de oprobrio cubrirá la historia.

¿Y tú, que siempre has sido  
Delicia de los pechos agitados,  
Has de entrar en el seno del olvido,  
Qual los míseros siervos aherrojados;  
Y, entre seres desechos confundida,  
No ha de quedar vestigio de tu vida?

¿Tú que ministra fuiste  
Del alígero Dios, y el sacrificio  
Mas puro, mas ardiente presidiste  
Quando, á mis votos el Amor propicio,  
El corazon de Lesbia me entregaba,  
Que entre tiernos suspiros se exhalaba?

¿Tú, que alegre á mi mano  
Del trono de su frente descendida,  
Viniste como gage soberano  
De la fé con tal ansia prometida  
En el punto fatal, que divididos  
Eran los dos amantes mas unidos?

No , compañera afable,  
 Recuerdo de mis dichas malogradas,  
 Lustre del Mayo , flor incomparable,  
 Bien de las almas del amor tocadas,  
 No temas de las otras la ventura;  
 Tú existirás ; mi pecho lo asegura.

Desecha , deshojada,  
 En átomos sutiles convertida,  
 En mi seno estarás siempre abrigada,  
 Su fuego te dará de nuevo vida;  
 Y cobrarán su esencia tus despojos  
 Con el humor ardiente de mis ojos.

Ven , agradable rosa;  
 Sobre mi corazon tu tumba sêa;  
 Con paz tranquila , con placer reposa;  
 Y el Orbe todo en este exemplo vëa,  
 Que no hay templo , ni asilo mas honroso,  
 Que un corazon sencillo , y amoroso.

# Á LA MARQUESA VIUDA DE RUBEN

POR LA MUERTE DE SU ESPOSO.

¿ Quien no estará pasmado , sorprendido,  
Y cubierto de susto

Con la fatal ausencia de aquel justo,  
Que como pocos en el mundo ha sido?

¿ Quien habrá que no ceda  
Al dolor ; y su llanto no conceda?

¿ Sonando acaso la torcida trompa  
Rasgará mi eco el viento?

¿ Pintaréle ardoroso , y sin aliento  
En pós de un lauro seco , ó vana pompa,  
Después de haber dexado  
El suelo en sangre , y lágrimas bañado?

No , Enrique ; no merece tu dulzura  
Recuerdos tan funestos;

Tú no naciste para el mal qual estos;  
No presidió tu luz la Parca dura;  
No el don tuviste fiero  
De asolar por la fama el orbe entero.

La Paz , la dulce Paz , la Paz tranquila  
Escogió por morada  
Tu seno , en donde nunca tuvo entrada  
El crimen , que á los otros aniquila;

Pues en tu labio puro  
El hombre reposó , se vió seguro.

Mira , mira á los Vicios , que , elevando  
Su orgullosa cabeza,  
Las crudas palmas baten con fiereza,  
Tu dolorosa muerte celebrando;  
Tales cosas diciendo  
Entre maligna risa , y ronco estruendo:

Ya murió aquel , que activo la cadena  
Á nuestro cuello echaba;  
Ya la Paz , que en su pecho se gozaba,  
Huyó de espanto , y amargura llena;  
Ya mostrarnos podemos:  
Salgamos , y á los pueblos alteremos.

No , monstruos de la Stygia sanguinosos,  
Es vano vuestro intento.  
Enrique desde el alto firmamento  
Nos contempla con ojos amorosos;  
Y desde allá procura  
Mantener la quietud augusta , y pura.

En torno de nosotros vaguëando  
Su sombra será escudo  
Contra vuestro rencor , y afan sañudo,  
Los venenosos tiros rechazando,  
Y haciendo que al Averno  
Volvais rabiando con pesar eterno.

Y tu ilustre , y sensible compañera  
 De un varon tan amado,  
 No así te quejes del rigor del Hado;  
 Suspende tu lamento , y firme espera;  
 Que nunca el justo Cielo  
 Dexó á los virtuosos sin consuelo.

Si la inflexible Parca no igualara  
 Con el techo inocente  
 El palacio rëal ; y si clemente  
 Con alguno su rostro se mostrara;  
 La muerte entonces fuera  
 Una desgracia atroz , y verdadera.

Mas una noche nos espera á todos;  
 Todos tomar debemos  
 La senda del sepulcro ; no volvemos  
 Á pisarla segunda vez ; ni hay modos  
 De alejar este instante,  
 Aunque armemos el pecho de diamante.

Á unos conduce al eternal desmayo  
 Mavorte furibundo;  
 Á otros sorbe en su seno el mar profundo;  
 Á estos abrasa el resonante rayo;  
 Devora la hambre á aquellos;  
 Y estotros doblan al dolor los cuellos.

¿ Pues que resta del hombre ? La memoria  
 De sus grandes virtudes.

Esto queda de Enrique , no lo dudes;  
 Logra esta eterna merecida gloria:  
 No el Tiempo enfurecido  
 Podrá sumirla en el eterno olvido.

**ELOGIO Á UNA SEÑORA,**  
 QUE EN UNA FUNCION PARTICULAR DE TEATRO,  
 HIZO EN LA ÓPERETA DE LA CRIADA SEÑORA  
 EL PAPEL DE SERPINA.

**E**l cedro poderoso  
 En el Líbano eleva su cabeza;  
 Recorre el Sol hermoso  
 El ámbito del Cielo  
 Ostentando su brío , y gentileza;  
 Así quien con un vuelo  
 Pindárico discanta,  
 A todos los poetas se adelanta.  
 Musa , toma la lira  
 Del tebanó cantor ; y son ferviente  
 En el pecho me inspira.  
 Qual de Etna cavernoso  
 Se desprende la rápida corriente  
 Con bramido espantoso,  
 Mi canto se difunda;  
 Y horror , y susto , y turbacion infunda.

Mas ¡ay! que no resuena  
 Con dórico furor la cuerda herida;  
 Y el ayre no se llena  
 De bélico estampido;  
 No es en cóncavos montes repetida  
 Mi voz con tronco ruido;  
 Sino en el aura leve,  
 Que Amor mis labios , y mi pecho mueve.

Tambien Amor es guerra;  
 Quando cimbrëa el arco resonante,  
 Muda tiembla la tierra.  
 Amor me inflama , y crece  
 En mi pecho el ardor. Mi musa cante,  
 Que en la lid aparece  
 Una nueva heróina,  
 La hermosa , y dulce , la jovial Serpina.

Hizo sonar Cupido  
 La belígera trompa , y á su estruendo  
 Uberto enardecido  
 Se presenta al combate,  
 De su cuerpo gentil alarde haciendo;  
 El Dios las palmas bate  
 De contento , y envía  
 Quien humille su pompa , y bizarría.  
 ¿ Quien pondrá confiado  
 Su pecho en contra con audaz denuedo?

¿ Quien de Uberto esforzado  
 Haber podrá victoria?  
 ¿ De Uberto , que al ataque marcha ledo,  
 Se corona de gloria,  
 Y con marcial acento  
 Para los rios , encadena el viento?

La preciosa Serpina,  
 Á quien las Gracias cercan lisongeras,  
 Á quien Venus se inclina,  
 Y cuya voz sonora  
 Penetra blandamente las esferas,  
 Al Olimpo enamora,  
 Y á Júpiter suspende,  
 Que olvida el cetro , y su cantar atiende.

¿ Pues como tú presides  
 Estas contiendas Hijo de Citeres?  
 Léjos de tí las lides,  
 Los ecos horrorosos;  
 Á tí solo competen los placeres:  
 Y los tonos sabrosos  
 De la grata armonía  
 Son de Apolo , y su casta compañía.

Mas ¡ ay ! que Amor es todo;  
 Amor en todo manda , en todo entiende;  
 Contra el Amor no hay modo,  
 No hay adarga templada,

Nada lo evita , nada lo defiende:  
 Pues sãa celebrada  
 Su grandiosa victoria;  
 Y en su templo la fixe la Memoria.

Uberto , que su pecho  
 Vé de atroces heridas traspasado,  
 Procura con despecho  
 Oponer los enojos  
 Al torrente de fuego arrebatado  
 De sus voraces ojos;  
 Y con aspecto grave  
 Demostrarla desden : mas ¡ ay ! no sabe.

Que Serpina graciosa  
 Con vigor le resiste ; y , entonando  
 Una queja amorosa  
 Con eco penetrante,  
 Vá todas sus defensas derrotando;  
 De suerte que ya amante  
 Rinde su ánimo fiero,  
 Y en cera vuelve el corazon de acero.

Oye de la cadena  
 Agitarse los recios eslabones,  
 Se aíra , se enagena,  
 Y arrojar determina  
 De su pecho oprimido las pasiones.  
 Al templo se encamina

De la gloriosa Fama,  
 Que allá en su cumbre con ardor le llama,  
 El sanguinoso Marte  
 Con su arnes trespoblado le convida;  
 Alegre Uberto parte.  
 ¿Adonde confiado  
 Vuelas, Uberto? ¿Tu preciosa vida  
 Contra el querer del Hado  
 Ofreces á la muerte?  
 ¿Y á Serpina abandonas de esa suerte?  
 Amor no la abandona;  
 Un esquadron la envía impetuoso  
 Que su empresa corona;  
 El Terror macilento,  
 Los zelos inhumanos, el furioso  
 Rencor, y aquel tormento,  
 Que el corazon padece  
 Quando un ansiado bien se desvanece.  
 No al javalí valiente  
 Se arrojan los lebreles tan furiosos,  
 Como al joven ardiente  
 Las crüeles pasiones,  
 Excitandole afectos horrorosos.  
 En tanto las prisiones  
 Va texiendo Serpina  
 Con trinos dulces, y expresion divina.

¡Quan en vano á la entena  
 El precavido Ulises se amarrara,  
 Si hubiera una sirena  
 En la playa arenosa  
 Que tonos tan süaves modulara!  
 Con rabia generosa  
 Sus lazos deshiciera;  
 Y hácia sus brazos con afan corriera.

Qual otro Timotëo,  
 Que el alma de Alexandro conmovía  
 Á par de su desëo,  
 Serpina la de Uberto  
 Mueve con su canora melodía  
 Con tal gracia, y concierto,  
 Que no hay pasion altiva,  
 Que de ella el movimiento no reciba.

El joven desdichado  
 Ya tiembla, ya desmaya, ya se agita;  
 Ya todo trastornado  
 Se confiesa cautivo,  
 Y con ansia á sus pies se precipita.  
 Mírale compasivo  
 Amor, le dá un abrazo  
 Y con Serpina le une en dulce lazo.

Serpina ya has vencido;  
 Ya el Amor tu victoria ha coronado;

Uberto , conmovido  
 Al encanto süave  
 De tu halagüena voz , se ha desarmado.  
 Pues , si fingiendo sabe  
 Vencer de esa manera;  
 Si cantase verdad ; ; ay Dios! que hiciera.

## LA QUICAYDA.

## POEMA HEROYCO-CÓMICO.

## CANTO PRIMERO.

Canto el enojo , y el crüel despecho,  
 Que produjo una rosa de cien hojas  
 En el sensible pècho  
 De la graciosa Quica ; sus congojas,  
 Sus guèrras , y su triunfo; y muy de veras  
 En tono grave cantó frioleras.  
 Oh Musa , que á los pèchos aquejados  
 Pones delante la agradable risa,  
 Y lanzas al Averno á toda prisa  
 Los negros melancólicos cuidados,  
 Mi tibio pecho inflama;  
 Y en mi labio derrama  
 Con abundancia tanta tus gracejos,  
 Que se estiren los tristes sobrecejos  
 Al escuchär mi cantó,  
 Del modo que lo hicieron  
 Los que á Villaviciosa , y Thóme oyeron.  
 Declárame entretanto  
 Qual fué él principio , y los motivos graves

De guerra tan funesta;  
 Pues Briseyda arrancada de las naves,  
 No ocasionó qual esta  
 Infausta flor á griegos , y troyanos  
 Llantos tan tristes , males tan tiranos.  
 ¡ Que ! ¿ Pechos mugeriles  
 Abrigan iras qual la tuvo Aquiles ?  
 El de la hermosa Quica generoso  
 No puede hallar reposo,  
 Desde el punto que vido  
 Lo mismo que juzgó jamás vería:  
 Sobre un sofá mullido;  
 Envidia del Monarca de Turquía,  
 Su fatigado cuerpo recostaba  
 Con lánguido abandono;  
 Y , echada como estaba,  
 Quexóse al ayre así con triste tono:  
 ¿ Que es esto Quica ? ¿ Que feroz destino  
 Ahora te persigue ? ¿ Te atormenta ?  
 Tu imperio á tierra vino;  
 Como sombra fugaz de tí se auyenta  
 La pompa , que tenías  
 En mas felices días;  
 Ya todo se ha trocado;  
 ¿ Ese rostro de todos alabado;  
 Esa rara destreza inimitable

En el antiguo Amable,  
 Paspie magestüoso;  
 Fandango bullicioso,  
 Y en el Rey de los bayles el ligero,  
 El agitado, el rápido Bolero;  
 Tu gracia en el vestir, tu garbo, y ayre;  
 Tu fino gusto en la invencion de modas  
 Con asombro de todas;  
 Tu cantar con donayre,  
 É infatigable pecho;  
 Y tantos dones juntos que se han hecho?  
 Una muchacha extraña, una insolente  
 Todas estas mis prendas ha eclipsado;  
 Ella me arranca el cetro fieramente,  
 Que con tanta razon tuve empuñado  
 Con la invencion mas rara que se ha visto.  
 ;Y yo lo vëo, Cielos, y resisto?  
 Ahora que los vientos irritados  
 Roban de los jardines, y los prados  
 El color, y frescura,  
 Esa vil criatura  
 En medio de Xerez con una rosa,  
 Que al Mayo diera lustre, se pasëa,  
 Estirase, y pompëa;  
 Y á todos se la muestra jactanciosa.  
 Al verla en el Invierno así adornada,

Quien por Venus la tiene , quien por Flora;  
 Quien la dice una cosa regalada;  
 Quien con chistes agudos la enamora;  
 Quien se humilla ; quien muestra el pecho blando:  
 Y yo mientras estoy aquí rabiando.  
 La vana Presuncion , que , rodëada  
 De vientos , y fantásticas visiones,  
 Suele hacer gran morada  
 En casa de los míseros mandones;  
 Á los ricos visita;  
 Con el fingido literato habita;  
 Ama al adonis , á los nobles quiere;  
 Y sobre todo á la muger prefiere,  
 Pues nunca abandonó su compañía,  
 Oye el triste clamor que Quica envía;  
 Y al punto vá volando,  
 Qual lëona feroz , que el grito escucha  
 De los cachorros que la están robando.  
 Cubre su frente enorme  
 De largas tocas , y mongil capucha;  
 Su cuerpo achica al de muger conforme;  
 Y pone su semblante  
 En todo semejante  
 Á la antigua criada Rosalía,  
 Que en la casa vivía  
 Mucho antes que la Abuela

De Quica se casara,  
 Por eso en su crianza se desvela.  
 Entra la Diosa ; y al entrar repara  
 El magnifico adorno,  
 Que resplandece en torno,  
 Y exclama , rebosando de alegría:  
 Bien reconozco que eres,  
 En tu casa , tus galas , y placeres  
 Digna de que te llamen Hija mía.  
 Á esta postrera voz tan halagüeña  
 Su cabeza levanta , y enclavando  
 Sus ojos en los suyos : Oh tu dueña,  
 La dice sollozando,  
 Á quien unida estoy desde la cuna,  
 Testigo de mi fama , y mi fortuna,  
 Mirame derribada  
 Desde los altos cuernos de la Luna  
 Hasta la misma nada.  
 Una niña , una rosa . . . .  
 Basta , responde , basta ;  
 Ya se qual es tu llaga dolorosa.  
 Pero dime , ¿ que cosa  
 Un pecho generoso no contrasta ?  
 Mas antes , porque véas quan ligera  
 Te entregas al dolor , dexa ese blando,  
 Y perezoso asiento,

Donde estás con molicie reposando;  
 Levántate , los pasos acelera.  
 Dice , la ayuda , anima ; y al momento  
 Le presenta un gran campo de batalla;  
 Empieza Rosalía , y Quica calla:  
 Ese esquadron primero,  
 Que miras ái frontero,  
 Mil vasos lo componen  
 De las entrañas del Perú formados,  
 Y con destreza , y gusto cincelados;  
 Allí en unidas filas se disponen  
 Enxambres de alfileres aguzados,  
 Cintas de mil colores,  
 Ya en el Sena anchuroso,  
 Ya en el revuelto Támesis nacidas;  
 Esencias de las flores,  
 Aun mas fragrantés que en el Mayo hermoso;  
 Gasas de Flandes , ó de León traídas;  
 Allí se muestran firmes combatientes  
 De plumas , y garzotas diferentes;  
 Á este lado repara que á millares  
 Están polvos , pomadas , y lunares;  
 Al otro la copiosa artillería,  
 Que rica Ormuz envía;  
 Aquí se halla el Diamante poderoso,  
 El ardiente Rubí , verde Esmeralda,

El Topacio amarillo qual la gualda,  
 Zafiro jactancioso,  
 Purpurado Jacinto;  
 Todos en esquadron no bien distinto,  
 Qual campeones fieros  
 Hacen brillar los bárbaros aceros,  
 Á cuya altiva vista  
 No hay pecho tan feroz que se resista.  
 Todas estas valientes huestes, Quica,  
 Están á tus mandatos siempre atentas;  
 Ordena, pues, dispon, preven, indica,  
 Verás como al combate van contentas:  
 Ni tremendo cañon, ni aguda pica  
 Detendrán su vigor; porque sedientas  
 De laurel inmortal, de eterna gloria  
 Te darán sin remedio la victoria.  
 Qual será atlante del batido pelo;  
 Qual ornarále con cien mil labores;  
 Qual como estrella brillará en tu cielo;  
 Y qual para inspirar dulces amores,  
 En tu rostro, en tu pecho, con anhelo  
 Pondrá reclamos, formará primores,  
 De modo que se rinda el mas osado.  
 ¿Y aun tu espíritu se halla desmayado?  
 Dixo, y siguióse un rato de silencio;  
 Mas Quica con larguísimo suspiro,

Tu dictamen , responde , reverencio,  
 Ese exercito admiro;  
 Mas fáltame el campëón , por quien deliro;  
 Faltame aquella rosa. . . .  
 ;Serás con ella acaso mas hermosa?  
 Llena de rabia la Deydad replica.  
 Estremecióse Quica.  
 Entonces la fingida Rosalía  
 Descorre el claro velo,  
 Que el luciente cristal les encubría.  
 ;Qual fué la admiracion ; qual el consuelo  
 Que tuvo la heroína  
 Al ver su rostro al vivo retratado!  
 Admira la tez fina,  
 El color entre leche sonrosado,  
 La lumbre de sus ojos centellante,  
 Su boca reducida,  
 Que al mas cobarde con ardor convida  
 Á robos amorosos al instante.  
 Quédase sorprendida , y admirada;  
 Mas volviendo del estasis : De nada  
 Me sirve , Rosalía , exclama ; ay triste !  
 Hermosura fatal , que no resiste  
 El poderoso encanto de una rosa:  
 Pues la pena de verse así vencida  
 Se aumenta á proporcion de ser hermosa.

Si el Hijo de Priámo no excediera  
 Á griegos , y troyanos  
 En valor , y en esfuerzo , fueran vanos  
 Los trofëos que Aquiles consiguiera:  
 Así Tirsa consigue mayor gloria,  
 Y tiene mayor triunfo en su victoria.  
 Pues quita , quiebra , rompe , despedaza  
 Las macetas , las rosas , que conserva;  
 Á ninguna reserva.  
 Esto dice la Diosa , llega , abraza  
 Á la afligida Quica , dála un beso;  
 Y luego se convierte en humo espeso.  
 Sintióse con su tacto trastornada  
 La heroína , hasta entonces envidiada;  
 Y que , hinchandose el cuerpo por momentos,  
 Ni en sí , ni en su aposento ya cabía:  
 Conoció la Deydad , y quando huía  
 Dirigióla estos míseros lamentos:  
 ;Tambien tú eres conmigo rigurosa?  
 ;Te burlas de mis males,  
 Tomando una apariencia mentirosa?  
 ;Huyes de mí , me dexas,  
 Como suele el comun de los mortales,  
 Entregada á mis quejas?  
 ;Porque no quieres , Diosa,  
 Qual Madre cariñosa

Desahogue en tu pecho su amargura  
 Una Hija que te adora con ternura?  
 La Deydad con su llanto conmovida,  
 Aunque estaba resuelta en ayre vano,  
 Esparció con dulzura , y franca mano  
 En torno el corazon de su querida  
 Un suave rocío,  
 Para que nunca su constante brío  
 En ella desmayara,  
 Aunque la tarda senectud llegara.  
 No quedó Don Quixote tan ufano  
 Quando se vió por mano  
 Del socarron ventero  
 Armado en un instante Caballero;  
 Porque emprender pröezas ya podía;  
 Y dar cabo al proyecto que tenía  
 De hacer resucitar en toda España  
 La andante feodál Caballería:  
 Como Quica al pensar la traza extraña,  
 Que para su consuelo dió la Diosa;  
 Pensaba en una empresa tan gloriosa;  
 Y , no sabiendo á quien fiar la hazaña,  
 Sorprendióla la noche tenebrosa.  
 Ya estaban los magnificos salones  
 De su inmenso palacio  
 Con tanta claridad como de día;

Gentes de todos sexôs , y naciones  
 Ocupaban su espacio;  
 Y esta graciosa diferencia hacía  
 De mil modos variar las diversiones.  
 Unos , mil vueltas dando á la Gaceta,  
 Discurren del estado de la Europa,  
 Y las nuevas que traxo la estafeta;  
 Del nervio de la tropa,  
 La marina, el comercio , y el dinero;  
 Otros en un estilo mas ligero  
 Tratan de modas , cintas , y colores;  
 Estos no gustan sino hablar de amores;  
 Aquellos dos á dos aparéados,  
 Y á las esquinas de un altar sentados,  
 Ofrecen incesantes sacrificios  
 Á las Deydades , que Bilhan compuso,  
 Madres horrendas de funestos vicios:  
 Quatro naciones entre sí dispuso  
 Tan fieras , tan ayradas,  
 Que nunca entre ellas hay paz , ni concordia;  
 Hay agudas espadas,  
 Oros corrompedores,  
 Copas ardientes , y robustos bastos,  
 Perpetuo manantial de la discordia.  
 ¡ Que de guerras , y horrores  
 Que de afanes , y gastos,

Nos conserva la Historia,  
 Que esta maldita casta ha motivado!  
 No obstante con un modo sosegado  
 Riñen ahora sin causarse grima,  
 Qual suelen los que juegan á la esgrima.  
 Á la otra parte jóvenes festivos  
 Explican con cantares expresivos  
 Quanto el corazon siente;  
 Tocando la vihuela diestramente  
 Como pudiera Orfeo;  
 En este del placer dulce muséo  
 Cada qual contentar su humor procura;  
 Qual ríe, qual discurre, qual murmura.  
 En tanto la matrona, que un instante  
 Del corazon no aparta su tormento,  
 Que cabila en la rosa, y el momento,  
 En que ha de verse con honor triunfante,  
 Las anchurosas salas rodëando  
 Con sus ojos ardientes,  
 Nota, y señala del inmenso vando  
 Los bravos combatientes,  
 Capaces de acabar tan alta empresa;  
 Y entre la turba espesa  
 Elige á Nuño, Mendo, y Pardo, iguales  
 En edad, condicion, y hazañas tales;  
 Por lo qual se promete

Salir con bien del hecho que acomete.  
 Llámalos la amazona , y , dividiendó  
 Dos puertas de cristal , los introduce  
 Paso tras paso sin causar estruendo  
 Á un lindo gabinete , donde luce  
 El fino gusto á par de la riqueza,  
 Cierra , callan , atienden , y ella empieza:  
 Ilustres campëones,  
 No pretendo moveros con razones  
 Ni eloqüencia estudiada;  
 Una muger os habla , y agraviada.  
 Su sexô , vuestro honor , y el alto hecho,  
 Digno de heroyco pecho,  
 Encenderá mejor el fuerte brío,  
 Que aguardo ahora para alivio mío....  
 Los tres estaban sin chistar oyendo  
 Aquel exôrdio extraño , y estupendo:  
 Pero con la venida  
 De Clara la oracion fué interrumpida;  
 Clara Sacerdotisa , cuyo oficio  
 Era á tal hora hacer un sacrificio.  
 Sobre una ara preciosa,  
 Cubierta de manteles alemanes,  
 Deposita la ofrenda deliciosa  
 Con puros reverentes ademanes;  
 Aquí pone oficiosa

Tazas de China en oro perfiladas;  
 Allí un grande monton de rebanadas  
 Sutiles en extremo,  
 Pero muy bien tostadas;  
 Mas allá se levanta  
 Tal como el promontorio Caridemo  
 Otro mejor de béglica manteca;  
 No se vió copia tanta  
 De peregrinos desde Ceca á Meca  
 Como aquí de vasijas, é instrumentos.  
 Pero en medio se eleva por momentos  
 Un celeste vapor, que derramado  
 En torno, dá vigor al mas postrado.  
 ¿ Quien, pues, será este agente poderoso,  
 Que sorprende al senado  
 Con un modo tan raro, y delicioso?  
 Quien sino el chino Thé, cuya dulzura  
 Al estómago débil asegura;  
 La sangre purifica;  
 Y el corazon caído fortifica.  
 Llenan las tazas de licor sagrado;  
 Las vacian de contado:  
 Mas haciendo con una Quica pausa,  
 Escuchad, exclamó, qual es la causa  
 De haberos en tal sitio reúnidlo.  
 Hasta ahora he tenido

El imperio entre todas las mugeres.  
¡Que gustos , que placeres  
Que ofrendas , que oblaçiones  
No debí á los humanos corazones!  
Mas ¡ay! que ya mis glorias se acabaron;  
Mis días ya pasaron.  
Si por acaso hubiera  
Robado mi vigór la vejez fría,  
Ó mi semblante demudado viera,  
Por cierto entonces no me quejaría;  
Pues tengo un corazon bastante fuerte  
Para arrostrar los años , y aun la muerte.  
Pero una niña astuta , una insolente,  
Ornando el pecho altivo con la rosa  
Mas fresca , mas hermosa,  
Que en jardín se crió con dulce ambiente,  
Encantada sin duda,  
Mi erguido trono á su aposento muda,  
Donde acuden enxambres numerosos,  
De jóvenes , que á mí dieron incienso:  
En vosotros , que siempre valerosos  
Seguisteis mis banderas,  
Remedio á mis pesares hallar pienso,  
Curando mis heridas lastimeras.  
No os acbarde el hecho que medito:  
Para subir al templo de la Fama

Hay trabajo infinito;  
Y héroe solo se llama  
El que arrostra peligros como Alcides,  
Saliendo vencedor de todas lides.  
Esta noche , fortísimos varones,  
Armados de valor , y sufrimiento,  
Quisiera que asaltaseis los balcones  
De esa Tirsa , arrancando de cimiento  
Quantas rosas mantiene en sus macetas.  
Qual fieros Masagetas,  
Que , despues de ganar una victoria  
Tronzan , destruyen , rompen , desbaratan,  
Hieren , mutilan , atropellan , matan  
Con crüeldad notoria;  
Y nada se ve exênto de su furia:  
Así para vengar mi grave injuria,  
Quiero en vosotros un igual corage;  
Cada qual quiebre , y con furor desgaje  
Los capullos , renuevos , y botones:  
Esto una dama os ruega , campëones.  
Dixo; y tomando Nuño en la robusta  
Mano una taza , con vigor exclama:  
Por este soberano Thé divino,  
Que tanto fortalece al que le gusta;  
Por aquella olorosa sacra llama,  
Que en derredor se eleva de continuo

Quando para beberlo se prepara,  
Hermosa Quica , juro  
Con el ardor mas puro,  
Que ha de ser mi venganza la mas rara.  
Tú serás esta noche complacida;  
Rosa , ni tallo quedará con vida.  
Dixo ; y haciendo con la propia taza  
Una pequeña libación , la entrega  
Á sus dos compañeros;  
Y así que la gustaron,  
Del mismo modo en el altar juraron  
Con votos tan ardientes , tan sinceros.  
Quedó Quica bañada de alegría.  
Ya entonces se sentía  
Del látigo sonoro el estallido,  
El parar las carrozas , con el ruido  
De pages impacientes  
En buscar á sus amas diligentes,  
Dando prisa por irse.  
Empieza cada qual á despedirse  
Con rancio fastidioso cumplimiento;  
Y vacian el palacio en un momento.

## LA QUICAYDA.

## CANTO II.

**L**ea obscura noche á todo andar corría,  
 Y á todos los vivientes sumergía  
 En un pesado sueño;  
 Cuando los tres, constantes en su empeño,  
 Parten para la empresa proyectada;  
 Y haciendo una parada  
 En medio de una plaza, convecina  
 De la calle, dó el hado los destina,  
 El loquáz Nuño, como si no hubiera  
 Otra cosa que hacer, de esta manera  
 Discurre con sus caros compañeros:  
 ¡ Quien sabe si en los siglos venideros,  
 Haciendose famosa nuestra historia,  
 Y digna de tenerse en la memoria,  
 El autor, encargado  
 De cantar una hazaña tan gloriosa  
 En dulces versos, ó acendrada prosa,  
 Dirá con un estilo levantado:  
 Era de noche, y en profundo sueño  
 Los fatigados cuerpos reposaban;

Las selvas , llenas del antiguo leño,  
 Y los inquietos mares descansaban;  
 En un deliquio blando , y halagüeño  
 Hombres , aves , y fieras se encontraban;  
 Huían de la mente los cuidados;  
 Y estaban los trabajos olvidados:  
 Quando los tres valientes campeones,  
 En fé de su promesa , y juramento,  
 Olvidando los mórbidos colchones,  
 Salieron presurosos á su intento;  
 Asaltando de Tirsa los balcones,  
 Las rosas , y renuevos al momento  
 Con manos atrevidas arrancaron;  
 Complacieron á Quica , la vengaron.  
 ¡Dichosa edad ! ¡ Oh siglo venturoso  
 En que saldrán á luz tales hazañas,  
 Dignas de que un Homero sonoro  
 Las cante á las naciones mas extrañas !  
 Yo prevéo este día tan glorioso.  
 Tienes Nuño razon ; no , no te engañas.  
 No el rapto violador de las Sabinas  
 Se igualará jamás al que imaginas.  
 Calló Nuño , sin duda satisfecho  
 De su larga oracion , de su eloqüencia:  
 Pero Mendo no pudo con paciencia  
 Retener en su pecho

La risa , con sus frases excitada;  
Y soltó una tremenda carcajada:  
Qual suele resonar el seco trueno  
En techo embovedado,  
Haciendo estremecer todo el terreno;  
Retumbó aquel reír inmoderado  
Por los ángulos todos de la plaza,  
Sin que para acabar hubiese traza.  
El venenoso Chisme , que yacía  
En los toscos umbrales  
De una bien inmediata Escribanía,  
Despertó á risas tales;  
Y escuchó á su sabor quanto decía  
La hueste de las rosas destructora;  
Con planta voladora  
Encamínase en busca del Desvelo.  
Halla un palacio , que parece al Cielo  
Escarlar con su mole suntuosa;  
Entre gruesas columnas granadinas,  
De terso jaspe , y en color sanguinas,  
Se revuelve la puerta poderosa;  
Cubierta , y tachonada  
De aromático cedro , y bronce duro;  
Esta , qual fuerte muro,  
Impidiendo la entrada  
Á toda alma viviente,

Un augusto silencio allí conserva.  
 El Chisme , que lo observa,  
 Métese prestamente  
 Por los resquicios breves de sus juntas;  
 Que no hay espadas con agudas puntas;  
 Ni cañon , ni muralla , ni ancho foso,  
 Que detengan al Chisme venenoso.  
 Penetra los salones interiores,  
 Donde admira riquezas , y primores;  
 Griegas estatuas ; láminas , pinturas  
 De los mas celebrados profesores;  
 Flamencas colgaduras;  
 Alfombras turcas ; cómodos asientos,  
 Con plumas mexicanas rellenos;  
 Espejos en la Granja trabajados;  
 Y otros muchos portentosos;  
 Sigue con pasos lentos  
 Hasta hallar una alcoba retirada,  
 Del ayre , el Sol , y el ruido resguardada;  
 En medio se levanta un rico lecho,  
 Sin duda de algun hombre de provecho,  
 Mullido , terso , holgado,  
 De pomposas cortinas rodëado.  
 Aquí , aquí , dice el Chisme , está el Desvelo.  
 Vá á pisar el umbral , y dá en el suelo.  
 ¿ Quien se interpone aquí ? ¿ Quien atrevide

Me impide el paso? Exclama enfurecido.  
 La Indolencia, la puerta atravesando,  
 Yacía allí roncando;  
 Y con el fatal tropiezo  
 Sacude el sueño blando  
 Con un perezosísimo bostezo;  
 Entreabriendo sus ojos adormidos,  
 Al Chisme presta oídos;  
 É, informada del fin de su venida,  
 Le dice así con voz desfallecida:  
 ;Tambien tú, alucinado  
 Por las acaloradas descripciones  
 De los poetas pobres, has juzgado  
 Que en soberbios salones,  
 Entre el rico artesón, y el estucado  
 Habitan el Desvelo, y el Cuidado?  
 ;Que error! ;Que desatino!  
 Solo yo reyno aquí. Mi dulce trono  
 Está aquí de continuo.  
 Aquí vivo, aquí mando, aquí doy tono;  
 Y nada se hace aquí sin mi anuencia:  
 Esta es la casa en fin de la Indolencia.  
 ;Que le importa al Señor que, sumergido  
 En la triste indigencia,  
 Carezca de sustento el desvalido;  
 Si mantiene una mesa, en que á millares

Se sirven los manjares, que el egoísta no  
 Por el arte variados, hace que goce de  
 Y con nombres extraños bautizados?  
 ¿Ni que la sed ardiente Y agitado  
 Al jornalero laqueje, y atormente,  
 Sí, ageno de pesares, y sudores,  
 Le envían sus viñedos liberales:  
 Mil fragrantés licôres, en casa de un mortal  
 Que apagan sus ardores que con ardientes  
 En medio de las cenas bacanales?  
 Su casa, sus alhajas, su vestido,  
 Su mueblage fastoso, te haga ver el momento  
 Su coche primoroso, que solo le consuela  
 En Londres còonstruido,  
 Al estilo de China charolado,  
 Y de recios frisiones arrastrado;  
 Sus banquetes, su luxor, sus placeres,  
 Dando envidia á los hombres,  
 Y exitando el desêo á las mugeres,  
 Es solo lo que llena sus idêas.  
 No le deleytan los gloriosos nombres,  
 Que se adquieren en bárbaras pelêas;  
 Ni al mundo todo estima en una paja,  
 Ni nada le desvela;  
 Por el ageno bien jamas anhela;  
 Ni aun para si trabaja:

Que el egoismo fino, de que abunda,  
 Hace que goce de una paz profunda:  
 Así no vengas con falaz estilo,  
 Y susurro insinuante malicioso;  
 Ahora á perturbar el dulce asilo  
 Del eternal reposo.  
 Busca, busca al Desvelo  
 En casa de un mortal meditabundo,  
 Que con ardiente zelo  
 Trabaje en hacer bien á todo el mundo;  
 Cuyo color caído, y macilento  
 Te haga ver al momento  
 Que solo le consuela  
 La dicha de los otros; y así pasa  
 El dia con afan, la noche en vela.  
 Y al instante te marcha de esta casa:  
 Pues este es un hablar demasiado,  
 En contra de lo usado  
 Por mí, y por mis secuaces indolentes.  
 Quedósele la voz entre los dientes,  
 É, inclinando de pronto la cabeza,  
 Suspira, se espereza,  
 Se recuesta, se duerme, y dá un ronquido.  
 Desengañado el Chisme, y aturdido  
 Sálese del palacio suntuoso;  
 Y busca presuroso

Al Desvelo en estancia menos rica:  
 Corre las calles , y el oído aplica;  
 Mas todo se halla en sueño sepultado.  
 Y quando ya cansado  
 Desesperando vá de tal empresa,  
 Al encuentro le sale á toda priesa  
 El ansiado Desvelo;  
 El gusto , y pasmo lo volvió de yelo.  
 Lleva el Dios la cabeza , coronada  
 De cien brillantes ojos veladores,  
 Que adormecer no puede jamas nada;  
 Antes bien con sus puros resplandores  
 Deshacè la pereza ; y , dispada  
 En átomos sutiles , y vapores,  
 Pone la imaginacion en movimiento;  
 Sin dexarla parar solo un momento,  
 ¿Qué me quieres? Le dice , aquí me tienes.  
 El Chisme entonces : Uno de los bienes  
 Mas grandes que jamas he desèado.  
 Vëo marchar con paso acelerado  
 Tres guerreros robustos  
 En contra de placeres , y de gustos.  
 No vomitó el Averno tenebroso  
 Nunca monstruos mayores.  
 Son nada los horrores,  
 Que sufrieron con pecho valeroso,

Y admirable constancia  
 Troya, Astapa, Sagunto,  
 Y la inmortal Numancia,  
 Con aquellos que ahora yo barrunto.  
 ¡Con qué extraña algazara,  
 Con qué alegría marchan, y alborozo!  
 Cada qual se prepara  
 A que exceda á los otros su destrozo.  
 ¡Oh pérfidos Sinones,  
 De noche executais vuestras trayciones!  
 Una pobre inocente está durmiendo,  
 Bien agena por cierto del tremendo  
 Esquadrón que á su casa se encamina;  
 Y en tanto, meditando su rüina;  
 Previénense asechanzas,  
 Largas escalas, hierros belicosos,  
 Asaltos, robos, bárbaras venganzas,  
 Y un sin fin de pesares horrorosos.  
 Llenaráse la triste de quebranto.  
 ¡Qué rabias, qué chillidos, y qué llanto!  
 Apurrará sus frases mugeriles;  
 Y las angustias contaránse á miles.  
 Yo acabo de escucharlo,  
 Acabo de mirar la hueste altiva.  
 No tienes que dudarlo.  
 Si no lo estorvas tú con mano activa,

Esta noche será por desastrada,  
 En los fastos del mundo señalada.  
 Escuchaba el Desvelo embebecido,  
 Sin menear los ojos aunque ciento,  
 Ni apartar el oído  
 Al empezado cuento;  
 Y, viendo no acababa,  
 Con voz le dixo amenazante, y braba:  
 Ó acabas, ó despierto  
 De su largo letargo á los mortales,  
 Para que lleguen á saber de cierto  
 Que eres el mas horrible de los males.  
 El Chisme al escuchar esta senténcia  
 Á temblar empezó con la violencia,  
 Con que suele agitarse el desdichado,  
 Que en las minas de azogue ha trabajado.  
 Y así el tema signió con voz sumisa:  
 Tu persona, oh Desvelo, me es precisa  
 Porque robar intentan unas rosas,  
 Que nunca las he visto mas hermosas.  
 Despierta á la ofendida;  
 Y la trama será desvanecida.  
 El Desvelo mas blando, y mesurado  
 Conviene de contado;  
 Y, transformados ambos en mosquitos,  
 Vuelan en busca del dorado lecho,

En que Tirsa descansa dulcemente,  
 El Silencio con pasos muy queditos  
 Se acerca, y oye el hecho  
 Por estos turbadores meditado;  
 Se agita extrañamente;  
 Porque teme que al grito destemplado  
 De Tirsa será al punto desterrado,  
 Ocupando su trono  
 El confuso Rumor con alto tono,  
 Y vuelto acia la Noche,  
 Que entre nubes guiaba el tardo coche,  
 ; Y permites, le dice, que al Desvelo,  
 Tu enemigo mayor, mueva una guerra,  
 Que cause espanto al suelo,  
 Y cubra de cadáveres la tierra?  
 Acude, acorre, aguija  
 Tus caballos valientes; que al azote  
 Del látigo sonante los aflija,  
 No los llesves al trote,  
 Sino al escape con doblada rienda,  
 Como esquadrones que entran en contienda.  
 Esto dixo el Silencio resentido;  
 Y solo de la Noche tenebrosa  
 Fué su lamento óido,  
 Qual Hijo de su Madre cariñosa,  
 Detubo el fuerte carro; y, contemplando

Desde su regio asiento  
 El fiero encono de uno, y otro bando,  
 Revolvió el agitado pensamiento.  
 Y temió con razon que, interrumpido  
 Su tranquilo sosiego,  
 Se renovase el ardimiento griego  
 Quando el sagrado Ilión fué destruído.  
 Por una parte mira á los guerreros,  
 Que caminan ligeros  
 Á la empresa feroz, cuya osadía  
 Causará espanto al venidero día.  
 Contempla á Nuño, y Pardo, que animosos  
 Sostienen en sus hombros poderosos,  
 Sin la menor señal de sobresalto,  
 La escalera fatal para el asalto;  
 Y que Mendo su xefe como experto  
 Los conduce con orden, y concierto:  
 Pavor la hueste infunde, y con su peso  
 Treme la tierra, gime el ayre espeso;  
 Pues en sus rostros, gestos, y ademanes  
 Brilla el fuego interior, que los anima  
 Por llegar á la cima,  
 Donde arriban tan pocos capitanes.  
 Por otra parte vé como el Desvelo  
 Con resonante vuelo  
 Vá á causar una alarma estrepitosa.

Tírsea en su lecho con quietud reposa;  
 Pues juzgando de todos ser amada,  
 Sin sustos se inclinó sobre la almohada;  
 Un sueño delicioso, un sueño blando  
 Está sus finos miembros regalando:  
 Contempla su placer, siente su pena;  
 Y aunque un pesar terrible se le ordena,  
 Lo juzga por menor que despertarla;  
 No solo por privarla  
 De la dicha que goza dulcemente;  
 Sino por el furor, y rabia ardiente  
 De que será animada.  
 En viendo su ventana profanada;  
 Y porque, siendo al punto descubiertos  
 Los fieros campeones,  
 Habrá quien quiera enderezar entuertos,  
 Y, desnudos, saliendo á los balcones,  
 Con broncos ecos, y ademán horrible  
 Los llenará de injurias, y baldones.  
 Es la Noche bondosa, y apacible,  
 Amiga del sosiego,  
 Sumamente callada,  
 Ella del amator oculta el fuego,  
 Y por ella jamas se sabe nada;  
 Sobre todo al honor guarda en extremo,  
 Como el don mas supremo

Del hombre; y no permite  
 Que ninguno á ninguno se lo quite:  
 Y así todos en ella se confían.  
 Su mente revolvían  
 Estas tan delicadas reflexiones;  
 Mas al fin determina  
 Favorecer los fieros campëones.  
 Dexa el carro de plomo á sus bridones,  
 Mas negros que la endrina,  
 Encarga lo dirijan por el Cielo;  
 Y, extendiendo sus alas horrorosas,  
 Con firme, y presto vuelo  
 En busca se encamina  
 De la mas altanera de las Diosas.  
 Encuentrala metida  
 En el cerebro reducido, y vano  
 De Quica su querida:  
 Allí trabaja con ardor insano  
 En formar un precioso microscopio  
 De un viento muy sutil, y el amor propio,  
 Que en su concavidad hay esparcido:  
 Este, luego que sãa constrüido,  
 Servirá á las bellezas,  
 Que quieran contemplarse;  
 Para que anarcisadas sus cabezas  
 Á fuerza de mirarse,

Se envanezcan de modo,  
 Que llenen de fastidio el mundo todo.  
 Interrumpió la Noche su cuidado;  
 Contóle de su gente  
 El peligro inminente;  
 Y ambas partes con vuelo apresurado  
 Á la casa de Tirsa su contraria,  
 Tëatro de la guerra sanguinaria.  
 Ya cerca se escuchaban los mosquitos;  
 Y el eco de sus trompas resonantes  
 Crecía por instantes,  
 Produciendoles sustos infinitos;  
 Ya entre las densas sombras divisaban  
 Las armadas cabezas, y las zancas,  
 Á trechos negras, y á pedazos blancas;  
 Y de su proxïmidad casi temblaban:  
 Quando la Presumcion los esquadrones  
 Convoca de fantásticas visiones;  
 Y que cerquen la casa al punto ordena.  
 No de otro modo un General refrena  
 Á la activa veloz caballería,  
 Quando se echa con ánimo impetuoso;  
 Rëune presuroso  
 Sus huestes; las encubre  
 Con la mas valerosa infantería;  
 La fiera artillería

Los ángulos , y puntos flacos cubre;  
 Y quando le acomete  
 El ardiente ginete,  
 Halla un muro erizado  
 De picas , bayonetas, y cañones;  
 Por uno, y otro lado  
 Revuelve los bridones  
 Por si encuentra algun flaco descubierto.  
 Pero, viendo de cierto  
 Su empresa ya frustrada,  
 Á su campo corrida dá la vuelta  
 Con batiente talon , y rienda suelta.  
 Las visiones así cubren la entrada  
 De aquellos monstruos fieros,  
 Que volaban ligeros  
 En derredor la casa , no encontrando  
 Ni puerta , ni ventana , ni resquicio,  
 Por donde cometer el hecho infando;  
 Pues con maña sutil , con artificio  
 Todo estaba por ellas trastocado:  
 El esquadron alado,  
 Perdida la paciencia , y la esperanza,  
 Retírase enfadado;  
 Mas jura la venganza.  
 Por la primera vez á boca llena  
 La Presuncion rióse;

¿Y habrá; dixo, quien ose  
 Con pecho altivo, ni con faz serena  
 Á competir conmigo?  
 ¿Quien puede declararse mi enemigo  
 Sin que sêa al instante  
 Víctima de un desêo tan gigante?  
 Con estas reflexiones  
 Hinchábase, y crecía;  
 La amable Noche oía,  
 Sin dar respuesta alguna á sus razones.  
 Y así, hablando aquella sin concierto,  
 Y esta sin desplegar sus secos labios,  
 Huyeron los mosquitos como sabios,  
 Y llegaron los tres al dulce puerto:  
 Y, al ver ya comenzar la horrible guerra,  
 Paróse el ayre; se asombró la tierra,  
 El Cielo se quedó sin movimiento;  
 Y estuvo todo á la batalla atento.

## LA QUICAYDA.

## CANTO III.

Y lagamos alto, el fuerte Mendo dixo.

Y, llenos de placer, y regocijo,

De sus valientes hombros derribaron

La poderosa carga, que tomaron.

Largo espacio ocupaba

La tremenda escalera;

Á par de ella gozosos se sentaron;

Cada qual esperaba

Que hablase el Capitan; de esta manera

Habló á la hueste valerosa, y fiera:

Generosos amigos, compañeros

De todas mis empresas juveniles,

Que gusto me dá veros

Tan arrogantes como el mismo Aquiles!

Mas temo que desmaye el ardimiento

Por falta de calor, ó de sustento

No os engañe el espíritu inflamado.

Quien no frequenta el trato delicado

De Ceres, y de Baco no pelëa.

No me ocurre la idëa

De que no hayas cenado  
 Con el fuerte apetito acostumbrado.  
 Mas no basta: es preciso que apuremos  
 En honor del gran Baco belicoso,  
 Por el peligro enorme en que nos vemos,  
 El licor de Marsella generoso.  
 El discurso aprobó la compañía  
 Con general aplauso, y alegría:  
 Entonces Mendo saca del bolsillo  
 Uno, y otro frasquillo  
 De rosoli fragrante, y aceytoso;  
 Reparte vasos, y el licor destila  
 Gota á gota en su seno delicioso.  
 Al punto despavila  
 La trinca alegre frascos, y mas frascos  
 Que moros despachó, rompiendo cascos,  
 Diego Perez de Vargas  
 Con el ñudoso ramo de una encina,  
 Por cuya fuerte hazaña peregrina  
 Nombráronle Machuca en adelante.  
 Así allí perecieron al instante  
 De anís, canela, clavo, cinamomo,  
 De nuez, naranja, de limoní, y amomo.  
 Un sin fin de frasquillos Marselleses,  
 Ya aquellos campèones esforzados,  
 Con tal fuego inflamados,

Desprecian los reveses  
 De la falaz fortuna;  
 Ya sus ojos brillantes, y animosos  
 Demuestran que no temen cosa alguna;  
 Ya piden el combate; ya furiosos  
 Esgrimen cortadores instrumentos  
 En contra de las rosas, y macetas.  
 ; Tanto de gloria, y fama están sedientos!  
 Viendo Mendo sus tropas tan inquietas,  
 Dió la ansiada señal de acometida.  
 Al punto fué traída  
 La escala prodigiosa;  
 Arrímase á los muros; presurosa  
 La hueste se abalanza;  
 Todos quieren subir con la esperanza  
 De señalar su brazo en el asalto;  
 Pero Mendo les dice: Amigos, alto;  
 Tened mas sangre fría, mas paciencia;  
 No por falta de ardor los Generales  
 Sufrieron las derrotas mas fatales;  
 Por falta, sí, de juicio, y de prudencia.  
 No podets subir todos.  
 En las batallas por diversos modos  
 Se adquiere eterna gloria:  
 Lo mismo contribuye á la victoria  
 El que mantiene un puesto interesante,

Que el que peléa con furor violento.  
 Echemos suertes, que yo estoy contento  
 Con ser de vuestro honor participante,  
 Aunque la mía sea la tercera,  
 Y me toque teneros la escalera.  
 Dixo: y tomando con vigor del suelo  
 Una paja de avena, allí traída  
 Sin duda por el cielo;  
 Y, en partes desiguales dividida,  
 Presentóla á los dos; ellos sacaron  
 La suya cada qual con mano tarda:  
 Que teme, y tiembla quien su dicha aguarda.  
 Las pajas al momento examinaron:  
 Á Pardo le tocó la primer suerte;  
 Todos lo celebraron,  
 Pues era Pardo fuerte,  
 Su color á su nombre semejante,  
 Y con un corazon como el diamante.  
 Ni bayle de candil, ni broma alguna  
 De aquellas que aun no vé la opaca Luna,  
 Se forjaron jamás, sin su asistencia;  
 Á todas las honró con su presencia;  
 En ellas se le halló siempre el primero;  
 Y solo al retirarse fué el postrero.  
 La segunda de Mendo fué, y por poco  
 El inmenso placer lo vuelve loco;

Pues á pesar del juicio que mostraba,  
 Y prudencia, que tanto aconsejaba,  
 Mas que nadie era osado, y atrevido.  
 Solo Nuño quedó triste, abatido,  
 Baxa la vista, con rubor la cara,  
 Por serle la Fortuna tan avara.  
 Reconcentró el dolor dentro del pecho;  
 Tomó la escala; la apoyó en el muro;  
 Apartóla algun trecho,  
 Y púsola en seguro.  
 Y en tanto que en silencio la tenía,  
 El gran Pardo subía,  
 Y á muy corta distancia  
 El formidable Mendo le seguía,  
 Mostrando en los semblantes su arrogancia.  
 Los escalones últimos pisaban,  
 Y al balcon deseado no llegaban;  
 El arte colocóle á tal altura,  
 Que intentarlo alcanzar era locura.  
 En tanto aprieto Pardo vuelto al Cielo  
 Exclamó con dolor, y desconsuelo:  
 Oh Deydad, que inspiraste á la gran Quica  
 Este descomunal horrible intento,  
 Tu dulce oído aplica,  
 Escucha mi dolor, vé mi tormento;  
 É inspíranos un medio que bastante

Sëa para salir con la victoria,  
 Que con esfuerzo, y ánimo constante  
 Emprendimos llevados de la gloria.  
 Sino, Deydad, te juro...  
 La Presumcion oyó su triste quejá  
 Desde la cima de la postrer teja  
 De la casa de Tirsa, que allí estaba,  
 Que otro puesto mas alto no encontraba;  
 Movióla el corazon; y mas que todo  
 El fuerte juramento; pues temía  
 Que excediese en el modo  
 Al que hacer por la Estygia se solía.  
 Baxó por un momento, rodëóle;  
 Y el remedio inspiróle  
 Para la fiera angustia, que tenía.  
 Pardo al punto deslía  
 La gran faxa, que ciñe su cintura,  
 De aquellas que en Granada se trabajan;  
 Toma una punta Mendo, la asegura;  
 La otra al ayre la tiran, y la encaxan  
 Entre los hierros del balcon de suerte  
 Que pasa, y baxa sin pararse un punto:  
 Y Pardo que lo advierte  
 Siente animarse el corazon difunto,  
 La coge, la dá á Mendo;  
 Y le dice; En tus manos encomiendó

El principio de empresa tan osada.  
 Mendo , que nunca se aterró de nada,  
 Reúne los dos cabos ; con presteza  
 Por ellos se encarama ; como suele  
 El agil gurumete , quando empieza  
 Con fuertes golpes á cambiarse el viento,  
 Y al navío compele  
 Á un peligroso extraño movimiento,  
 Que iza las velas , los juanetes muda,  
 Tira , recoge , pliega , envuelve , añuda.  
 Pardo le sigue con igual soltura,  
 Y al momento se encuentran en la altura.  
 Entonces Pardo , el pedernal hiriendo  
 Con el fuerte eslabon , chispas saltaron,  
 El balcon á sus luces registraron,  
 Con presta vista sin causar estruendo.  
 Contemplan colocados en hilera  
 Tiestos de Talavera,  
 Blancos , y azules , sobre todo finos,  
 Muy semejantes á los vasos chinos,  
 Y que encima con gracia descollaban  
 Las prodigiosas rosas que buscaban.  
 Á su vista encendióse su ardimiento;  
 Y , sacando cuchillos cortadores,  
 Empiezan al momento  
 Á ejercer sus furores.

Como quando el valiente Don Quixote  
 Acometió al retablo enfurecido  
 Al mirar que á Gayferos mas que á trote  
 Perseguían los moros , con gran ruido  
 De añafles , dulzaynas , y tambores,  
 Mezclados de alaridos , y clamores.  
 Y soberbio , y colérico , y rabioso  
 En medio de la bárbara canalla  
 Arrojóse con ímpetu furioso,  
 Travandõ desde luego la batalla  
 Con la espada feroz , que parecia  
 Un rayo que del Cielo descendía:  
 Y á diestro , y á siniestro repartiendo  
 Golpes , reverses , tajos , cuchilladas,  
 Caían los contrarios con estruendo,  
 En diversas figuras mutiladas;  
 Quien sin pies , quien sin ojos , quien hendido,  
 Y quien en varios trozos dividido.  
 No de otro modo con feroz denuedo  
 Rompen los tallos de las frescas rosas;  
 No les causa pavor , no infunde miedo  
 Á sus terribles almas belicosas  
 Ni las hondas raíces poderosas,  
 Ni los pinchos agudos,  
 Que en torno las defienden , y rodëan;  
 Pues sus brazos membrudos

Tronzan , y arrancan , rajan , y peléan,  
 Yace aquí por el suelo destrozada  
 Una rosa en extremo delicada,  
 Con las pintadas hojas esparcidas,  
 Que el ayre agita con impulso leve;  
 Allí están en pedazos divididas,  
 Tanto que á lloro su desgracia mueve,  
 Mil reynas de las flores,  
 Ajados sus colores,  
 Perdida su fragancia,  
 Y humillada ya toda su arrogancia.  
 Mas allá cien capullos, separados  
 De sus vástagos tiernos todavía,  
 Y sin sazón cortados;  
 Ufano cada qual se prometía,  
 Desplegar con el tiempo su hermosura;  
 Y con pompa ostentando su frescura,  
 Sus matices variados , y exquisitos,  
 Conseguir dar envidias á infinitos  
 Por verse colocado en algun pecho  
 De Amor querido , y por las Gracias hecho:  
 Mas ¡ ay Dios ! que la mano destructora  
 De Pardo tan osados pensamientos  
 Desbarató en una hora;  
 Y , dispersos sus débiles fragmentos,  
 Solo causan ahora

Un profundo dolor , triste agonía.  
 Mas adelante roto se veía  
 Un poderoso arbusto,  
 Que él solo se creía  
 Resistir al ejército robusto;  
 Sus punzantes espinas oponía;  
 Ya los dos campeones desmayaban;  
 Ya la sangre caliente,  
 Que de sus fuertes dedos derramaban,  
 Empezaba á enfriar su ánimo ardiente;  
 Quando Mendo , los brazos levantados,  
 Estas palabras dirigió á los Cielos:  
 ; Este fin reservado á mis anhelos  
 Estaba por los hados?  
 ; Porqué me disteis ánimo atrevido,  
 Si por un enemigo tan pequeño  
 Debía ser vencido?  
 Dadme vigor ; sino rompéd el sueño  
 De Tirsa , haciendo vëa los despojos;  
 Que mas vale morir en este caso  
 Al relámpago activo de sus ojos,  
 Que no mirarme de vigor escaso,  
 Y salir con vergüenza de una empresa,  
 Que creí terminada bien apriesa.  
 Dixo: y sintióse el afligido pecho  
 Con un divino ardor fortalecido;

Arrójase al contrario; en lazo estrecho  
 Lo mantiene gran trecho  
 Por el vástago asido:  
 Mas de tanto tardar desesperado,  
 En alto levantando la maceta,  
 Á la calle la tira sin cuidado.  
 ;Pobre Nuño! Si un poco se descuida  
 Esta es la postrer noche de su vida.  
 En tanto que esto pasa,  
 Andan en torno el Chisme, y el Desvelo  
 En busca de la casa:  
 Mas no pueden lograr su ardiente anhelo  
 Por el cerco que tiene de visiones;  
 Por lo qual los valientes campeones  
 Llevan á cabo la tremenda hazaña  
 Con una prontitud jamás oída.  
 Rebienta el Chisme de despecho, y saña,  
 Y el Desvelo ya mira por perdida  
 La empresa proyectada,  
 Pues no encuentran la alcoba desëada.  
 Mas ocúrrele al Chisme un pensamiento,  
 Que le da nuevo ardor, y nuevo aliento;  
 Dice, pues, al Desvelo:  
 No todo se ha perdido; aun quiere el Cielo  
 Que esta noche alcancemos la victoria:  
 La senda de la gloria

Es estrecha, y difícil de subirse;  
 No hay, amigo Desvelo, que afligirse.  
 ¿Conoces á Berardo,  
 Aquel joven gallardo  
 De ronca voz, y corazon devoto,  
 Que por un santo, y fervoroso voto  
 Tiene encargo, y gobierno  
 Del piadoso rosario de la Aurora,  
 Despertador eterno  
 De los que asisten en aquella hora?  
 Pues mira en ese el Iris, que nos muestra  
 El Cielo favorable  
 Para la empresa nuestra.  
 Mejor ninguno para el caso es dable.  
 Vamos luego á buscarle, que confio  
 Salga adelante el pensamiento mio.  
 Dixo: y batiendo las sonantes alas,  
 Él, y el Desvelo parten como balas;  
 Y despues de mil vueltas, y rodéos  
 Encuentran el alivio á sus deséos,  
 La casa de Berardo; allí reposa  
 En un lecho modesto  
 Al lado de su esposa,  
 No imaginando despertar tan presto.  
 Pero la hueste voladora, y brava  
 Una sangrienta lid horrenda trava

Contra el pobre dormido;  
 Y él, del fuerte aguijon viendose herido,  
 Sacude el tardo sueño  
 Con disgustado ceño;  
 Arrójase del lecho; y aturdido,  
 Creyendo que ya es tiempo del rosario,  
 Agarra la molesta  
 Campana; sale; y á moler se apresta  
 Á todo el soñoliento vecindario.  
 Su destemplada voz, su ronco acento,  
 De un continuo repique acompañados,  
 Alteran muchos pechos sosegados,  
 É interrumpen tal vez algun contento.  
 Y alguna alma *pacata*  
 De encogida doncella, ó de bēata  
 Al bronco son del áspero instrumento  
 Crēe ver mil visiones,  
 Como brajas, encantos, procesiones.  
 Pero Berardo activo, y fervoroso  
 Alza la voz, y con furor replica  
 Ni calle, ni calleja, arco, ni coso,  
 Ni puerta grande, ó chica  
 Hubo que sus endechas no escuchase.  
 El Desvelo quería que llegase  
 Á la casa de Tirsa, y descubriendo  
 El hurto de las rosas estupendo

Toda la vecindad se despertase;  
 Y así guía sus pasos ácia donde  
 La Presumcion se esconde.  
 Descuidados estaban los valientes;  
 Y ufanos del honor de la victoria  
 Cantaban ya la gloria;  
 Y á baxarse empezaban diligentes;  
 Quando la escasa luz de la linterna,  
 Que Berardo gobierna,  
 Hierre sus ojos, y su pecho agita;  
 Nuño del muro la escalera quita;  
 Colócala en el suelo  
 Tan pronto, que por poco precipita  
 Á Mendo de la suerte  
 Que el joven que encendió la tierra, y Cielo  
 Por querer gobernar con mano osada  
 La carroza inflamada,  
 Que trãe, y lleva el día.  
 Hubiéranle llorado  
 Mil muchachas graciosas;  
 Y en los futuros siglos se diría  
 Á Mendo Fãetonte de las rosas:  
 Mas no le tiene el hado  
 Un tan fatal renombre destinado.  
 En su pecho animoso  
 Tal vigor se conserva,

Que de todo peligro le reserva,  
Por terrible que sēa, y horroroso:  
Y así al faltarle el pié, no se desmaya,  
Pues de mil modos su vigor ensaya;  
Ya firme del balcon los hierros tiene,  
Y colgado en el ayre se sostiene,  
Qual suele descolgarse por su peso  
Entre las hojas el racimo espeso,  
Sin que el pezon delgado  
Sēa roto por él, ó quebrantado;  
Ya qual la verde yedra,  
Que en duro tronco, ó piedra  
Se afirma estrechamente,  
Con piernas, y con brazos el valiente  
Se ase, se agarra, se une, y se asegura.  
Pardo le imita, y esconder procura  
Su cuerpo cada qual del enemigo.  
Á ser iba Berardo ya testigo  
De aquel robo fatal; ya se acercaba;  
Y la horrenda campana retumbaba  
Con temeroso son en los oídos  
De los tres agachados, y escondidos.  
Y á pesar del valor, del gran denuedo,  
Que mostraban en todas ocasiones,  
Temblaban los varones,  
Empezando á saber lo que era miedo.

La noche, que lo vió, compadecida  
 Con una ala cubrió los campeones;  
 Y dióles nueva vida.  
 En tanto el gran Berardo,  
 Libre de susto, y con la faz serena,  
 Aguija el paso tardo;  
 Y con la hueca voz el barrio atruena;  
 Y por la misma casa  
 Casi rozando pasa,  
 Sin que él, el fino Chisme, ni el Desvelo  
 Descubran la escalera,  
 Que yace por el suelo;  
 Ni la victoria fiera  
 Contra las frescas rosas alcanzada;  
 Ni la temblante hueste agazapada.  
 Pasó el negro nublado,  
 Que tubo al esquadron tan aterrado:  
 Respira; baxa; coge los despojos  
 Con manos listas, con ansiosos ojos;  
 Y al verlos tan hermosos, tan opimos,  
 El gran Mendo exclamó: Por fin vencimos.

## LA QUICAYDA.

## CANTO IV.

**Y** a Febo en su carrera fatigado  
 Habíase parado,  
 En dos partes el día dividiendo;  
 Ya con extrañu estruendo  
 Las calles, y plazuelas resonaban  
 Con los coches entrantes, y vinientes,  
 Y con la bulla de infinitas gentes;  
 Y aun cerrados estaban  
 Los dorados balcones  
 De Tirsa, que entre morbidos colchones  
 Yacía en blando sueño sepultada.  
 Ya en la alcoba callada  
 Sus graciosos perrillos impacientes,  
 Ansiando las caricias de su mano,  
 Por tres veces en vano  
 Habían arrastrado con los dientes  
 Sus chinelas metiendo mucho ruido;  
 Ya habían sacudido  
 Tres veces los sonantes cascabeles,  
 Y revueito jugando los papeles,

Que en torno adornan el costoso estrado,  
 Alhajado de moda;  
 Y ya tres veces Cachafás de toda  
 La faldera caterva el mas amado,  
 Con sus pequeñas uñas delicadas  
 Había hecho rumor en las almohadas,  
 Gruñido con ardor, con impaciencia,  
 Desëoso de igual correspondencia;  
 Al fin se arroja en su precioso seno  
 De amor, de zelos, y despecho lleno;  
 Y la hace sin cesar dulces halagos:  
 Huyen con prontitud los sueños vagos;  
 Y Tirsa, ya despierta,  
 Ni á darle besos, ni á dexarlo acierta,  
 Pues se halla tan turbada  
 Que hasta su dulce Cachafás le enfada.  
 Grita, llama; y al eco doloroso  
 La soñolienta casa se desvela;  
 Con paso presuroso  
 Al lecho acude su lëal Marcela,  
 Marcela, que en servirla diligente,  
 Es criada, y amiga juntamente:  
 ¿Que teneis, ama mía?  
 La dice. ¿Quien perturba la alegría  
 De vuestra faz serena?  
 ¿Que susto, que rumor, que amarga pena

Os hace despertar tan de mañana?  
 Decid pues ; que os agita , qué os afana?  
 ¡Ay Marcela querida!  
 Responde con la voz interrumpida.  
 Compadece mi suerte , un sueño aciago  
 Me anuncia un gran dolor , un fiero estrago;  
 Escúchame , y verás si mi lamento  
 Carece de razon , y fundamento.  
 En medio de mi sueño ver creía  
 Un joven , que á mi lecho se venía,  
 Tan galan , tan gracioso,  
 Que á mi nunca otro igual se ha presentado:  
 Mas ¡ay que triste estaba , y lastimoso!  
 Tenía el blanco cuerpo traspasado  
 Con heridas atroces , el cabello  
 En su sangre empapado,  
 Robado el nacar de su rostro bello,  
 La lumbre de sus ojos apagada,  
 El paso incierto , la habla perturbada.  
 ;Que tienes , joven? Díxele piadosa:  
 ;Que pecho tan crüel , que mano odiosa  
 Afëo de ese modo  
 Una faz tan donosa?  
 Dímelo joven ; dímelo ya todo:  
 Pues no sé que secreto impulso siento,  
 Que á quererte me mueve ; me parece

Que mi pecho á tu vista desfallece;  
 Que es mío mas que tuyo tu tormento.  
 Con un largo suspiro sollozando,  
 Mi mano toma, bésala llorando;  
 ¡Ay; no extraño, replica, Tirsa amada,  
 Que asi me desconozcas, pues ayrada  
 Háme la suerte infiel desfigurado.  
 Yo soy Ornato, que otro tiempo al lado  
 De la soberbia Juno  
 Conseguí sus favores qual ninguno.  
 Siempre que al gran Tonante visitaba  
 Consigo me llevaba,  
 Conmigo mas hermosa parecía;  
 La vengadora diestra desarmaba  
 Conmigo; y quanto ansiosa pretendía  
 Solo con mi asistencia lo alcanzaba.  
 May ¡ay; que yo, olvidando sus favores  
 Á la Reyna serví de los amores  
 Para que fuese con rubor vencida.  
 ¿Te acuerdas que en el Ida  
 Juno, Venus, y Palas al Troyano  
 Pusieron en la mano  
 La dorada manzana,  
 Premio de la que fuese mas hermosa?  
 Entonces Venus, de sí misma ufana,  
 Persuadióme insidiosa

Que á Juno abandonara,  
 Y desnuda en la lid se presentára.  
 Hícelo así: la Hermana del Tonante  
 Al mirar ya perdida la victoria,  
 Con enojo, y despecho fué al instante  
 Al alcazar supremo de la gloria;  
 Hallóme acompañando  
 Á otras Diosas menores;  
 No pudo contenerse; arrebatando  
 El rayo á Jove: Prueba mis furoras,  
 Dixo, pues tu perfidia yo he probado.  
 Caí del alto Cielo despeñado,  
 En humo envuelto, sin vigor, sin vida:  
 Venus que oyó la mísera caída,  
 Dexando á Chipre, y al impíreo Cielo,  
 Buscóme por el mundo con anhelo;  
 Y encontróme en Lucania junto á Pesto.  
 ¿Mas cómo me encontró? Mi dulce gesto,  
 Que á la celeste corte enamoraba,  
 Negro, sangriento, destrozado estaba;  
 Esparcido el cabello, ensortijado;  
 No como quando con el Sol dorado  
 En ondas vaguëantes competía,  
 Sino como el que cría  
 El tostado africano de Guinéa.  
 Miróme atenta la sensible Dëa;

Y, llorando con lugubre lamento  
 La rabia vengativa  
 De la Saturnia altiva,  
 Mis heridas atroces al momento  
 Con sus perlas hermosas hinche, y baña:  
 Cobro así nuevo aliento,  
 Aunque con forma de mi ser extraña.  
 Mis pies tórnanse un vástago crecido,  
 De punzantes espinas guarnecido;  
 Mi roxa sangre flor qual rubí ardiente  
 Mi destrenzada crin follage ayroso;  
 Y como nube densa prestamente  
 Esparzo en torno el nectar oloroso,  
 Con que había mis hojas rociado:  
 Con ambiente tan dulce, y regalado  
 Partieronse contentos  
 Los retozones vientos,  
 Haciendo florecer el seco prado.  
 Venus, ufana del reciente hecho;  
 Colocóme en su pecho  
 Como primer adorno  
 De un tierno corazón enamorado,  
 Que á su querida ofrece igual retorno;  
 Entregóme también el principado  
 De todas quantas flores  
 Produce la fecunda Primavera;

Y con risa graciosa, y placentera  
 Mil ósculos me dieron los Amores.  
 Mas ¡ ay de mí ! la cólera del Cielo  
 No se halla satisfecha todavía,  
 Pues del Averno envía  
 Tropas, que me destruyan con anhelo.  
 Ya me vés otra vez ensangrentado,  
 Triste, abatido, mustio, destrozado.  
 Los Hados ¡ ay ! me ordenan que me aleje  
 De este mi antiguo sitio, y que te dexé.  
 Á Dios, querida Tirsa; á Dios: mi llanto  
 Te muestre á donde llega mi quebranto:  
 Á Dios..... Y suspendido de mi cuello,  
 Revuelto con el suyo mi cabello,  
 En sus amantes brazos me enlazaba,  
 Y mi rostro con lágrimas bañaba.  
 Yo con él juntamente me afligía;  
 Y quando me creía  
 Estar con él llorando, y abrazada,  
 Me desperté aturdida, y congojosa;  
 Y al punto como sombra vagorosa  
 Esta amable ilusion fué disipada.  
 Calla; y sus ojos dicen lo restante,  
 Pues en llanto abundante  
 Rompieron, inundando el rostro hermoso.  
 Marcela se enternece, y con gracioso

Semblante su temor quitar procura.  
 ¿Dar fé á sueños? La dice: ¡Que locura!  
 Pues son efectos de un vapor que sube  
 Como á los Cielos la cargada nube;  
 Y, agitada del viento,  
 Hombres, caballos, águilas figura;  
 Los deshace al momento;  
 Otros de nuevo forma;  
 Y nunca en su ser fixo se conforma.  
 Que era la tal Marcela muy sabida,  
 En casa de un Canónigo nacida;  
 Y despues educada  
 En la de un Abogado de Granada.  
 Con disgusto la escucha la afligida,  
 Que toda chanza á su dolor enfada.  
 Dexa la pluma ociosa;  
 Y en el suelo se pone presurosa,  
 Sin que reciba de Marcela ayuda.  
 Y asi medio desnuda,  
 Movida del recelo, que la afana,  
 Sus pasos encamina á la ventana.  
 Oh Musa, que inspiraste  
 Al cantor esmirnëo  
 La ira crüel del Hijo de Pelëo,  
 Que estuvo para dar con todo al traste  
 Por la imprudencia del divino Atrëo,

Ayuda á mi desêo;  
 Y á mi cansada voz aliento presta  
 Para cantar la cólera funesta,  
 Que agitó el consternado  
 Altivo corazon de Tirsa, viendo  
 Con ludibrio, y escándalo estupendo  
 Su vistoso balcón desmantelado,  
 Y en el suelo desechos sus rosales.  
 No fueron nunca tales  
 Los alaridos, ni mayor la pena  
 De Hecuba por su amada Polixena,  
 Y el niño Polidoro,  
 Á quienes inmolaron  
 Amor de Aquiles, y la sed del oro;  
 Como los que la pena demostraron  
 De Tirsa, al contemplar los tristes restos  
 De su pasada gloria,  
 Hechos añicos sus graciosos tiestos;  
 Y del contrario la feroz victoria.  
 Quedó pálida, atónita, pasmada;  
 Y, en brazos de Marcela desmayada,  
 Mostróse viva imagen de la muerte.  
 Pero su pena fuerte  
 Prestándola vigor, y movimiento,  
 Mil desatinos hace en un momento;  
 Sus manos tuerce; del semblante blando

Aja las rosas con rabioso anhelo;  
 Y, las rubias madejas arrancando,  
 De oro entapiza el suelo:  
 Ya tiembla; ya se alienta; ya furiosa;  
 No halla en la sala cosa  
 Ni limpia, ni con orden colocada;  
 Ya riñe con furor á la criada;  
 Ya un profundo silencio se apodera  
 De su afligido tétrico semblante;  
 Y ya con flaca voz titubēante  
 Explica su dolor de esta manera:  
 ¿ Lo vés, Marcela? ¿ Vés como no ha sido  
 Por un vapor mi sueño producido,  
 Sino aviso del Cielo?  
 ¿ Vés ya cierta mi pena, y desconuelo?  
 ¿ Qual; ¡ ay! será la mano robadora,  
 Que vino así á deshora  
 Á turbar mis contentos?  
 ¡ Ay, que no estamos ni en el lecho exētos  
 De insultos, de venganzas, de trayciones!  
 ¡ Que no hubiera sentido á los ladrones  
 De mis amadas rosas!  
 ¡ Que no tubiera fuerzas poderosas  
 Para dar fin á vidas  
 Tan fieras, y homicidas!  
 ¿ Yo sin mis rosas? ¿ Sin mi dulce Ornato?

¿Yo sin aquel encanto delicioso,  
 Que á todos fué tan grato;  
 Y me daba un lugar tan ventajoso  
 Sobre mi sexô debil, y envidioso?  
 Los que así me han robado  
 Habránlas presentado  
 Á quien, con pompa, y arrogancia vana;  
 Mostrandose con ellas mas galana,  
 Venceráme sin duda. ¡ Oh pensamiento  
 Que horrible es tu tormento!  
 ¿Vencida yo? ¿Yo de otra avasallada?  
 Mas vale en un Convento  
 Morir desconocida, y encerrada.  
 Á Dios blondas, encaxes, gasas, telas;  
 Á Dios joyas preciosas, y brillantes:  
 Pues se arman contra mi tantas cautelas,  
 Para aquietar mi mal no sois bastantes:  
 Á Dios..... Mas ¡ ay! en tanto mi contraria  
 Gozará con descanso la victoria;  
 Y del mundo bôrrada mi memoria  
 En vano lloraré mi suerte varia.  
 ¿Mas que puedo yo hacer? ¿ Á donde triste  
 Acudiré llorando?  
 ¿ Quien oirá la pena que me asiste?  
 ¿ Quien á mi angustia mostraráse blando?  
 ¿ Á donde encontraré lo que desêo?

¡ Ay Marcela ! Si pronto no lo vëo.  
 Es mi dolor tan fuerte,  
 Que al instante será mi triste muerte.  
 Calla ; gime ; y cerrando la vidriera  
 Con ímpetu violento,  
 De sus miembros el pasmo se apodera ;  
 Y con gran sobrealiento  
 En un sofá mullido toma asiento.  
 ¡ Oh desgraciada joven ! ¡ Oh infelice !  
 Con extraño estupor Marcela dice.  
 No merece tal trato tu persona.  
 Mas , Señora..... Ninguno se corona  
 De lauro hasta acabada la batalla ;  
 El héroe no se rinde , ni avasalla  
 Si hay esperanza alguna ;  
 Que es inconstante , y vária la Fortuna.  
 No temais ; que si acaso á saber llego  
 Los fieros robadores,  
 Que han talado el balcon á sangre y fuego,  
 Les juro.... Pero vale á los dolores  
 Dar vado lo primero ;  
 Que despues vengaréme como quiero.  
 Venid conmigo , que antes de una hora  
 Estareis ya , Señora,  
 Del todo sosegada.  
 La hermosa Tirsa , sin chistar á nada,

Con un velo cubriendo su cabeza,  
 Á su socia obedece con presteza.  
 Por dos hileras de árboles frondosos,  
 En donde los graciosos  
 Paxarillos su música entonaban,  
 Las dos jóvenes bellas caminaban.  
 Una casa á su vista al fin se ofrece,  
 Qual la suelen pintar en sus consejas  
 Cerca del fuego las parteras viejas  
 Cuando la noche con el frío crece;  
 Humilde, pobre, estrecha, y aséada,  
 De un estendido bosque rodéada;  
 El fúnebre ciprés, la erguida palma  
 El adusto silencio, y una calma  
 Pavorosa que en torno difundía,  
 Todo, todo oprimía  
 El corazón de Tirsa, y ya resuelta  
 Estaba en dar la vuelta:  
 Pero Marcela su temor disipa;  
 Y con osado paso  
 Á la afligida Tirsa se anticipa;  
 Llega á la puerta; toca,  
 Pica, repica, grita; no hacen caso  
 De los esfuerzos de su mano, y boca:  
 Se enfada; y arrempuja,  
 Ó fuese auxilio de benigna bruja,

Que allí contigua estaba,  
 Ó fuerza mugeril, pues la hay tan brava;  
 Lo cierto es que el postigo de repente  
 Se abrió, y la casa se mostró patente.  
 ¡Que emblemas, que figuras espantosas!  
 ¡Que de espectros miraron, que de cosas!  
 Discurrían los largos corredores,  
 Y llenas de temblores  
 Estaban al oír que solo el eco  
 De su voz resonaba  
 En aquel sitio solitario, y hueco;  
 La una temía, la otra recelaba;  
 Y ya no osaban penetrar adentro,  
 Cuando con tardo pié, y ayre afectado  
 Sálelas al encuentro  
 La admirable Lëncia, que ha logrado  
 Por su grande virtud la digna suerte  
 De ver su apotëosis  
 Aun ántes de la muerte.  
 Sus tocas reverendas, que tapando  
 El rostro confundían sus facciones,  
 El color macilento, sus acciones,  
 El triste suspirar de quando en quando,  
 Sus ojos enclavados en el suelo,  
 Y el tono de su voz de llanto, y duelo  
 Á Tirsa la teñían trastornada:

Mas ella entre medrosa, y animada

¿Que hado feliz, exclama, que fortuna

Se me entra por las puertas de mi casa?

¿Que una Señora de tan noble cuna

Busque una humilde de favor escasa?

¿Quando lo grande fué tras lo pequeño?

¿Es verdad lo que miro? ¿Acaso sueño?

Dixo Lëoncia; y la sagaz Marcela,

Todas las cosas la virtud nivela,

Responde con sereno continente.

El sabio mas humilde, y abatido

Merece levantar su ilustre frente

Á par del que contento ha recibido

Una suerte feliz quando nació.

Así, Lëoncia, la Señora mía

Tu ciencia estima; tu virtud adora;

Y tu benigna proteccion implora.

No virgen encogida, y retirada,

Al oír su tratado casamiento,

Mas suspensa quedó, mas perturbada,

Revolviendo en su mente cosas ciento;

Y matizando su semblante hermoso

Con un carmin süave, y vergonzoso:

Que Lëoncia escuchando su alabanza.

¿Que puede hacer, replica, ni que alcanza

Un reptil como yo tan despreciable?

Solo la ciencia es dable  
 Al que, á grandes estudios entregado,  
 Su vida entre los libros ha gastado;  
 La virtud no es comun; apenas uno  
 Este nombre merece  
 De quantos con el rostro triste, ayuno,  
 La vil hipocresia nos ofrece.  
 Yo menos sabia, menos virtuosa  
 Que quantos viven sobre la haz del mundo,  
 Me arredro, me acobardo, me confundo  
 De que penseis tal cosa.  
 Tirsa, que estaba oyendo sus razones  
 Suspensa, y admirada,  
 Al contemplar virtud tan acendrada,  
 Estubo por dexar sus pretensiones:  
 Mas tal era el desêo de la rosa,  
 Que al fin dixo con lengua fervorosa:  
 ¡ Ay Madre ! La humildad, que en vos advierto,  
 Mas que todo me anima  
 Para que mi dolor intenso exprima  
 Ante quien me parece ya de cierto  
 Será para mi pena dulce puerto.  
 En tanto recibid, Léoncia mía  
 Mis cortas oblaciones.  
 ( Y Léoncia con mano humilde, y pía  
 Recogió los doblones )

Y decid ; quien robóme mi alegría?  
 ; Quien rompió mis macetas delicadas?  
 Por quien mis rosas fueron destrozadas?  
 ; Y quien conserva osado los despojos?  
 Patente haciendo todo ante mis ojos.  
 La sábia atenta oyó sus tristes quejas;  
 Frunció los labios ; enarcó las cejas;  
 Volvió la vista con desden al cielo;  
 Rodéola espantosa por el suelo:  
 Y qual en otro tiempo , arrebatada  
 La délfica sibila de entusiasmo,  
 Causaba á todos pasmuso  
 Con su faz encendida , y demudada;  
 Erizado el cabello,  
 Los ojos con furor , hinchado el cuello,  
 Y su tremenda voz como torrente  
 Que entre las rocas resonando baxa:  
 Así Léoncia con ardor trabaja,  
 Y este oraculo dice finalmente:  
 «La que tenga la rosa  
 «La palma llevará de mas hermosa:  
 «Guerras , horribles guerras vëo en tanto;  
 «Y el sexô femenil sumido en llanto.»  
 Calla , la mira , y con sangrienta boca  
 Á rabia , y fiero encono la provoca;  
 Y al punto de su vista desaparece.

Así, como acontece  
 Llenarse el ayre vano  
 De luz en una noche de verano  
 Por una exâlacion, que corre presta  
 Ácia la parte opuesta;  
 Y el que está descuidado  
 Al nuevo resplandor queda asombrado.  
 Huye Lëoncia con activo vuelo,  
 Causando asombro, dando desconsuelo:  
 Conoce entônces Tirsa á la venganza,  
 Que en trage humilde se mostró vestida;  
 Teme su furia, teme su pujanza;  
 Y así se postra triste, y abatida.  
 Oh Diosa, dice, si mi ruego alcanza  
 Ser de tí en este lance socorrida;  
 Véngame del ultrage, que me han hecho;  
 Las rosas vuelve á mi desierto pecho.  
 Tu altar soberbio del humor sabëo  
 Se verá de continuo rociado;  
 Quanto existe en el mundo á tu desëo  
 Será con prontitud sacrificado;  
 Con tal de conseguir este trofëo,  
 Te ofrezco, oh Diosa, mi perrillo amado,  
 Mi Cachafás, que tanto me complace,  
 En tus manos pondré si es que te place.  
 Leoncia, no Leoncia ya, que había

Descubierta su faz, y ser divino,  
 Por el azul etéreo se subía;  
 Y ya llegaba al Cielo cristalino;  
 Mirando el sobresalto que tenía,  
 Llenó su pecho de vigor ferino,  
 De modo que quanto ella pronunciaba  
 Una fiera venganza respiraba.

LA QUICAYDA.

CANTO V.

**E**n tanto sacudiendo el torpe sueño  
 Ligero se levanta el valeroso  
 Ardiente Capitan , Mendo famoso;  
 Y con adusto ceño  
 Interrumpe á los suyos el reposo.  
 ¿Hasta quando , les dice , entorpecidos  
 Habeis de prestar gusto á los sentidos?  
 El descanso , el sosiego , los colchones  
 Desdicen de los ínclitos varones.  
 El campo de batalla sanguinoso,  
 Las duras armas , el cañon tremendo,  
 El clarin penetrante , el sonoro  
 Parche , la sangre , el fiero estruendo  
 Convienen solo al corazon valiente;  
 Y no dormir süave , y dulcemente .  
 ¿Despues de conseguir una victoria  
 De inmarcesible gloria;  
 Y que el Tiempo fugáz , ni el tardo Olvido  
 Arrancarán jamás de la memoria;  
 Mi ejército dormido

Vëo , de sus trofëos olvidado?  
 ¡ Que rabia ! ¡ Que desdoro!  
 ¿ Quien hubiera pensado  
 En vosotros hallar tal apatía?  
 ¿ Quien que explicára con amargo lloro  
 Lo que nunca en vosotros me creía?  
 Levantad esos cuerpos soñolientos;  
 Sacudid la pereza;  
 Recoged , pues , los bélicos fragmentos;  
 Y llevadlos á Quica con presteza.  
 Ella os espera con ardiente anhelo;  
 Y , al mirarse vengada tan aprisa,  
 Dará con dulce , y agraciada risa  
 Á vosotros placer , á ella consuelo.  
 Como suele una tropa fatigada  
 De un combate tenaz quedar rendida;  
 Y en un profundo sueño sepultada,  
 Reparar en la noche tenebrosa  
 Sus estenuadas fuerzas : mas oída  
 La música horrorosa  
 De la presta alarmante Generala,  
 Sacudir el letargo ; y al instanté  
 Oponer al azero , y á la bala  
 Desnudo el pecho con jovial semblante;  
 No de otro modo Pardo , y Nuño olvidan  
 La pluma perezosa;

Y á otros nuevos asaltos se convidan  
 Con pecho fuerte , y alma fervorosa.  
 Y mientras en pañuelos delicados,  
 Por manos primórosas festonados,  
 Colocan los despojos de la guerra;  
 Y el Capitan encierra  
 Baxo el manto un rosal fresco , y entero,  
 Único en la batalla prisionero,  
 El mismo que arrojado  
 Por Mendo con esfuerzo arrebatado,  
 Hace á Nuño por poco un mal servicio;  
 Con rostro afable , y ademan propicio  
 Prosigue su discurso de este modo:  
 Ya el trabajo mayor está vencido,  
 Ó por mejor decir ya se halla todo  
 Con valor concluído:  
 Solo falta sacarlo del olvido.  
 ¿ De que sirven acciones señaladas  
 Si quedan en silencio sepultadas?  
 El desèo de fama  
 Es lo que al corazon valiente inflama.  
 A Quica la primera  
 De los despojos demos  
 Los mas aventajados , los que quiera:  
 Mas tambien con las rosas adornemos  
 Los pechos generosos

De nuestras dulcinëas.  
 Al verlos con adornos tan graciosos,  
 Y al ver desbaratadas las idëas  
 De Tirsa, que ser única quería,  
 En semejante ornato,  
 Á todo el sexô le será muy grato  
 Nuestra gallarda accion, y bizzarría;  
 Creciendo nuestro nombre  
 Tanto que al mundo, y al impíreo asombre.  
 Calla, y prosiguen; el palacio encuentran;  
 Y en los salones presurosos entran.  
 La generosa Quica, que apercibe  
 La vencedora hueste, la recibe  
 Con tal demostracion, tal alborozo,  
 Que por poco en sus brazos los estrecha;  
 Contempla llena de indécible gozo  
 Desbaratado su enemigo encanto;  
 Y de puro contenta, y satisfecha  
 Sus ojos se expresaron con un llanto  
 Tan dulce, tan precioso  
 Como el que vierte la rosada Auróra.  
 ¡Oh dia para mí muy venturoso!  
 ¡Oh noche singular! ¡oh feliz hora!  
 Exclama Quica en tono de alegría:  
 Ya me vëo de Tirsa vencedora;  
 Ya se ha logrado la ventura mía.

Y vosotros valientes campönes,  
 Cuyas grandes acciones  
 Enmudecen los ecos resonantes  
 Con que la Fama alaba  
 Los griegos, y romanos arrogantes,  
 (Solo mejores porque fueron antes)  
 Mi corazon no acaba  
 Como es obligacion de agradeceros  
 Semejante fineza:  
 ¿ En que puede una dama complaceros?  
 Pedid, pedid, vereis con que presteza  
 Os sirvo agradecida;  
 Y os doy, si es menester, la misma vida.  
 Mendo entonces declara el pensamiento,  
 Y Quica se turbó por un momento;  
 Como tan orgullosa ella quisiera  
 Ser única entre todas, no primera:  
 Mas tuvo que ceder, porque temía  
 Á una hueste triunfante, que podía  
 Si al partido contrario se pasaba,  
 Quitarla la victoria,  
 Que á su favor estaba.  
 ¡ Lo que puede el desëo de la gloria!  
 Entonces, desatando  
 Los hinchados pañuelos, descubrieron  
 El bello contrabando;

Y en tierra lo extendieron  
 Con un cierto desorden en las flores,  
 Que daba mas réalce á sus colores.  
 Al punto repartieron los despojos  
 Del modo que se había decretado.  
 La grande Amira de lucientes ojos,  
 La agraciada Belisa  
 De ayroso cuerpo, y pecho levantado,  
 La delicada Anarda,  
 Amante de los juegos, y la risa,  
 La robusta blanquísima Berarda,  
 La muchacha Drusila bien hablada  
 De Marte, Apolo, y Venus estimada,  
 La alegre Silvia de dorada frente,  
 Ina de corazon dulce, y ardiente,  
 Sensible Filis, singular Nerina  
 En cuerpo, en canto, y en talento fina,  
 Y otras Deydades que mi labio calla,  
 Porque mi musa no halla  
 Voces para alabarlas qual quisiera,  
 Fueron nombradas por la hueste fiera  
 Para el repartimiento de las rosas:  
 Y dando las mas frescas, mas hermosas  
 Á Quica, las restantes regalaron.  
 ¡Quan contentos quedaron  
 Al contemplar las rosas ya robadas,

Á su gran protectora complacida,  
 Y la preciosa presa repartida  
 Entre sus dulcinëas adoradas!  
 ; Y que! Quica exclamó: ; Tan solo un día  
 Tendrá de duracion la gloria mía?  
 ; Como las rosas fragil he de verla  
 Nacer, y marchitarse en un momento?  
 Mas pesar me ocasiona ya el perderla,  
 Que quando la alcancé tuve contento.  
 No lo hë de permitir de modo alguno.  
 Ese rosal, librado  
 Del combate importuno,  
 Y de grasienta tierra rodëado,  
 Debe ser colocado  
 En una ancha maceta  
 De las que adornan el jardin vecino.  
 Ni mas ligero tiro de escopeta,  
 Ni mas veloz revuelto torbellino,  
 Ni mas vivo el humano pensamiento  
 Fueron jamás, que al nuevo, y raro intento  
 Los fuertes campëones obedientes.  
 Salieron diligentes  
 Por una dilatada galería,  
 El depósito Quica conducía  
 Con reverente pompa, y á sus lados  
 Marchaban Nuño, y Pardo mesurados;

Mendo detrás su paso encaminaba;  
 Y en sus robustos brazos sustentaba  
 Un instrumento de cabar pequeño.  
 Llegaron con risueño  
 Y apacible semblante;  
 Y al contemplar delante  
 La dichosa maceta, destinada  
 Para ser en su seno perpetuada  
 La agradable memoria  
 De tan completa singular victoria,  
 Hinchóse el ayre de algazara, y gozo;  
 Concedióse lugar al alborozo;  
 Los oprimidos pechos se explayaron;  
 Y en seguida callaron  
 Para escuchar á Quica atentamente,  
 Que así dixo con dulce continente:  
 Quando contemplo el éxito dichoso,  
 El secreto, y el modo prodigioso,  
 Con que tan alta empresa se ha acabado;  
 Créo que el mismo Cielo, penetrado  
 De mi gran sentimiento,  
 Quiere premiar mi afan, darme contento.  
 Las rosas están todas destrozadas,  
 Las damas con honor desagraciadas,  
 Mi contraria abatida,  
 Y su altiva arrogancia confundida;

Yo en extremo contenta , y satisfecha  
 Porque miro desecha  
 La causa principal de mi desvelo.  
 Ya véo con anhelo  
 Los hombres desertar de sus banderas;  
 Ya no estarán como antes deslumbrados  
 Con vanas apariencias lisongeras;  
 Ya no mas , engañados  
 Con graciosos adornos seductores,  
 Juzgarán por primores  
 Lo que era un artificio solamente;  
 Ya mirarán patente  
 Mi cándida hermosura;  
 Y verán que á la suya sobresale  
 Como el día esplendente  
 Sobre la noche obscura.  
 No habrá conquistador que á mi se iguale  
 En tener prisioneros.  
 ¡ Quantos , ay , y quan fieros!  
 ¡ Quantos ilustres ! ¡ Quantos poderosos!  
 Y todos en servirme presurosos.  
 Y vosotros guerreros  
 Fortísimos , valientes , y atrevidos,  
 ¡ Oh que gloria inmortal habeis ganado!  
 Por todos los nacidos  
 Será vuestro alto nombre respetado,

Sonando en los oídos  
Lo mismo que el de Alcides, ó Tesëo;  
Que si ellos libertaron  
La tierra, y mar de tanto monstruo feo;  
Vuestras heroicas manos arrancaron  
Unas flores mas fieras, y dañinas,  
Envidia, y comezon de damas finas.  
En tanto yo officiosa  
Cuidaré de esta linda, y fresca rosa.  
Apenas por las puertas del Oriente  
Muestre su luz el Sol resplandeciente  
En el risueño abrasador Verano,  
Será regada por mi activa mano;  
Quando en el medio esté de su carrera,  
Cubriréla con sombra placentera,  
Porque pudieran sus ardientes rayos  
Borrar su lustre, ocasionar desmayos,  
Y cuándo el frío Invierno contra el suelo  
Blancos copos arroje, ó duro yelo,  
Con cristales cubierta, y animada  
Con estufas calientes,  
Será de sus rigores preservada.  
Mis manos diligentes  
En todo tiempo cortarán las ramas,  
En que se vëan las ardientes llamas,  
Que animan su hermosura, ya apagarse,

Para que nunca llegue á marchitarse;  
 Y con cuidados nuevos  
 Trasplantaré constante sus renuevos:  
 Á fin de que, aumentando  
 Su progenie graciosa,  
 Se vaya con los siglos perpetuando.  
 Mi familia, eficaz, y cuidadosa  
 Repetirá con ansia mis anhelos.  
 Y quando quieran los eternos Cielos,  
 Despues de una feliz vejez tardía,  
 Llevar al hoyo la hermosura mía;  
 Este afan de la rosa, este cuidado  
 Quedará entre mis bienes vinculado.  
 Otro fuego de Vesta inestinguible  
 Será el rosal ( memoria duradera  
 De un corazon sensible,  
 Que hasta alcanzarlo tuvo pena fiera )  
 Aquel solo, que muestre ardiente zelo  
 En conservar las flores con desvelo,  
 Dueño será del rico patrimonio  
 Que en el día posëo.  
 Daré así al mundo eterno testimonio  
 De vuestra bizzarría, y mi desëo.  
 Sí, valientes guerreros, sí, yo crëo  
 Que dure vuestra fama merecida  
 Tanto como esta rosa tenga vida.

Dice : callan. ; Ay Dios! Nunca completa  
Fué la dicha del hombre;  
Ni quando gana nombre  
Al son de la trompeta;  
Ni quando duerme en regalado lecho;  
Siempre pesares hay contra su pecho.  
Pues en medio del triunfo se levanta  
Un revuelto uracan con fuerza tanta,  
Que , sacudiendo la agraciada rosa,  
Que en sus nevadas manos  
Llevaba la guerrera jactanciosa,  
Empieza á dar vayvenes inhumanos;  
De suerte que por poco cae en tierra  
El bello fruto de la horrenda guerra.  
Mas , del impulso fuerte meneadas  
Algunas tiernas hojas destrozadas,  
En el pecho de Quica se abrigaron;  
Y algunos duros pinchos se enredaron  
En el rico finísimo pañuelo,  
Que otras rosas encubre , y otro Cielo.  
Fué á quitárselos Quica; y al instante  
Sintióse mal herida  
Por uno penetrante;  
La sangre , de sus dedos despedida,  
Manchó á los campeones;  
Temblaron sus valientes corazones

Con semejante agüero,  
 Señal de estrago sanguinoso, y fiero.  
 Pero, no dando oídos  
 Á los tristes avisos repetidos  
 Del Cielo disgustado,  
 Con valor denodado  
 Una hermosa maceta rodëaron;  
 Nuño, y Pardo cabaron;  
 Sostubo el rosal Quica; y con su apoyo  
 El presto Mendo púsolo en el hoyo.  
 Los tres al punto, con ligeras manos  
 Elevándola ufanos,  
 La colocan con ayre respetuoso  
 Sobre un pilar grandioso  
 En medio de una doble encrucijada;  
 Para que siendo vista, y admirada  
 Desde qualquiera punto, aunque distante,  
 Quedarán al instante  
 Todos bien informados  
 Del valor de sus pechos esforzados.  
 Mas ellos al momento,  
 Ó advirtiendo tal vez en las señales,  
 Que veían fatales,  
 Ó de algun interior presentimiento  
 De súbito movidos,  
 Ó de su misma accion arrepentidos,

En amargo silencio pavoroso  
 Quedaron sumergidos;  
 Nadie alzaba la vista, temeroso  
 De perturbar el serio continente  
 De la augusta asamblea,  
 Que empezaba á pensar profundamente  
 Los males que acarreá  
 Para el mismo agresor una accion fea.  
 Mas unos huebos moles,  
 Por Quica fabricados,  
 Borraron de la mente los cuidados  
 De aquellos arrogantes españoles.  
 Clara llamólos con su voz graciosa,  
 Y la valiente hueste victoriosa,  
 Como tan consumada  
 En las estrechas leyes, y ordenanzas  
 De la Caballería,  
 Siguióla apresurada  
 Con noble gallardía  
 Á henchir de dulce sus hambrientas panzas,  
 Que es al doble mejor que romper lanzas.  
 Entran en el salon, y ven hinchados  
 Los moles, qual las alas combatidas  
 Por vientos encontrados;  
 Ven muchos instrumentos  
 En contra preparados,

Furiosos huebidas,  
 Que estánlos esperando por momentos:  
 Pero, mirando la anchurosa frente,  
 Y el dorado color resplandeciente  
 De la mole substancia,  
 Pierden el brío, pára su arrogancia.  
 Así qual suele el javalí cerdoso,  
 Al mirar que le sigue presuroso  
 El esquadron ladrante de sabuesos  
 Por los montes espesos,  
 Arrimándose á un tronco  
 Con un gruñido ronco,  
 Revolver sus colmillos aguzados  
 Con terrible furor por todos lados,  
 Y la caterva espesa amedrentada  
 Quedar mirando sin hacerle nada:  
 Todos los quatro quedan deslumbrados,  
 Sin que nadie se atreva  
 Á hacer en ellos de su fuerza prueba.  
 Mas Nuño levantando  
 La luciente cuchara,  
 Las cejas enarcando,  
 Y haciendo mil visages con la cara,  
 Exclama enardecido:  
 Siempre yace en olvido  
 Quien vuelve las espaldas vergonzoso

Á las arduas empresas importantes:

No se diga jamás, que temeroso

Con manos vacilantes,

Desdixe mi valor acreditado

Á vista de enemigo tan menguado.

Dice; y metiendo la cuchara dentro

De la profunda fuente hasta su centro,

Sácala tan colmada,

Que en hilos prolongados

Derramando se vá por los costados.

Con exemplo tan noble ya animada

La hueste valerosa,

Menëa las cucharas presurosa;

Qual suelen ir ligeros los batanes

En un molino de papel florete;

Así á los moles rápida acontece

Como si fueran bárbaros titanes:

Y en un instante dexa tan vacía

Y tan limpia la fuente como el día,

Que salió de las manos del artista;

Tan valiente la hueste fué, y tan lista:

Y así para perpetua, y alta gloria

Celebraron los quatro la victoria.

LA QUICAYDA.

CANTO VI.

**E**ste triunfo jovial fué presenciado  
 Solo por Clara, y el galan Paulino,  
 De todos los criados el mas fino,  
 Que de Quica ocupaba siempre el lado  
 En el coche, en la calle, y en el templo;  
 Este, de travesura, y vicio exemplo,  
 Estaba de Marcela enamorado,  
 Y para ser su esposa le faltaba  
 La santa bendicion únicamente.  
 Pero no era Paulino el que presente  
 Á la algazara estaba;  
 Era el agudo Chisme, que, tomando  
 Su figura, y talante,  
 De todo el hecho estúvose informando.  
 Parte el Chisme al instante,  
 Y á la incauta Marcela  
 El secreto revela:  
 Grita la jóven con amargo tono,  
 Y asustada refiere á su Señora  
 El furor, el encono

De Quica , y de la hueste robadora.  
 Estaba Tirsa al tocador poniendo  
 Sobre la rubia frente varias flores:  
 Pero fueron tan grandes los temblores,  
 La novedad oyendo,  
 Que tres veces llevó desde la falda  
 Al encrespado pelo  
 Una linda guirnalda,  
 Y tres veces cayósela en el suelo;  
 La mano vaciló toda turbada  
 Sobre el fragante bote de pomada,  
 Y fué algun rizo en punto tan funesto  
 Por sus trémulos dedos descompuesto.  
 Miró á Marcela ; un ay lanzó profundo;  
 Estuvóse gran rato silenciosa;  
 Mas luego con semblante furibundo  
 Exclama : ¡ Que , Marcela ! ; Jactanciosa  
 Ha de estar de su triunfo mi enemiga?  
 ¿ Sin afan , sin trabajo , sin fatiga  
 Conseguirá abatir mi fiero orgullo?  
 ¿ Destruír tantas rosas , sin dexarme  
 Ni siquiera de lástima á un capullo?  
 ¿ Lo tengo de sufrir , y no vengarme?  
 No : al instante declárese la guerra  
 Contra Quica ; estremézcase la tierra;  
 Y vëa el fin funesto que se alcanza

Moviendo una muger á la venganza.  
 Marcela su dictamen desaprueba  
 Con dulces amorosas expresiones:  
 Ay Señora, la dice, nunca os mueva  
 El ansia de imitar á los varones.  
 Naturaleza sabia ha señalado  
 Los límites del sexô, y del estado:  
 El hombre corpulento,  
 De miembros reformidos, debe ufano  
 Manejar con nudosa, y firme mano  
 El bélico instrumento;  
 Pasar al Sol, al ayre, á la intemperie  
 Aquella horrible serie  
 De trabajos, que al templo de la Fama  
 Le lleva como Alcides:  
 Pero de una muchacha, de una dama  
 Otras las penas son, otras las lides;  
 Y mas quando no está como la yedra  
 Al fuerte muro asida,  
 En tanto recatada, y encogida  
 Todo la dá temblor, todo la arredra.  
 La insinuacion, la gracia, la dulzura  
 Deben acompañar á la hermosura,  
 Quando rendir intenta  
 Á un contrario que altivo se presenta:  
 Pero quando á la vista se recata,

Quando perfidias, y cautelas trata,  
 Se debe pelëar del mismo modo.  
 Crëed mi parecer: ya veis que en todo  
 Procuvo vuestra gloria, y vuestro gusto:  
 Desechad el pesar, borrarad el susto;  
 Y apenas de la noche el negro manto  
 Á unos cause placer, á otros espanto,  
 Iremos juntas al palacio, en donde  
 Vuestra alegría la traicion esconde;  
 Y siendo por segunda vez robada  
 Quedareis con su hallazgo consolada.  
 Hiciéronla tal fuerza sus acentos,  
 Que se fué sosegando por momentos;  
 Y tranquila esperó la feliz hora,  
 Que debía sacarla vencedora.  
 En fin la hora llegó tan desëada;  
 Y Tirsa apresurada  
 Con Marcela á la casa se dirige,  
 Donde se halla el trofëo ya erigido  
 De la victoria, que á su pecho aflige:  
 Quando á lo lejos siente un ronco ruido,  
 Que el corazon le dexa comprimido,  
 ¡Ay Marcela! Exclamó: ¡Marcela mia!  
 Como la suerte impía  
 En angustiar mi pecho se complace;  
 Y todos los placeres me deshace!

¿No adviertes el sonido estrepitoso,  
 Que por la angosta calle se difunde?  
 ¿No te arredra, y confunde  
 El eco pavoroso,  
 Que se vá por las plazas derramando?  
 Como negra tormenta,  
 Que viene de los polos retronando,  
 Resuena en los oídos.....  
 Ya el estruendo se aumenta,  
 Y tambien de mi pecho los latidos.....  
 El suelo se estremece,  
 Se agitan las vidrieras y ventanas;  
 El son horrendo crece.  
 No soplan las violentas Tramontanas  
 Á la falda del cano Pirinëo  
 Con impetu mayor. ¿Pero que vëo?  
 ¿Que resplandor activo! ¿Que vehemente!  
 Las casas ilumina;  
 La luz resplandeciente  
 Por puntos, por momentos se avvicina.  
 ¿Que será? ¿Que pavor! Yo tiemblo, y temo  
 Que mis males ya tocan al extremo.  
 Mas ¡ay Dios! ¿Será cierto lo que miro?  
 Es fixo; no deliro.  
 Aquella es ¡ay! Marcela, la carroza,  
 Con que la altiva Quica se alborozá;

Aquellos los caballos espumosos,  
 Que de las aguas béticas sonantes  
 Tomaron los alientos generosos;  
 Aquellas las librëas rozagantes:  
 Allí vá, mira, mira quan ufana  
 Está del triunfo; mírala que vana.  
 No sin razon el ruido  
 Ha causado en mi pecho sobresalto.  
 No te adelantes mas, hagamos alto;  
 Si nos descubre, todo se ha perdido.  
 Oh Diosa, que pusiste á tu cuidado  
 La empresa, que medito vengadora,  
 Mira mi amargo estado;  
 Y sácame, Señora,  
 Del conflicto que tiene mi alma ahora.  
 Dixo: y con una nube la circuye  
 La Venganza al momento;  
 El triste Temor huye,  
 Y la afligida Tirsa cobra aliento:  
 En fin prosigue, pasa, casi roza  
 La brillante carroza,  
 Sin que nadie repare en las guerreras,  
 Que llegaron ligeras  
 Y alegres á la casa desëada  
 Con una proteccion tan declarada.  
 Paulino, el de la blonda cabellera,

Ó el Chisme en su figura,  
 A recibirlas sale á la escalera,  
 Y un exïto feliz les asegura:  
 Y, guiando sus pasos, las conduce  
 Adonde el triunfo está de la victoria;  
 Su presencia en las jóvenes produce  
 Una tierna amarguísima memoria.  
 A los ojos de Tirsa se asomaron  
 Mil lágrimas ardientes,  
 Y sus brillantes luces eclipsaron.  
 Miró la rosa; y contempló presentes  
 Los gustos que le había producido  
 Este adorno sencillo, y delicioso;  
 Y como todo el sexô codicioso  
 Había igual fortuna apetecido:  
 Que ella sola gozaba en mas felices  
 Tiempos de sus matices;  
 Y solo su fragancia regalaba  
 Su seno altivo, en donde se abrigaba  
 Como en su propia cuna:  
 Mas ¡ que inconstante le era la fortuna!  
 En estas reflexiones abismada  
 Estaba Tirsa sin moverse á nada;  
 Quando exclama Paulino:  
 El Tiempo cómo presto torbellino  
 Arrebata las horas:

Y vosotras Señoras  
 Dexais pasar instantes tan preciosos,  
 Mirando con semblantes dolorosos  
 Las glorias ya pasadas.  
 Si pretendéis vengaros , no paradas  
 Gasteis el tiempo en tristes reflexiones;  
 Imitad á los fuertes campëones,  
 Que en el silencio de la noche obscura  
 Causaron vuestra pena , y su ventura.  
 Arrancad esa rosa:  
 Vos , Tirsa , demostradla jactanciosa  
 A vuestros enemigos , porque vëan  
 Que en vano todos contra vos pelëan.  
 Pero primero tú , Marcela mía,  
 Que sabes dar fomento á los placeres,  
 Señálate entre todas las mugeres.  
 Por tu ardiente valor , y gallardía;  
 Y así en todo serás la mas completa.  
 Ni este palacio , ni el jardin respeta;  
 Haz doscientos pedazos  
 La encantada maceta;  
 Y vuela luego á mis amantes brazos,  
 Que en premio de una hazaña tan gloriosa  
 Te esperan qual si fueras ya mi esposa.  
 Dixo : y Marcela que de amor herida  
 Con delicioso encanto le escuchaba,

Nacer siente una fuerza horrible , y brava  
 En medio de su pecho ; y , conmovida  
 Del desëo de gloria , y de venganza,  
 A la hermosa maceta se abalanza.  
 En vano su furor parar procura;  
 En vano los alegres robadores  
 Pusieron á la Reyna de las flores  
 Encima de un pilar de inmensa altura;  
 Y en vano prometió la altiva Diosa,  
 Que á Quica ampara , con la faz graciosa  
 Su vida defender constantemente;  
 Pues Marcela con mano diligente  
 La ase , la agita , y á su ardor violento  
 No puede resistir ; pierde su asiento,  
 Tiembla , vacila , cæe despeñada:  
 Qual suele rebentar mina preñada.  
 De salitre , carbon y azufre unidos,  
 Que los robustos muros sacudidos  
 Á tierra vienen con horrible estruendo,  
 Acá , y allá esparciendo  
 Los desechos sillares;  
 No de otra suerte cascos á millares  
 De la rota maceta derramados,  
 Con lástima declaran  
 El rigor de los hados,  
 Que en rosas , y macetas no reparan.

Al no esperado ruido  
 Vuelve en sí la afligida  
 Del éxtasi, en que estaba sumergida.  
 ;Que es esto? Exclama en tono dolorido.  
 ;Que ha de ser? La responde vigorosa  
 La triunfante Marcela.  
 Volveros vuestra rosa,  
 Destruír del contrario la cautela;  
 Arrancar de sus manos la victoria;  
 Y coronaros de perpetua gloria.  
 Aquí teneis la flor tan suspirada:  
 Ya estais asegurada  
 De tener el imperio soberano  
 De todas las mugeres;  
 Ya os vereis sumergida en los placeres;  
 Pues se halla en vuestra mano  
 Este moderno Palladión Troyano;  
 Ya el oráculo sabio se ha cumplido;  
 Y los Cielos por vos se han decidido.  
 Tomadla , y presentaros con audacia  
 Ante la altiva Quica;  
 Mostrad vuestra hermosura , vuestra gracia,  
 Y esta presëa delicada , y rica;  
 Ella brille á sus ojos,  
 Y padezca al mirarla mil enojos,  
 Mas venid : no conviene á quien alcanza

Victoria tan cumplida,  
 Digna de una continua remembranza,  
 Ir sin la pompa á su valor debida.  
 El tocador afable,  
 Ese amigo constante, y cariñoso,  
 Ese, que os sirve ansioso  
 Con prontitud, y gusto incalculable,  
 Ese, que siempre vuestro puerto ha sido  
 En todos los reveses de fortuna,  
 Que tanto vuestro afan ha complacido,  
 Ahora os llama, os insta, os importuna;  
 Pues tiene preparadas  
 Mil esencias, mil polvos, mil pomadas  
 Que á vuestra gloria ofrece.  
 Venid, Tirsa, venid; pues me parece  
 Que algun numen, bullendo en mis entrañas  
 Me dicta las acciones mas extrañas;  
 Y que teniendo el ánimo agitado  
 Tengo de *improvisaros* un peynado.  
 En él expresaré con todo esmero  
 Vuestro pesar primero,  
 Y luego vuestro triunfo prodigioso  
 De un modo singular, pero gracioso.  
 Las rosas se verán caer rodando  
 Desde la cumbre de su solio augusto,  
 Rosas, marchitas, lánguidas, causando

Llanto á los ojos, á los pechos **susto.**  
 Pero, qual suele la fecunda clueca  
 Quando cae un turbion, que el cuerpo ahueca,  
 Las anchas alas tiende,  
 Y del agua defiende  
 Á la caterva inmensa de polluelos;  
 Con la misma actitud, tales anhelos  
 Una rosa estará sobre el batido:  
 Allí como en su nido  
 Estenderá sus hojas numerosas  
 Sobre las que se abaten presurosas  
 Con mísera caída.  
 Dando á las muertas con su sombra **vida**  
 Demostrará bien claro  
 Que vuelve á renacer baxo su amparo  
 Vuestra gloria pasada;  
 Que cayó qual las flores despeñada  
 De la mas alta cumbre.  
 Y á fin de que deslumbre  
 Mas, y mas al contrario **ya vencido,**  
 Se encuentra prevenido  
 El esquadron de hierros tortüosos,  
 El brasero, los peynes, *papillotes;*  
 Mis dedos primorosos  
 Pondrán mil letras, **formarán mil motes**  
 En rizos diferentes,

Que estos triunfos al mundo hagan patentes.  
 No me contento solo con peynaros;  
 Quiero, Tirsa, tambien, quiero adornaros  
 Segun mi fantasía:  
 El vestido denote la alegría,  
 Que reyna interiormente.  
 El pecho altivo la victoria ostente;  
 En medio de su fuego colocada  
 La rosa verdadera, libertada  
 Del duro cautiverio,  
 Muestre su gala, dexé ver su imperio.  
 No haya en torno colores,  
 Que puedan eclipsar sus resplandores;  
 Brille en el pecho, qual el Sol luciente  
 En los Cielos ostenta su luz clara,  
 Que á su fúlgor activo cara á cara  
 No puede resistir ningun viviente.  
 Así, al verla en un trono tan precioso,  
 Todo pecho envidioso  
 Interiormente sêa consumido;  
 Y haga así vuestro triunfo mas cumplido.  
 Dixo: entrególa con gracioso gesto  
 La rosa de cien hojas,  
 La rosa origen del ardor funesto  
 De las penas acerbos, y congojas  
 Del sexó delicado.

Tomóla Tirsa con jovial semblante,  
 Haciéndola cariños al instante,  
 Qual Madre, que advirtió precipitado  
 Caer al agua el Hijo pequenuelo,  
 Se llena de opresion, y desconsuelo,  
 Creyéndole en las ondas anegado:  
 Mas al verle volver alegre, y bueno  
 Le estrecha dulcemente  
 Al amoroso seno;  
 Le besa, y le rebesa;  
 Y su contento expresa  
 Con silencio eloqüente;  
 Que siempre calla quien de veras siente:  
 Así Tirsa callando  
 Su extremado placer está mostrando;  
 Ya la acerca, y recrea  
 Con su esencia el olfato;  
 Ya la contempla un rato;  
 Ya, mudando de idëa,  
 Entre sus blancos dedos la coloca;  
 Ya la llega á la boca;  
 Y con besos süaves repetidos  
 Regala al alma, agrada á los sentidos.  
 Haciendo estos extremos de alegría,  
 Se sale la contenta compañía,  
 En pós de su destino:

Cuando el blondo Paulino  
 Bate las palmas en tan alto tono,  
 Y con tal algazara,  
 Que una, y otra se para,  
 Absortas de aquel raro desentono:  
 Mas al volver la cara,  
 Al conductor no encuentran de la empresa;  
 Solo una nube espesa  
 De polvo con revueltos remolinos  
 Advierten, como suele en el Verano,  
 Al recio soplo de uracan insano  
 Levantarse en las plazas, y caminos.  
 ¿Lo veis? Marcela exclama alborozada.  
 ¿Mirais ya vuestra gloria asegurada?  
 Sin duda una Deidad fué quien piadosa  
 En la figura del hermoso page  
 Quiso vengaros del atroz ultrage,  
 Conduciendo esta empresa prodigiosa.  
 Dice: y ambas postradas  
 En tierra con postura reverente,  
 Las manos á los Cielos levantadas,  
 Al incognito Dios, al Dios clemente  
 Rinden gracias, ofrecen oblaciones  
 Con humildes, y alegres corazones.  
 Del

**LA QUICAYDA.**

CANTO VII.

**O**h Musa, que benigna te has dignado  
 Inspirar en mi pecho  
 Las causas, y progresos de aquel hecho,  
 Que tanto al sexô hermoso ha trastornado;  
 Mirame ya cansado,  
 Que apenas puedo con pesado aliento  
 Un asunto seguir de tal momento:  
 Y así tu influxo bondadoso presta  
 Para cantar lo poco que me resta,  
 El ánimo inflamando;  
 Á fin que pueda yo de quando en quando  
 Tronar furioso como hacía Homero,  
 Que no es menos feroz lo que refiero.  
 Qual suele en una noche de Verano,  
 Quando la turba está de los vivientes  
 En plácido reposo sumergida,  
 Llenarse el ayre vano  
 De aromas diferentes,  
 Que consuelan el ánima afligida;  
 Sin que allí sea oída

Ni bronca voz, ni acento,  
 Que interrumpa el silencio, ni el contento:  
 Así el grande salon de Otondo estaba,  
 Otondo que sociable en él juntaba  
 Tertulia tan amena, y numerosa,  
 Que jamás otra igual se vió en la Corte;  
 Como estaba gozosa,  
 Y cada qual seguía tras su norte,  
 Se advertía una calma,  
 Que de un gusto interior llenaba el alma.  
 Quando Tirsa soberbia se presenta  
 En medio del concurso; y á sus ojos  
 La linda rosa con placer ostenta,  
 Para dar á las otras mil enojos.  
 No suelen, trabajando en la colmena  
 Susurrar las abejas diligentes  
 Con murmullo mas ronco, que las damas,  
 Pasadas de dolor, llenas de pena,  
 Regañando entre dientes,  
 Al ver desechas sus astutas tramas;  
 Y poco á poco el ruido fué creciendo  
 Con tan horrible estruendo,  
 Que el orden que al principio se advertía,  
 Se volvió confusion, y algaravía.  
 Sobre todas furiosa  
 Estaba Quica hermosa,

Por mirar quan en vano  
 La destructora mano  
 De sus tres campëones  
 Desmanteló de Tirsa los balcones.  
 Miróla, ayrada con torcido gesto;  
 Y arrancando de presto  
 Para salir afuera  
 Con la bata volcó (¡ quien lo creyera! )  
 Un juego de algedrez ya adelantado.  
 Hallábase apremiado  
 El Rey por un Arfil con furia brava  
 Que á la mano derecha le enfilaba;  
 Un caballo saltando  
 Ardoroso le estaba amenazando;  
 Y estrechando una Torre poderosa;  
 Ya la gente de á pie por todos lados  
 Cercábale animosa;  
 Ya estaban destrozados  
 Los fuertes batallones;  
 Ya no había Oficiales, ni pëones;  
 Ya la Reyna contraria  
 Viendo la suerte varia  
 Á su favor, cansada del combate;  
 Le daba un jaque-mate;  
 Y ya el Rey inclinaba su cabeza  
 Tanto á su brío como á su belleza:

Se acaba de mostrar á una infelice.  
 Ya todo se ha perdido.  
 ¡ Quanto mejor nos fuera no haber sido  
 Un tiempo afortunadas,  
 Para vernos ahora desgraciadas!  
 Fué un tiempo venturoso,  
 Que sobre el sexô hermoso  
 Tuvisteis el imperio mas cumplido;  
 Fué el gusto, fué el obsequio, y fué de Quica  
 La joya mas preciosa, la mas rica;  
 Pero en el día es polvo, es humo, es viento  
 Lo que era entonces el mayor contento:  
 Ya en el jardín no existe aquella rosa,  
 Aquella que servía de trofëo  
 Á la hazafia mas grande, y mas gloriosa.  
 Siento ruido, me alarmo, corro y vëo.....  
 ¿ Como podré sin lágrimas decirlo?  
 ¿ Ni vos tampoco sin pesar oírlo?  
 Clara aquí se detuvo, y enjugando  
 Sus rosadas mexillas, ¿ Quando, quando,  
 Exclama con el rostro enardecido,  
 Hubiera yo creído  
 Que el Cielo tan en contra se mostrara?  
 ¡ Oh fortuna crüel, fortuna avara!  
 Yo, yo misma, Señora, por mis ojos  
 He visto su abandono, sus enojos.

Ella iba á laurëar su hermosa frente,  
 Quando qual terremoto de repente  
 El campo de batalla se conmueve  
 Con el porrazo aleve,  
 Que al pasar le dió Quica con la bata.  
 La lid se desbarata,  
 Y se miran postrados juntamente  
 Regias coronas, y plebeya gente;  
 Y los soldados de los dos partidos  
 Mezclados, confundidos,  
 De suerte que aquel día  
 Al lado se veía  
 Del humilde peón el caballero,  
 Y del ya vencedor el prisionero.  
 Los dos, que la batalla dirigiendo  
 Con el talento, y mano, marcialmente  
 Se estaban divirtiendo,  
 Con aquel accidente  
 Inmóviles quedaron de repente.  
 Quica sale entretanto,  
 Y por Clara pregunta á toda prisa:  
 He aquí á Clara, vertiendo amargo llanto,  
 Que con trémulo pie la sala pisa;  
 Y con la voz turbada á su Señora  
 Estas razones dice:  
 La rabia de los Cielos vengadora

La maceta, que erguida descollaba,  
 Sobre todos los quadros recortados,  
 Echa pedazos con dolor estaba,  
 Y sus preciosos tiestos derramados.  
 Quedéme muda á vista de un suceso  
 Que nunca imaginé.... Subitamente  
 Me faltaron las fuerzas, lo confieso:  
 Volví del susto, y con afan ardiente  
 Busqué la rosa; en vano: que los Cielos  
 Para darnos furiosos desconsuelos  
 Su robo decretaron; pero en el día  
 Y quizá á los ladrones ayudaron.  
 Calla Clara; y ardiendo en rabia Quica  
 Con torvo ceño su furor explica,  
 Mudando cada instante  
 De color, y de gesto su semblante.  
 Así un rato callando permanece,  
 Y la graciosa Clara se estremece;  
 En fin la dice: Vamos, pues lo quiere;  
 Ni gracia, ni favores de mí espere.  
 Mas antes, Clara, juro,  
 (Y este es un juramento firme, y duro)  
 Juro por mi abanico, que, apartado  
 Del diente elefantino poderoso,  
 No crecerá ya mas, ni codiciado  
 Será del africano belicoso;

Pues en manos del diestro ingles ha sido  
 En muy distinta forma convertido.  
 Juro, digo otra vez, por este escudo  
 Esta arma, esta defensa, este portento,  
 Que nos suele servir en todo evento,  
 Y solo un sabio producirlo pudo  
 ( Y ya ves que una dama no es posible  
 Que encuentre juramento mas terrible )  
 Que con Tirsa jamás haré las paces;  
 Veréla abandonada  
 De todos sus sequaces,  
 Y de mí no tendrá consuelo alguno.  
 Y algun día vendrá que el importuno  
 Aquilon su peynado descomponga;  
 No hay miedo que la mano en él yo ponga;  
 Dexaré que el cabello á su alvedrío  
 Ondee por los hombros, y la frente;  
 No compondré algun pliegue impertinente;  
 No pondréle alfiler: auxilio mío  
 Ni jamás se lo piense, ni lo intente.  
 Dixo: y entrando en el salon, repara  
 Á Tirsa que del uno al otro lado  
 Con paso mesurado  
 Y gallardía rara  
 Anda, vuelve, se para;  
 Qual gallo jactancioso, que ha logrado

Con un combate sanguinoso , y fiero  
 Al contrario arrojar del gallinero,  
 En medio del serrallo se pasëa.  
 Se goza , engríe , ufaná,  
 Y en una , y otra juvenil sultana  
 Su vista ponè , su aficion emplëa.  
 Igual en la soberbia , no èn los hechos,  
 (Que nunca son capaces  
 De amores tan fugaces  
 Los generosos pechos)  
 Tirsa á todos con ayre afectüoso  
 Y semblante sereno  
 Demuestra el don precioso,  
 Que por trono logró su ardiente seno.  
 Á vista de un lugar tan distinguido,  
 De una flor tan hermosa , del vestido  
 Que el triunfo réalzaba,  
 Y del nuevò peynado , que llevaba,  
 Cada qual á porfia  
 Á la triunfante Tirsa repetía  
 Requeibros , y gracejos con dulzura.  
 Óyelo Quica , y , llena de amargura,  
 Maldice interiormente  
 Su bárbara ventura;  
 Mas luego con furioso continente  
 Se encará á Tirsa , y dice : Turbadora

De todo mi contento,  
¿Imaginas que ahora  
Con esa nueva especie de tormento  
Abates mi valor? ¡Quan engañada!  
¡Que mal conoces la terrible furia  
De una muger ayrada!  
Jamás perdona la pasada injuria;  
Y no la estorva nada  
Hasta encontrarse á su sabor vengada.  
Así, si eres tan fuerte como altiva,  
Preparate al combate, yo te reto.  
Tirsa responde al punto: Yo lo aceto.  
Y resuena la sala: Viva, viva.  
Esta fué la señal de un choque ardiente;  
Á las armas acuden prestamente;  
Cruxe la seda; el abanico suena;  
Hecha pedazos salta la ballena;  
Ríese la tertulia á carcajadas;  
Retumban las palmadas  
Con un estruendo enorme estrepitoso;  
Enciendese la lid, y con furioso  
Ímpetu se entremezclan los partidos.  
¡Quantos jóvenes fueron mal heridos  
Por una risa, un toque, una mirada!  
Ardiendo en ira Tirsa, y agitada  
Se encuentra con los fieros combatientes,

Que sus rosas robaron:  
 Atonitos quedaron  
 Al contemplar sus prendas excelentes,  
 Y á una sola mirada se rindieron.  
 ¡ Quanto los tres sintieron  
 Haberla ocasionado tanta pena!  
 Mas Quica, que los vió, de furia llena,  
 Cobardes, dice; ¿ con vileza tanta  
 Os dexais arrancar de vuestra frente  
 El lauro, que ganasteis altamente?  
 ¿ Una muger tan debil os espanta?  
 ¿ Á donde está el valor tan ponderado?  
 ¿ Acaso vuestro esfuerzo limitado  
 Está á robos nocturnos? ¿ Por ventura  
 Temeis mas que al rigor á la dulzura?  
 Me averguenzo de verlo. Vamos, vamos,  
 Lo una vez emprendido prosigamos.  
 Calló Quica; y los ínclitos varones,  
 Á tan fuertes razones  
 Cubiertos de rubor, en sí volvieron;  
 Mendo, y Pardo siguieron  
 Sus consejos, y huellas al instante:  
 Mas Nuño vacilante  
 Entre el honor, y Tirsa se detuvo;  
 Embelesado estuvo  
 Contemplando su rostro placentero;

Y al fin se declaró su prisionero.  
 Pasa Quica adelante;  
 Y se encuentra á Balbino, que arrogante  
 Pretende disputarla la victoria;  
 Balbino, que, nacido  
 Entre el luxo, y molicie,  
 Merece un puesto clásico en la historia,  
 Por haber recorrido  
 Toda la superficie  
 De Europa qual balija de corrëo,  
 Haciendo del talento digno emplëo:  
 Pues se viste de Holanda, y á la Inglesa;  
 Fuma á lo Turco; come á la Francesa;  
 Bayla en Polaco; canta en Italiano;  
 Llora en Dinamarqués; ríe en Prusiano;  
 Se enfada á lo Alemán; grita á lo Ruso;  
 De cada parte admite el mejor uso;  
 Y tal es su manía, y embeleco,  
 Que hasta echarse á dormir lo hace á lo Sueco;  
 Acercase con ayre desdeñoso;  
 Clava los ojos en la hermosa Quica;  
 Y, hablando con reposo,  
 De esta manera su eloqüencia explica.  
 ¿Porque es esa cuestión? ¿Por una rosa?  
 ¿Por tan pequeña cosa?  
 No merece el enfado de una dama.

Dexad ya vuestra pena;  
 Y que Tirsa la goce enhorabuena;  
 Que á mayor lauro la fortuna os llama.  
 ¿No lo conoceis ya? Pues aseguro  
 Que nunca yo me he visto en tanto apuro.  
 Bien claro lo demuestra mi semblante.  
 Inferid vos, Señora, lo restante,  
 Dixo, y se sonrió: y, echando mano  
 Á la hueca corbata, se la estira,  
 La ordena, la compone, la da gracia;  
 Al verlo tan ufano  
 Quica se enciende en ira;  
 Y, no pudiendo soportar su audacia  
 Le mira con furor, le aterra, abate,  
 Y al fin le pone fuera de combate.  
 No menos atrevido se presenta  
 El muchacho Florindo,  
 Como las Gracias, como Adonis lindo,  
 Que apenas veinte Primaveras cuenta:  
 El luciente cabello ensortijado  
 Ondëa por la frente deliciosa;  
 La leche pura, y la encendida rosa  
 Se mezclan en su rostro con agrado;  
 Sus ojos fuego arrojan; y su boca  
 Á la virgen mas tímida provoca;  
 Como Naturaleza

Á manos llenas le otorgó belleza,  
No cuida del ornato, y compostura;  
Y así encanta su mórbida figura  
Como aquellas estatuas griegas, donde  
Ninguna gracia natural se esconde.  
En sí propio Florindo confiado,  
Al combate con Quica se prepara;  
Y con ayre risueño, y desenfado  
Por enemigo suyo se declara.  
Yo, yo la dice, vengo pecho á pecho  
Á probar que tu robo fué mal hecho:  
Dice, y aguarda: y el salon resuena  
Como quando algun río, derrocado  
De un peñascó elevado  
En torno todo con su ruido atruena.  
Al uno, y otro lado  
Se dividen los fuertes combatientes,  
Que ocupan la tertulia, y ya pendientes  
De la pugna trabada,  
Baxan sus armas, fixan sus escudos;  
Están atentos; se mantienen mudos;  
Y al fin, y al cabo no consiguen nada:  
Porque Quica irritada  
De tener por contrario un tierno mozo,  
Que al labio superior no adorna el bozo;  
Al modo de un mastin, quando embestido

Se mira de perrillos indecentes,  
 Que no hace caso del sutil ladrido,  
 De sus saltos y esfuerzos impotentes;  
 Sigue con paso lento, y comedido:  
 Mas si vé que se jactan insolentes  
 De que el triunfo por ellos se declara,  
 Alza la anca, los moja, y no se para.  
 Ella sin agitar su grave paso  
 Le mira con desden, no le hace caso.  
 Corrido el joven del desprecio, llora;  
 Y en un rincon se mete sin consuelo:  
 Las damas que lo advierten forman duelo;  
 ( Tanto un rostro enamora  
 Si en él se pinta la crúel angustia )  
 Le cercan todas con la cara mustia;  
 Le consuelan, le halagan, le recrean,  
 Que darle gusto con ardor desëan.  
 Tiene empero tal fuerza la lisonja,  
 Que en sí vuelve; se ensancha qual la esponja;  
 Y girando los ojos con agrado  
 Hace resucitar todo el estrado.  
 En tanto Amira abate á Fenisardo,  
 De cuerpo ayroso, y corazon gallardo;  
 Belisa á Felix, á German Drusila;  
 Silvia toda una fila  
 Desbarata de ilustres combatientes,

Que á sus plantas imploran la clemencia;  
 Filis hace próezas excelentes;  
 Nerina vé rendir en su presencia  
 Las armas , y el sosiego á los soldados,  
 Que están de su osadía maspreciados;  
 Ina , y Berarda con igual ventaja  
 Cada qual por su lado rompe , y raja.  
 Mas á la parte opuesta se advertía  
 Que los hombres llevaban la victoria;  
 Por el gran Filemon Clòe gemía,  
 Que la supo vencer con tanta gloria;  
 Salicio extremos de valor hacía  
 Dignos de conservarse en la memoria;  
 Rindiendo á Clori , á Marcia , y á Lidora  
 Con su dulce eloqüencia encantadora.  
 Cantaba Paco , y á su blando acento  
 Venían las muchachas como á Tebas  
 Las piedras que formaron su cimiento;  
 Ó como se salían de las cuevas  
 Las duras fieras admiradas , quando  
 Anfiou , y Orfëo estaban entonando.  
 Su modulada voz , su dulce gracia  
 En tocar la vihuela sonora,  
 Su gesto complaciente , su eficacia  
 Hacían la armonia mas gustosa.  
 ¡Que de cosas cantó ! No hubo Tirana

Halagüeña, saltante, y abatida,  
 Que no fuese tres veces repetida;  
 Cantó la Malagueña, y Sevillana;  
 El Fandango de Cadiz puntëado,  
 Con nuevo tono en cada diferencia;  
 La Jota bulliciosa de Valencia;  
 El quejumbroso Polo agitanado;  
 Seguidillas manchegas placenteras;  
 Y de Murcia las rápidas Boleras.  
 Á cada cosa nueva que cantaba,  
 El furioso Tristan se levantaba  
 Con el rostro encendido,  
 Ojos desencajados,  
 El ropage al desgayre, y desceñido,  
 Los brazos levantados,  
 Á guisa de Maestro de Capilla;  
 Y, poniendose en pie sobre una silla,  
 Bomba, bomba, clamaba. Y en profundo  
 Silencio le atendía todo el mundo.  
 Entonces con la lengua balbuciente  
 Diez versos enhilaba de repente,  
 Alabando al cantor, y echando flores  
 Á las damas que oían embobadas;  
 El techo retumbaba á las palmadas;  
 El piso retemblaba á los clamores;  
 Y estos dos reünidos

Á fuerza de cantares , y epigramas  
 Tenían á los hombres aturridos,  
 Quitando muchas ramas  
 Del laurel inmortal de la Victoria,  
 Que con tanto trabajo , y tanta gloria  
 Estaban adquiriendo las guerreras,  
 Agitando el salón por frióleras.

## LA QUICAYDA.

## CANTO VIII.

Y  
 Indeciso el combate se mostraba  
 Quando Lucinda hermosa se aparece;  
 Sobre toda la gente descollaba,  
 Como un roble que erguido al lado crece  
 De la abatida desmedrada planta;  
 Y á todos los mas altos se adelanta.  
 Era Lucinda la mas fiel amiga  
 De Quica, y era toda su esperanza;  
 Tembló al mirarla Tirsa su enemiga,  
 Y Quica se llenó de confianza.  
 Entra en combate, y con volver los ojos  
 Vence, avasalla, desordena, y mata;  
 Todos sus armas rinden por despojos;  
 Y las fuerzas de todos desbarata;  
 Y aunque por sus rigores todos mueren;  
 Ser sus esclavos, sus vencidos quieren.  
 El primero de todos fué Faustino,  
 Siempre callado, pero siempre fino,  
 Que eterna lealtad juróla al punto;  
 Rindió Emilio despues su erguido cuello,

Aquel raro conjunto  
 De amargo , y dulce , de deformé , y bello;  
 El tercero fué Alonso , deslumbrado  
 De su inmensa blancura,  
 Mas que la leche mantecosa , y pura,  
 Quedó á su plantas con rubor postrado.  
 De esta suerte abatiendo á los varones  
 Con sus raras acciones,  
 La victoria por ella se declara;  
 Y sin embargo su furor no para.  
 No de otro modo el Xanto vorticoso  
 Vió correr sus orillas presuroso  
 Al formidable Aquiles,  
 Desbaratando á miles  
 Los cobardes atónitos Troyanos,  
 Que daban en sus manos;  
 Y hollar á los caballos espumantes  
 Escudos de diamantes,  
 Los cuerpos moribundos destrozando,  
 Cuya sangre saltando  
 Las ruedas , y los exes salpicaba;  
 Y su cara manchaba  
 Sin dar de compasion señal alguna:  
 Así de su fortuna  
 Lucinda satisfecha , se pasëa  
 Con pompa , y magestad ; así pelëa;

Quando un guerrero con ardor se opone,  
 Y á singular combate se dispone.  
 ¿Que nuevo Hector es este que atrevido  
 Quiere arrancarla el lauro merecido?  
 Decid, Musas, su nombre; haced patentes  
 Su rostro, su estatura,  
 Su vigor, y sus prendas eminentes,  
 Pues tuvo sobre todos tal ventura.  
 Mas ¡ ah tiempo crüel! Tú que has querido  
 Preservar del olvido  
 Á Sinon, á Tersites, á Erostrato,  
 Y á tantos otros célebres brivones;  
 Te has mostrado mezquino, y aun ingrato  
 Con la nata, la flor de los varones;  
 Borrando para siempre el nombre augusto,  
 Del guerrero robusto,  
 Que con ayre sereno,  
 Sin artificio alguno, y con el seno  
 Descubierta, preséntase á Lucinda  
 La gran Lucinda siempre vencedora,  
 Que á ninguno se opone, que no rinda;  
 Y juzga ser de todos ya Señora:  
 Mas ¡ ay! que en el momento, que le mira,  
 Se estremece, y suspira;  
 Y, dando un paso atrás, medio difunta  
 Caë en los brazos de Elia, que allí junta

Estaba , y la recibe con espanto.  
 Bañada entonces con amargo llanto  
 La valiente amazona exclama: ¡ Ah! muero.  
 Y en un sofá sentóse desmayada.  
 Quica que vé el estrago del guerrero,  
 Y por él la victoria declarada,  
 Se aturde , y palidece:  
 Pero mas su pesar , y rabia crece,  
 Quando vé que el contrario toma aliento,  
 Y que la fiera Tirsa en un momento  
 Consigue mil ventajas prodigiosas,  
 Haciendo gestos , y diciendo cosas  
 En señal de alegría  
 Del triunfo , que consigue en aquel día;  
 Pues todos los guerreros concurrentes  
 Le aplauden de mil modos diferentes;  
 La cercan , y la escuchan con tal pasmo,  
 Que el gusto se convierte en entusiasmo.  
 Entonces sus balanzas de oro toma  
 El Padre de los Dioses , y los hombres;  
 Pone en un lado los soberbios nombres,  
 Que lustre dieron á la Grecia , y Roma;  
 Puso allí su valor; puso su gloria;  
 Y sus hechos mas dignos de memoria;  
 Y en el otro el faror de las guerreras:  
 Y esta , cayendo con su peso al suelo,

Eleva la primera sobre el Cielo.  
 Pone luego las causas verdaderas  
 De esta guerra fatal contra la rosa.  
 ¡ Oh fuerza prodigiosa  
 De esta flor delicada!  
 Apenas la tocó, que derribada  
 La balanza quedó, qual si tuviera  
 El peso mas enorme.  
 Preciso es que al destino me conforme,  
 Dixo el Padre con cara placentera.  
 Llama á la Presuncion, y á la Venganza.  
 Marchad, marchad, las dice, sin tardanza;  
 Á Quica, y Tirsa dadlas vuestro amparo;  
 Por mí teneis licencia:  
 Mas tambien os declaro  
 Que no he de permitir vuestra presencia  
 En esta lid horrenda, sino en tanto  
 Que de la rosa exísta el dulce encanto.  
 Parten: la Presuncion hinchada, y vana  
 Espectros, y visiones lleva en torno;  
 La Venganza con cólera inhumana  
 Vívoras venenosas por adorno  
 En su frente coloca;  
 Y rayos centellantes  
 Arroja por los ojos, y la boca.  
 Corren ganando instantes;

Llegan, y pisan el salon, y al peso  
 De la fiera Venganza se estremece:  
 Pero la Presuncion qual humo espeso  
 Las calientes molleras obscurece.  
 Se acerca la Venganza, y vé á Lucinda  
 En un mórbido asiento desmayada;  
 Vé sus ojos de fuego, su tez linda  
 Los unos sin su luz, la otra manchada  
 De un cárdeno color como el de muerte;  
 Y exclama al contemplarla de esta suerte:  
 ; Oh vil ociosidad, oh indigno estado  
 De un pecho belicoso, y esforzado,  
 Que se dexa arrastrar de la congoja!  
 Y arrancando con rabia de su frente  
 Una vívora ardiente,  
 La dá al ayre tres vueltas, y la arroja.  
 En el pecho de marmol cæe, y luego  
 Por medio de la gasa se desliza;  
 Recorre lo interior con vario juego;  
 La nieve apremia, y el coral atiza;  
 Donde mas yelo encuentra pone fuego;  
 Y el corazon süave volcaniza;  
 Ella arde, gime, llenase de enojos  
 Venganza esparce por la boca, y ojos.  
 Levántase con ayre de despecho  
 Del persiano sofá; busca al instante

Al guerrero triunfante,  
 Que tantos daños con su vista ha hecho;  
 Mas no son sus esfuerzos de provecho:  
 Que el glorioso adalid al otro lado  
 Con ánimo esforzado  
 Prosigue, consiguiendo mil trofeos,  
 Que halagan sus beligeros deseos.  
 Vélo Lucinda, vé que su contrario  
 De lauro ciñe la orgullosa frente;  
 Contempla su valor extraordinario;  
 Y llora su desdicha amargamente:  
 Se le desprenden lágrimas pesadas  
 Sin querer de sus ojos; y, arrojando  
 Un suspiro crúel de quando en quando,  
 Produce estas palabras mal formadas:  
 ¡Y que! ¿Veréme con rubor vencida?  
 ¿Veré que mi contrario ya triunfante,  
 No aprecia la victoria conseguida,  
 No estima un corazón tierno, y amante?  
 ¿Con este fin ¡ay Dios! me ha sujuzgado?  
 ¡Oh, libertad hermosa! ¡Oh libre estado!  
 Él qual abeja en medio de las flores  
 Á todas liba, y en ninguna para;  
 Y yo le doy en cambio de rigores  
 Por templo el pecho, el corazón por ara.  
 ¡Que vergüenza! ¡Que rabia! Sin tardanza

Vengüemos el agravio. Si: ¡Venganza!  
 Y venganza repite la tertulia;  
 En el hueco salon venganza suena;  
 Y el eco de venganza el ayre llena.  
 Lucinda, qual leona de Getulia,  
 Parte, prósigue, y logra mil despojos,  
 Girando en torno sus hermosos ojos.  
 Mas la fiera Venganza, no contenta,  
 Con el encono de esta todavía,  
 Nuevos combates con furor fomenta,  
 Y nuevas huestes á la lid envía:  
 Á Quica, y Tirsa busca, y con su aliento  
 Les infunde su rabia, y ardimiento.  
 Al modo de dos vientos encontrados,  
 Partiendo de dos sierras diferentes,  
 Que derriban los troncos elevados,  
 Y derrocan las peñas eminentes;  
 Llegan, chocan, retruenan; y espantados  
 De los continuos rayos refulgentes  
 Los pastores recobran su cabaña  
 Con medroso temblor, y prisa extraña:  
 Quica, y Tirsa cada una por su parte,  
 Tremolando de amor el estandarte,  
 De victoria en victoria se adelanta;  
 Donde ponen la planta  
 Un lauro erguido crece;

El concurso á su vista se estremece,  
 Y teme los efectos de su furia:  
 Mas ellas, siempre atentas á su injuria,  
 Á fuerza de rendir jóvenes necios,  
 Á fuerza de desdenes, y desprecios,  
 Y á fuerza de rigor se abren camino;  
 Se avistan, palidecen; y sin tino  
 Corren, vuelan, se abanzan; y ya quando  
 Se llegan á juntar, la lid se para.  
 Tirsa entonces, tomando  
 La linda rosa con risueña cara  
 Á Quica la presenta.  
 Toma, toma, la dice: estoy contenta  
 En que te la coloques en el pecho:  
 El mío, satisfecho  
 Con los humos, inciensos, y oblacones,  
 Que debo á los varones,  
 No necesita adornos extrangeros.  
 Tú, que armaste feroz á tres guerreros  
 Para que mis balcones asaltaran,  
 Y mis graciosos tiestos destrozaran,  
 Á fin de parecer al mundo hermosa,  
 Necesitas sin duda de la rosa.  
 Tómala, te la cedo:  
 Que ni aun con ella me ocasionas miedo.  
 Como suele un mastin valiente asido

El concurso á su vista se estremece,  
 Y teme los efectos de su furia:  
 Mas ellas, siempre atentas á su injuria,  
 Á fuerza de rendir jóvenes necios,  
 Á fuerza de desdenes, y desprecios,  
 Y á fuerza de rigor se abren camino;  
 Se avistan, palidecen; y sin tino  
 Corren, vuelan, se abanzan; y ya quando  
 Se llegan á juntar, la lid se para.  
 Tirsa entonces, tomando  
 La linda rosa con risueña cara  
 Á Quica la presenta.  
 Toma, toma, la dice: estoy contenta  
 En que te la coloques en el pecho:  
 El mío, satisfecho  
 Con los humos, inciensos, y oblacones,  
 Que debo á los varones,  
 No necesita adornos extrangeros.  
 Tú, que armaste feroz á tres guerreros  
 Para que mis balcones asaltaran,  
 Y mis graciosos tiestos destrozaran,  
 Á fin de parecer al mundo hermosa,  
 Necesitas sin duda de la rosa.  
 Tómala, te la cedo:  
 Que ni aun con ella me ocasionas miedo,  
 Como suele un mastin valiente asido

Así no pienses disfrutar serena  
 De esa rosa, ni dar con ella pena;  
 Que para unos ultrages tan villanos  
 Tengo yo atrevimiento, y tengo manos.  
 Dixo; y haciendo, con furor se arroja  
 Sobre la hermosa flor; se la arrebató;  
 Con el golpe terrible la maltrata;  
 La rompe, la marchita, la deshoja.  
 Como los copos densos de la nieve  
 Cubren los montes en el Norte elado;  
 Así las hojas al porrazo aleve  
 Descienden, y entapizan el estrado.  
 Mas ¡oh caso estupendo, y espantoso!  
 Todas las rosas, con que el sexô hermoso  
 Adornaba su pecho rozagante,  
 Cayeron destrozadas al instante  
 Que la rosa de Tirsa fué abatida.  
 Con esta general triste caída  
 El salon, y tertulia conmovióse:  
 Pero en ninguna vióse  
 Mas señas de furor, mas arrebató  
 Que en Tirsa desgraciada;  
 Estuvo grande rato  
 Á su intenso dolor abandonada.  
 La vana Presuncion, que vió cumplidos  
 Los decretos del Padre soberano;

Desecha la rosa, y aturdidos  
 Á todos los guerreros, y guerreras,  
 Tomando á la Venganza de la mano,  
 Vámonos, dice, vámonos ligeras;  
 Dexemos descansar, pues es preciso,  
 Los corazones tu, yo las molleras.  
 Sigue su sabio aviso  
 La furibunda Diosa;  
 Parten, y calma la inquietud rabiosa.  
 Vuelve Tirsa por fin; se irrita, llama  
 Á su socorro á la Venganza horrenda:  
 Mas esta ya se huyó, y en vano clama;  
 No hay nadie que la ayude, ni la atienda.  
 Mas entonces Otondo, compelido  
 De la graciosa Paz (que al ronco ruido  
 De la empezada guerra  
 Abandonó el extremo de la tierra,  
 En donde se encontraba desterrada)  
 Púsose en medio de la lid trabada;  
 Y para sosegar sus corazones  
 Les dixo estas dulcísimas razones:  
 ¡ Oh, graciosas mugeres, destinadas  
 Para inspirar dulzura al ser humano,  
 Quan erradas vivis, que equivocadas,  
 Si pensáis que un adorno endeble, y vano  
 Os dá réalce para ser amadas!

Y ¡que dolor tan grande, que, al tirano  
 Imperio de la moda sometidas,  
 Gasteis en ella las preciosas vidas!  
 Nosotros aplaudimos lisongeros  
 Un peynado con gusto concebido,  
 La gracia de las cintas, y plumeros,  
 Y el primoroso corte de un vestido;  
 Mas justos en los juicios, y severos,  
 No es jamás nuestro voto concedido,  
 Sino á la mas hermosa, mas galana,  
 Aunque se muestre envuelta en tosca lana.  
 Y á veces en extremo nos agrada  
 Encontrar en el bosque, ó la maleza  
 Una flor olorosa, y agraciada;  
 Porque excede infinito su belleza  
 Á la que en un jardin como forzada  
 Nos suele producir naturaleza,  
 Que á pesar de los gastos, y cuidados  
 Son sus engendros siempre desmedrados.  
 Si, penetradas de verdad tan pura,  
 Pusieseis cuidadosas vuestro esmero  
 En asuntos mas nobles, de mas dura,  
 Vuestro triunfo sería verdadero;  
 Y al punto detestada la locura  
 De hacer por un objeto tan ligero  
 Una guerra tan fuerte, y horrorosa:

Pues ¿que vale un adorno? ¿Que una rosa?  
 ¡Oh triste condicion de los mortales  
 Que por nada se agitan! ¿Que una avena  
 Los enciende en las guerras mas fatales;  
 Y el orbe todo con su furia truena!  
 Y andando el hombre siempre tras los males,  
 Nunca en pós de la dicha se enagena,  
 De aquella dicha, que la paz infunde,  
 Y nunca con el vicio se confunde:  
 Mas dexemos al mundo que prosiga  
 Con sus vueltas qual loco desatado;  
 Y ' pongamos ya fin á la fatiga  
 Que sin razon la rosa os ha causado.  
 Ambas podeis con amistosa liga  
 Obtener de lo hermoso el principado;  
 Y, unidas vuestras fuerzas poderosas,  
 Quedar en todo evento victoriosas,  
 La causa de la guerra aniquilada  
 Está por permision del justo Cielo;  
 No existiendo las rosas, escusada  
 Es ya toda contienda, todo anhelo.  
 Esta asamblea os pide arrodillada  
 Que la volvais al punto su consuelo;  
 Pues su mayor contento consistía  
 En vuestra antigua risa, y alegría.  
 Dixo: y postrados á sus pies ya todos

Las palabras confirman  
 Del grande Otondo por diversos modos;  
 Y en sus ruegos se afirman.  
 Una , y otra guerrera  
 Sus esplendentes ojos rodëaron;  
 Y á una vista tan dulce , y lisongera  
 Inmóviles quedaron:  
 Mas luego mutuamente se arrojaron  
 Con ímpetu á sus cuellos : derramando  
 Un torrente de lágrimas preciosas;  
 Con ellas demostrando  
 Aquellas sensaciones deliciosas,  
 Que tiene una alma noble , arrepentida  
 De una accion no debida.  
 Estuvieron un rato así abrazadas,  
 Perdiendo con el gusto los sentidos;  
 Resonaba el salon con las palmadas,  
 Con los vivos , y aplausos repetidos;  
 Y todo lo que un tiempo imprimió susto,  
 Daba entonces placer , causaba gusto.  
 Oh vosotros amantes,  
 Si teneis todavía en la memoria  
 Los felices instantes,  
 Bañados de placer , llenos de gloria,  
 En que despues de tiempo de enfadados  
 Volvisteis otra vez reconciliados

Á los brazos hermosos,  
Que os causaban deliquios deliciosos;  
Conoceréis la fuerza del contento,  
Que sintieron las dos en el momento  
De arrojar de sus nobles corazones  
Las pasadas injustas sinrazones;  
Excediendo su heroyco vencimiento  
Á todas las acciones  
De Alexandro, de Cesar, y de quantos  
Solo causaron con su espada llantos.

*Por mas esmero que se ha puesto en la impresion, han sido casi inevitables algunos descuidos, los que se advierten aquí, porque pudieran desfigurar el sentido de los versos.*

Pág. 25. lín. 18. Qorque, léase Porque.

Pág. 49. lín. 4. la (,) que está despues de elo-  
qüente, debe estar despues de callando.

Pág. 97. lín. 21. quítese la partícula de.

Pág. 114. lín. 12. pronto, léase presto.

Pág. 185. lín. 21. descansuelo, léase desconuelo.

Pág. 188. lín. 15. reclino, léase reclinó.

Pág. *idem* lín. 24. fuoron, léase fueron.

Pág. 193. lín. 1. RUBEN, léase ROBEN.

Pág. 230. lín. 12 y 17. al al, léase el el.

Pág. 287. lín. 16. acontece, léase acomete.

Pág. 289. lín. 22. quítese la partícula á.





